17

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

ediciones UVE

17
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Portada e ilustraciones:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 27.867-1981.
ISBN: 84-85609-95-6.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

Pág. 6
CRONOMETRO DIGITAL
Pedro Montero

Pág. 28
EL DESAFIO
Fernando Martín Iniesta

Pág. 38
LA SOMBRA DE A. B.
Antonio González del Valle

Pág. 50
LA HORA DEL DESQUITE
Alberto S. Insúa

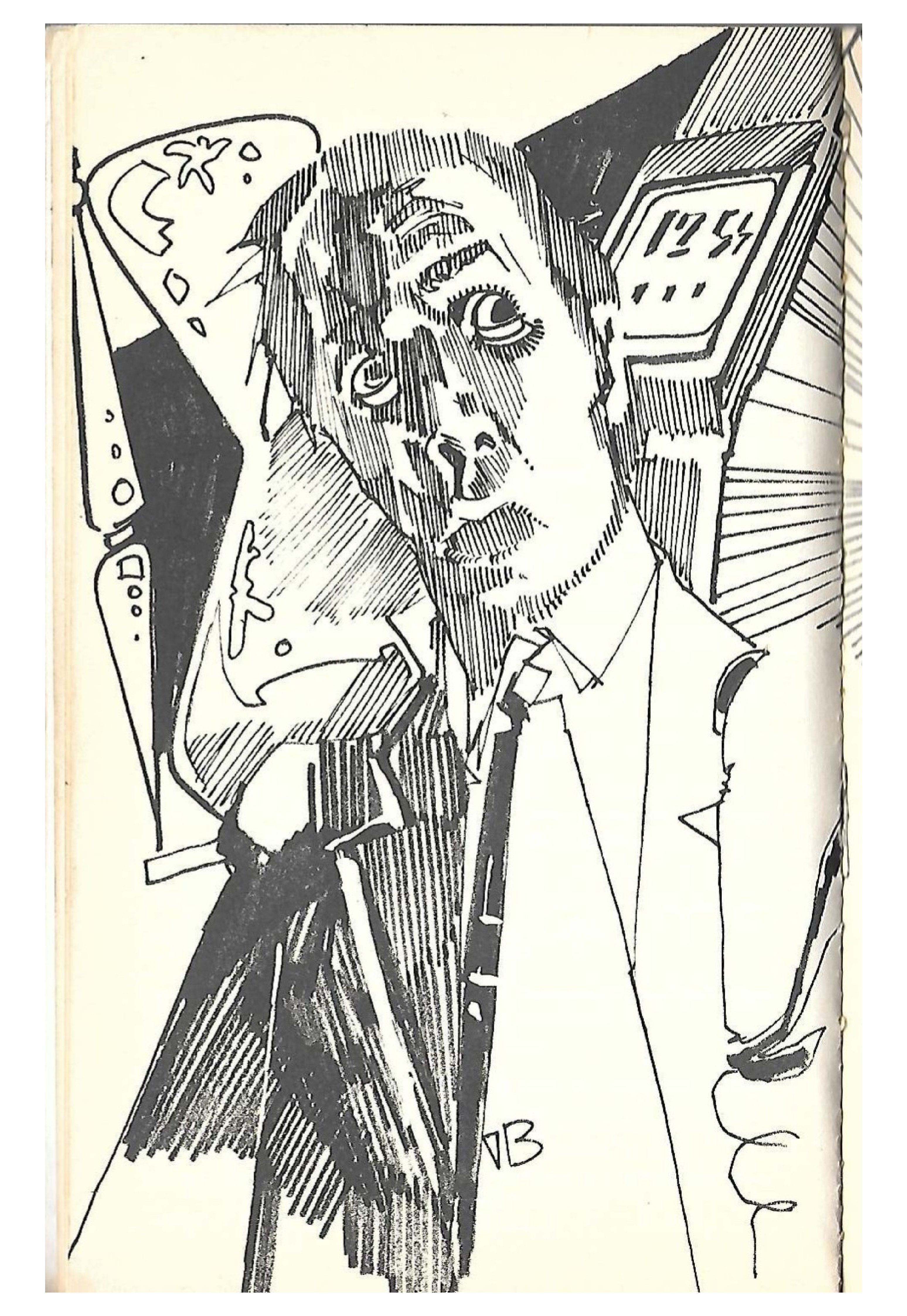
Pág. 60
EL GATO DE LOS OJOS AMARILLOS
Eugenia Montero

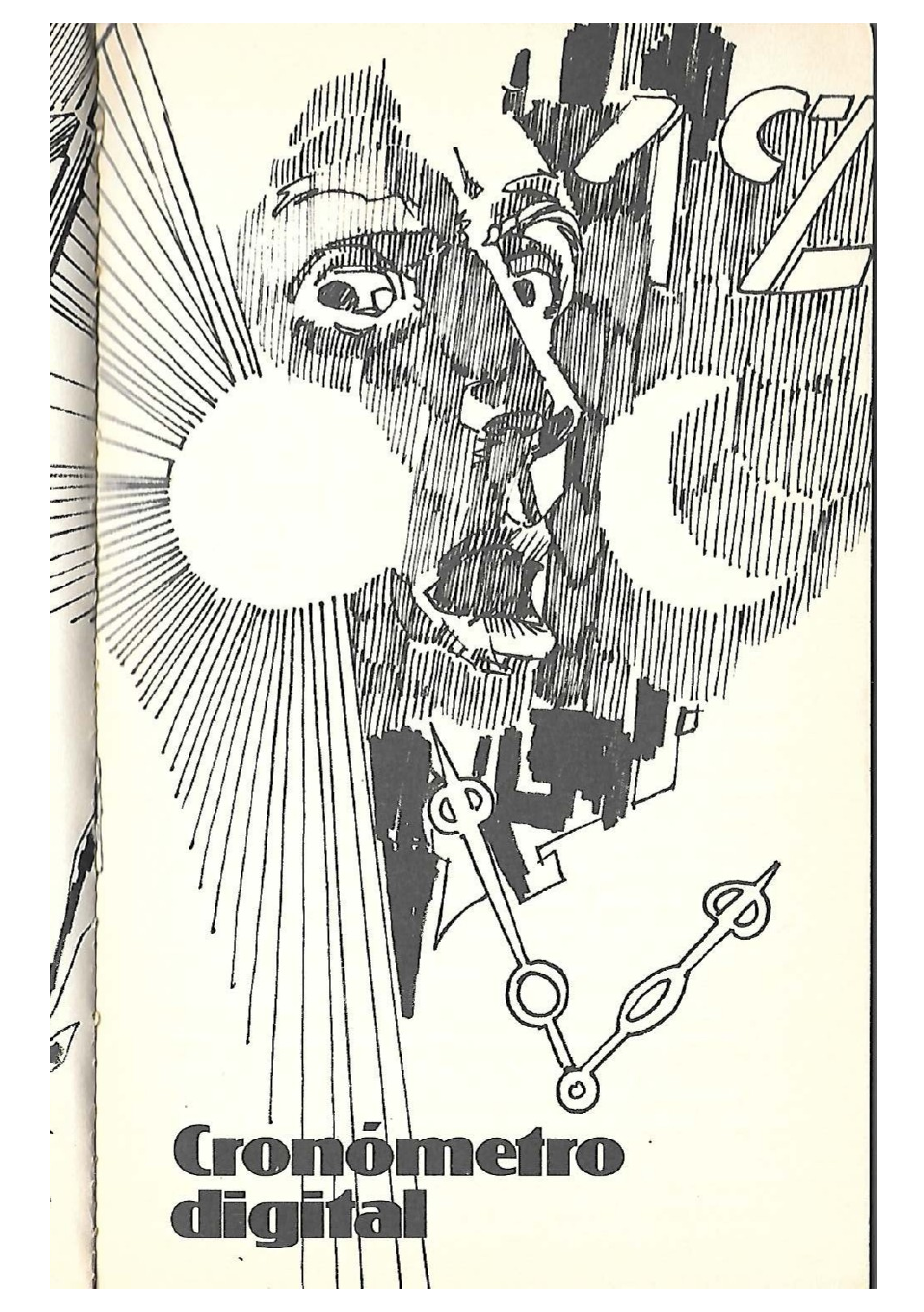
Pág. 70
NANA PARA UNA VICTIMA
Luis Acevedo

Pág. 90
EL INVIERNO DE ANA COLOMA
José Luis Velasco

Pág. 104
YO, VAMPIRO
Ramón S. Lucena

Pág. 116
LAS CUATRO GARGOLAS
José León Cano



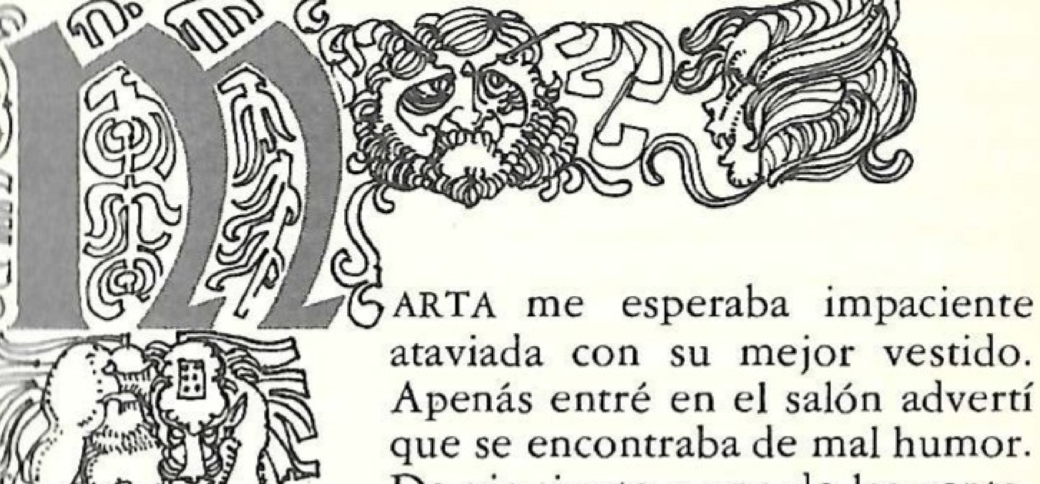


Cronómetro digital

Cronómetro digital

Pedro Montero

Ser esclavo del reloj... es ésta una frase de uso común y que hoy en día —en esta sociedad acuciada por la prisa— va perdiendo poco a poco su significado. Pero..., ¡cuidado! Todavía hay maneras sorprendentes y dramáticas de ser esclavizado por esas pequeñas máquinas que nos ayudan a medir el tiempo.



MARTA me esperaba impaciente ataviada con su mejor vestido. Apenás entré en el salón advertí que se encontraba de mal humor. De pie, junto a una de las ventanas, fingía observar atentamente la calle. Cuando le di las buenas tardes ni siquiera se volvió. No había querido sentarse para no arrugar el vestido. Me llegué hasta ella, y, previendo un acceso de mal humor por su parte, la estreché suavemente, procurando no descomponer su atavío. La noté tensa y a punto de estallar, pero tuvo la gentileza de contenerse y, un instante después, se volvió hacia mí. Su rostró perdió paulatinamente la rigidez y en sus ojos reapareció la expresión de ternura habitual cuando me contemplaba.

—Me tienes aquí como una tonta —me reprochó sin que yo comprendiera el alcance de sus palabras.

—Vamos —repuse conciliador. Estaba seguro de haber cometido algún error, aunque no sabía cuál—. Me cambio en un instante.

La bésé cariñosamente en la mejilla y me encaminé hacia el dormitorio con la intención de sustituir el pantalón y la chaqueta de sport por un traje azul os-

curo más en consonancia con el lugar adonde nos dirigíamos. Me disponía a tomar una ducha cuando, al consultar el reloj, comprobé que eran ya las ocho menos cuarto. La función daba comienzo a las ocho y media. Apenas si teníamos tiempo de tomar el metro y presentarnos en el teatro antes de que se levantara el telón. La densidad de la circulación a aquella hora descartaba la utilización del coche.

—Será mejor que tomemos el metro —manifesté a sabiendas de que la idea iba a resultarle molesta.

—¿Así? —preguntó, ajustándose sobre los hombros la estola de piel—. No me gusta llamar la atención. Me pondré algo más sencillo.

—No tenemos tiempo, cariño —repuse, exponiéndome a una réplica que no se hizo esperar.

—¿Y de quién es la culpa? —exclamó. Mi leve reconvención le había dado pie para liberar un enfado acrecentado durante largo rato—. ¿Me he retrasado yo acaso? ¿Soy yo quien se ha presentado en casa media hora más tarde de lo previsto?

Mientras viajábamos hacia la Opera debíamos de tener la apariencia de una de esas sofisticadas parejas que anuncian algún licor caro por la televisión. Afortunadamente, los vagones del subterráneo iban bastante llenos, con lo cual la expectación se limitaba al público más cercano. Algunos obreros de vuelta a su trabajo hicieron comentarios en voz baja acerca de nuestro aspecto, que, por otra parte, tuvo la virtud de crear un vacío a nuestro alrededor, lo que nos libró de las naturales apreturas.

Apenas instalados en nuestras butacas dio comienzo la representación. El enfado de Marta fue desvaneciéndose a la par que la música de Puccini inundaba la sala, y, al rato, apoyó su brazo sobre el de la butaca y me tomó cariñosamente la mano. Y me ensimismé igualmente con las incidencias del drama hasta que, avanzado el primer acto, me di cuenta de que no me había despojado del reloj de pulsera. Temiendo que el «bip» de la hora en punto coincidiera con algún silencio, desabroché la hebilla con la inten-

ción de entregárselo a Marta para que lo guardara en su bolso. Apenas faltaban algunos segundos para las nueve. El tenor que encarnaba a Cavaradossi recomendaba al preso fugitivo:

«Se urgesse il periglo, correte
al pozzo del giardin. L'acqua `e nel fondo,
ma...»

Afortunadamente, el pitido coincidió con el cañonazo disparado desde Sant'Angelo y no resultó audible en absoluto, pero aquel pequeño incidente me recordó el retraso en que había incurrido poco tiempo antes, lo que fue suficiente para distraer mi atención de la escena durante el resto del acto.

Mientras regresábamos a casa en un taxi, Marta me devolvió el reloj tras consultarlo con una rápida ojeada. Seguidamente miró la hora en el suyo propio.

—Lo lamento —respondí a su mudo reproche—. Salí de la oficina a la hora de siempre.

—No me hacen gracia los relojes digitales —comentó ella abrochándolo en torno a mi muñeca—. Prefiero los de manecillas. Y esa obsesión por conocer en todo momento la hora exacta —añadió—. No podría resistir que un pitido me recordara cada media hora el paso del tiempo. ¡Qué agonía!...

Yo me mantuve en silencio el resto del trayecto mientras todavía resonaban en mis oídos las últimas frases del adiós a la vida:

«Lóra è fuggita
e mucio disperato.
E non ho amato mai tanto la vita!»

El día siguiente celebrábamos nuestro aniversario de matrimonio y habíamos decidido cenar en casa.

A las siete en punto di por concluido mi trabajo. Abrí la caja fuerte y cogí el regalo comprado varios días atrás. El valor de los tres pequeños diamantes engarzados en el anillo habían hecho aconsejable aquella precaución. Despidiéndome de mis compañeros de trabajo, abandoné el edificio y me dispuse a

caminar, como habitualmente, los veinte minutos que separaban la oficina de mi casa.

Marta se había vestido para la ocasión. Sobre la mesa de comedor había dispuesta una magnífica cena encargada a Máximus, y del tocadiscos surgía una melodía cuyas notas tuvieron la virtud de enternecerme. Se trataba de una vieja canción que habíamos oído en Italia durante nuestro viaje de bodas y que habíamos hecho nuestra. Abracé a Marta y la besé apasionadamente. En aquel momento se oyó el pitido del reloj digital.

—Times goes by... —comentó nostálgica. Yo consulté el cronómetro y lo sacudí ligeramente.

—No pueden ser las ocho —manifesté—. Este reloj funciona mal.

—El tiempo pasa —repitió ella con una sonrisa—. Son las ocho —confirmó mirando su diminuto reloj.

En mi fuero interno tenía la impresión de que mi reloj adelantaba. Estaba seguro de haberlo consultado a las siete en punto. No tardé más de cinco minutos en recoger el regalo y ponerme la gabardina. Veinte minutos de trayecto a pie, más cinco o seis entre la espera y la subida en el ascensor sumaban un máximo de treinta y seis o treinta y siete. La única explicación posible era que hubiera hecho el camino a ritmo más lento o que me hubiera detenido en algún sitio. Recordé entonces con alivio que había entrado en un estanco a comprar cigarrillos. Poco antes de cruzar la calle Academia me había llamado la atención el escaparate de una librería donde se exhibía un volumen que me interesaba, pero, debido a lo especial de la fecha, y recordando la discusión del día anterior, había pospuesto la compra para otro día. Deseando creer que probablemente la circulación de peatones era más densa al ser viernes por la tarde, o que algo que no recordaba había contribuido a mi retraso, decidí olvidarme del asunto.

El lunes por la mañana hice una pequeña escapada a una relojería próxima a la oficina a fin de asegu-

rarme de que el reloj estaba en perfectas condiciones. El dependiente lo observó superficialmente con gesto de desconfianza.

—¿Lo ha comprado aquí? —preguntó.

Yo respondí negativamente aduciendo que aquello no era obstáculo para que lo examinara o, si llegaba el caso, lo reparase. El muchacho llamó a su jefe e intercambió con él unas palabras que no pude oír.

—¿Qué desea? —preguntó cortésmente el dueño.

—Nada de particular —repuse, comenzando a sentirme molesto—. Me parece que mi reloj no funciona bien y deseo que lo examinen. Eso es todo. —Y añadí con especial intención—: Desde luego, no lo he comprado aquí.

—No lo ha comprado usted en ninguna relojería del país —manifestó el propietario.

—¿Qué quiere decir?

—Que es de contrabando —repuso él.

—¿De contrabando? —pregunté confuso.

—En efecto.

—Pero... —vacilé— es un regalo que...

—De contrabando —insistió el relojero.

Durante unos segundos me sentí como un delincuente al que se descubre con las manos en la masa. Después reaccioné y repuse con naturalidad.

—Supongo que eso no le impide examinarlo. No es usted agente de aduanas.

—¡Oh, desde luego que no! —manifestó el propietario de la tienda sonriendo abiertamente—. No es esa la cuestión ni a mí me incumbe para nada el origen de este reloj, lo que ocurre es que, tratándose de esta clase de instrumentos tan sofisticados, tan sólo los concesionarios de la marca pueden abrirlos con garantía de no dañarlos seriamente y, por otra parte, aunque forzáramos la tapa, los circuitos integrados y el mecanismo en general nos resultarían difíciles de conocer.

Yo permanecí perplejo unos momentos mientras él volvía a depositar en la palma de mi mano el cronómetro.

—El problema estriba en que en todo el país no habrá ningún concesionario de esta marca, que, además, no me resulta en absoluto conocida —explicó—. Es lo que pasa con las cosas adquiridas de contrabando; una vez que se estropean hay que tirarlas.

—Comprendo —manifesté descorazonado.

—Por otra parte —replicó el relojero—, parece funcionar perfectamente.

Esbozando una sonrisa de circunstancias, di las gracias al amable relojero y abandoné la tienda volviendo a colocar el reloj en torno a mi muñeca.

Cuando regresé a la oficina la encontré completamente desierta. Uno de los conserjes me hizo saber, extrañado ante mi pregunta, que mis compañeros se habían marchado a comer.

—¿A esta hora? —pregunté. Y al consultar mi reloj comprobé que señalaba las dos y diecisiete minutos—. No es posible —exclamé confuso—. ¿Qué hora tiene usted?

—Las dos y cuarto —repuso el conserje.

Renuncié a la comida y me recluí en mi despacho completamente desconcertado. Había abandonado la oficina sobre las once de la mañana y no había tardado ni cinco minutos en llegar a la rejojería, en donde había permanecido un cuarto de hora, todo lo más. ¿Y el resto del tiempo? ¿No deberían ser entonces las once y media aproximadamente? Incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo, bajé las persianas y sumí de aquel modo la habitación en una penumbra que propiciaba la reflexión, pero, en aquel momento, se escuchó un ruido procedente de mi estómago. Era su forma de indicarme que había llegado la hora de llenarlo.

Durante el resto de la semana procuré llevar un control riguroso del reloj. En la oficina lo depositaba sobre la mesa y comprobaba su funcionamiento cotejándolo frecuentemente con el antiguo, que había vuelto a sacar del cajón de la mesilla de noche. Al cabo de toda una jornada de trabajo, apenas si había una diferencia de segundos entre la hora que marca-

ban uno y otro. El clásico se retrasaba unos minutos; el digital —lo comprobé por teléfono— marchaba con absoluta precisión.

Incluso en casa no podía por menos de efectuar periódicas verificaciones entre los dos cronómetros que ya siempre llevaba encima, uno en la muñeca y el otro en el pequeño bolsillo delantero del pantalón. Transcurrió una semana y no había advertido ningún desarreglo en el funcionamiento de mi reloj digital. Como mi proverbial puntualidad no volviera a sufrir menoscabo, di por finalizados aquellos extravagants episodios. Hasta que, una tarde, apenas había entrado en casa, Marta, llorando amargamente, se precipitó en mis brazos.Advertí entonces que no se encontraba sola.

Temiendo que el reloj hubiera vuelto a jugarme una mala pasada, me desasí del abrazo de mi esposa, y antes de preguntar por la causa de aquella inesperada crisis de llanto, comprobé con alivio que eran las siete y veinticinco. Todo iba bien.

—Por Dios —exclamó Marta—. ¿Qué has estado haciendo?

Los dos hombres se levantaron y permanecieron silenciosos. Uno de ellos apagó el cigarrillo estrujándolo contra un cenicero, el otro se ajustó la gabardina sobre los hombros.

—¿Qué ocurre? —pregunté confuso.

—Sargento Herrera —dijo uno de los desconocidos tendiéndome la mano—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —repuse con seguridad—. ¿Ha pasado algo grave?

—Nada, al parecer —y dirigiéndose a mi esposa añadió—: Nosotros nos retiramos ya, señora. Me alegro de que todo haya terminado felizmente.

Marta les acompañó hasta la salida y regresó a mi lado enjugándose las lágrimas.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué me haces esto? —preguntó refugiándose en mis brazos.

—En la oficina —respondí volviendo a mirar el reloj—. Ni siquiera son las siete y media.

—¿Y ayer? ¿Y esta mañana? —insistió.

—No entiendo dónde quieres ir a parar. ¿Qué hacía aquí la policía?

—He denunciado tu desaparición— me explicó mientras mi perplejidad iba subiendo de punto—. Anoche no pude esperar más. Temía que te hubiera ocurrido algo.

—¿Que anoche...? —comencé a decir—. Anoche estuvieron aquí cenando tu hermana y su marido.

—Eso fue antes de anoche, el lunes. Hoy es miércoles... —manifestó mirándome con extrañeza.

Marta cayó pronto en un profundo sueño. La fatiga y la tensión a que había estado sometida cerraron sus ojos apenas su cabeza reposó sobre la almohada. Yo había tratado en vano de darle una explicación satisfactoria, pero, ¿qué podía explicar cuando ni yo mismo recordaba qué había hecho ni dónde había estado durante las últimas veinticuatro horas? En principio me negaba a dar crédito a lo que se me apareció como incuestionable tras una hora de charla con mi esposa: yo había desaparecido de la circulación durante veinticuatro horas.

Marta se resistió inicialmente a mis razonamientos. Incluso estaba dispuesta a olvidarlo todo si no volvía a repetirse, de igual modo que si se hubiera tratado de una escapada a la costa con una rubia despampanante. En realidad, las explicaciones que yo trataba de exponer ante ella iban más bien dirigidas a mí mismo. Estaba claro que aquel día no había aparecido por la oficina y que la tarde y noche anteriores tampoco había estado en casa. No recordaba, además, nada de lo que había podido hacer entre las siete del martes y la misma hora del día siguiente. ¿Dónde había dormido? ¿Había estado vagando por las calles durante las horas de trabajo? Finalmente tuve que rendirme a la evidencia, o a la única explicación que, precisamente por no necesitar otra interpretación que la puramente clínica, me pareció la más socorrida: yo había sido víctima de un ataque de amnesia.

Pero ahora que el silencio de la noche me invitaba,

sin la presencia embarazosa de Marta, a profundizar más en aquel extraño episodio, empecé a comprender que quizás había algo más. Yo había llegado a casa en perfecto estado. Sin hambre. Sin fatiga. Al pasar los dedos por mi mejilla parecía evidente que me había afeitado, como habitualmente, aquella misma mañana.

Un pitido ahogado vino a interrumpir el hilo de mis pensamientos. Abrí con sigilo el cajón de la mesilla de noche y contemplé detenidamente el reloj digital cuyas cifras se disolvían silenciosamente dando sin cesar paso a otras. En cierto momento me pareció advertir que los dígitos correspondientes a los segundos habían dado un salto pasando del veintisiete al veintinueve, pero en el minuto siguiente las cifras se sucedieron con normalidad. En la parte posterior del cronómetro aparecía grabado mi nombre y una cifra a la que siempre había atribuido un significado técnico: 1383621. No pude encontrar por ninguna parte otro dato referente a la fábrica o al país de origen.

A pesar del cansancio que todavía se reflejaba en sus ojos, Marta se empeñó en levantarse y hacerme el desayuno.

—¿Dónde compraste este reloj? —le pregunté mientras estábamos sentados en torno a la mesa de la cocina.

—¿Se retrasa otra vez?

—¿Dónde? —repetí con un tono que al instante me pareció excesivamente apremiante.

—Cálmate —me rogó—. Te lo regalé porque sabía que tenías deseos de tener un reloj digital. Sabes que yo prefiero los tradicionales.

—No funciona bien —manifesté procurando mostrarme más calmado—. ¿Tienes la garantía?

—¿La garantía? —repitió ella con cierto nerviosismo que no me pasó desapercibido.

—Eso es lo que acabo de decir —reiteré marcando las sílabas.

—No... no me dieron garantía.

—¿Un reloj tan caro como éste sin garantía? —insistí.

—Lo compré... —comenzó ella sin atreverse a terminar la frase, y añadió seguidamente—: No fue por el dinero, te lo aseguro, quería encontrar lo más nuevo, lo último.

—Es de contrabando —atajé yo definitivamente.

—Sí...

—Escucha, Marta, no me importa si es de contrabando o no. Ya sé que tu intención fue buena, pero ¿fue en alguna tienda? ¿Hiciste grabar el nombre allí mismo?

—Yo no mandé grabar nada —repuso ella contemplando el reverso del reloj que yo le tendía.

—¿Y mi nombre?

—Yo me limité a comprarlo, pensé que tú...

Volví a colocarme el reloj en la muñeca. Tuve la impresión de que los segundos ocho y nueve de aquel minuto no habían aparecido en la pequeña pantalla de cristal líquido.

—¿Dónde lo compraste? —repetí—. ¿A quién?

—A un vendedor ambulante. En la calle del Comercio. Me costó bastante caro, pero tenía tantas funciones... Además —continuó—, no se ha movido de allí. Podemos ir a reclamar.

—Reclamar —murmuré hastiado—. A buenas horas.

* * *

Cuando entré en la oficina mis compañeros sonrieron al verme de regreso y preguntaron si me encontraba mejor. Seguramente conocían ya la historia de mi amnesia, aunque su interpretación de mi ausencia tuviera para ellos rasgos de índole más picaresca.

—Ha llamado tu mujer —musitó cerca de mi oído Arturo—. Tres veces.

—¿Hace mucho? —pregunté extrañado.

—La última vez después de comer.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Estuve

tentado de preguntarle qué hora era, pero algo me contuvo. Me encerré en mi despacho y consulté mi cronómetro: las cinco y veinte. Presa de un temblor incontenible, busqué con los ojos el reloj de pared: las cinco y veintiuno. Tomando el teléfono, marqué con dificultad el número y esperé. Al cabo de unos segundos se oyó un pitido y una voz gangosa e impersonal recitó cansinamente: «Diecisiete horas, veinte minutos, treinta y dos segundos...»

Atenazado por un pavor irracional, tomé una súbita decisión, pero antes de abandonar la oficina llamé a Marta y procuré tranquilizarla, diciéndole que había tenido que estar fuera gran parte de la jornada debido a ciertas comisiones.

La calle del Comercio estaba repleta de vendedores ambulantes que instalaban sus puestos al borde de las aceras. Los fui recorriendo uno a uno. La mayoría vendía pañuelos de colores, pequeñas joyas de artesanía, libros de ocasión. Ya casi al final, junto a la librería Las Artes, le vi. Se trataba de un joven de aspecto oriental. Sobre el estalache que constituía su negocio se apilaban varias decenas de relojes de todas clases, digitales y tradicionales. En uno de los extremos del tablero había instalada una pequeña máquina grabadora en la que precisamente se encontraba trabajando en aquellos momentos. Cuando hubo finalizado, tendió el reloj a una joven,que contempló sonriente la dedicatoria o el nombre. Después dirigió sus ojos hacia mí.

—Mi esposa compró aquí este reloj —comencé—. La ira y el miedo apenas me dejaban articular las palabras con claridad—. Lo compró aquí.

El sonrió enigmáticamente y permaneció en silencio.

—Este reloj —continué desabrochando la hebilla y tendiéndoselo.

El miró rápidamente el reverso y volvió a sonreír con mansedumbre.

—¿No funciona bien? —preguntó con una voz apagada.

—Se atrasa —repuse bruscamente—. Me hace llegar tarde a todas partes.

—¿No será usted quien se adelanta?

—¿Cómo dice? —pregunté fuera de mí.

El levantó hacia mí sus ojos rasgados y repuso.

—No he dicho nada, señor.

—Ella tampoco mandó grabar mi nombre.

—No sé cómo se llama usted. Si su nombre figura grabado aquí es porque ella me lo dijo —continuó diciendo sin perder la calma.

—¿Y esa cifra?

El abrió un pequeño cajón y extrajo del interior un reloj idéntico al mío tendiéndomelo.

—Este le dará resultado —manifestó mientras lo abrochaba en torno a mi muñeca—. No tendrá necesidad de más reclamaciones.

—La correa... —dije advirtiendo que el cronómetro nuevo estaba provisto de una metálica.

—Es regalo de la casa.

No bien había entrado en el metro cotejé el reloj con el que llevaba en el bolsillo del pantalón. En cada estación consultaba la hora y la comparaba con la que señalaba el reloj digital. Una de las veces advertí con estupefacción que en la parte central de la correa había algo grabado. Aproximé los ojos y leí con sorpresa: Juan García Rubio, y a continuación la consabida cifra: 1383621.¿Cómo se explicaba que mi nombre apareciera grabado cuando ni siquiera sabía quién era yo? ¿Qué estaba ocurriendo?

Me apeé en la primera estación y di la vuelta con la intención de regresar a la calle del Comercio. Durante el trayecto no aparté los ojos del reloj,que pareció comportarse normalmente. Al subir apresuradamente las escaleras de la estación del Comercio traté de desabrochar la hebilla, pero tropecé con dificultades. Iba ya a arremangarme para actuar con más facilidad cuando observé que la calle se encontraba casi desierta. No había ni rastro de los vendedores ambulantes. Me dirigí hacia una pareja de guardias

municipales, que me miraron de arriba a abajo, y pregunté:

—¿Y los vendedores ambulantes?

—No hay —repuso uno de ellos.

—Pero si yo... ¿Por qué?

—El Ayuntamiento lo ha prohibido.

—Mi mujer compró aquí este reloj —balbucí— y yo lo he cambiado.

—¿Lo ve? —dijo el otro—, seguro que le estafaron.

—No, es decir, ¿dónde puedo encontrar...?

—¿Encontrar al que se lo vendió? Vaya usted a saber, al cabo de semana.

—¿Una semana? He estado en esta calle hace media hora, y estaba llena de vendores ambulantes.

Los dos guardias se miraron significativamente. Mis ojos se dirigieron hacia el escaparate de una relojería y a continuación consulté la hora en mi cronómetro. Funcionaba.

—Hace media hora; sí —repetí repuesto.

—Se equivoca —afirmó uno de los guardias—. ¿Se encuentra bien?

—¡Mi mujer me compró aquí este reloj! —exclamé a punto de llorar.

—No lo dudo —repuso el segundo—, pero eso sería antes del lunes. Desde ese día no hay aquí vendedores ambulantes.

—Hoy... hoy es lunes —balbucí mirando mi reloj.

La respuesta de los agentes coincidió con la que me ofrecía el cronómetro:

—Hoy es sábado.

Vagué por las calles durante horas. Cada cierto tiempo preguntaba la hora a los peatones y a continuación el día de la semana. Todo el mundo me respondía gentilmente: las cinco, las cinco y cinco, las cinco y diez..., sábado, veintitrés.

Pensé que me estaba volviendo loco, que sufría ataques de amnesia cada vez más prolongados. En cuestión de segundos habían transcurrido para mí va-

rios días. Me detenía ante los quioscos de prensa y leía los titulares de los periódicos. No cabía duda: por el momento era sábado. Si toda aquella absurda situación era real, aquello significaba que había es- tado ausente de casa durante una semana, lo que po- dría entrar en los dominios de la lógica si no fuera porque, mirándome en los escaparates, comprobaba que mi atuendo y mi aspecto personal no eran los de quien ha pasado varios días vagando de acá para allá perdido entre las multitudes de la gran ciudad.

Resolví que lo más urgente era regresar a casa para tranquilizar a Marta. Aquel mismo día me sometería a tratamiento médico, si es que alguna terapéutica re- sultaba eficaz para el extraño mal que me aquejaba. Entré en una cabina telefónica con la intención de anunciar mi regreso a mi esposa; no deseaba sobresal- tarla con una súbita y fantasmal aparición. Forcejeé durante unos instantes tratando de introducir la mo- neda en la ranura hasta que comprendí que el aparato estaba estropeado. Una muchacha que aguardaba su turno entró en la cabina y, ante mi sorpresa, marcó un número y la moneda cayó sin dificultad en el caje- tín. Aguardé a que terminara. Seguramente la mo- neda que yo había utilizado era defectuosa. Cuando la muchacha terminó su conferencia le rogué que me la cambiara. Ella sonrió, y ya se disponía a hacerlo, cuando observó:

—Esa moneda no sirve para el teléfono.

—No... ¿no tiene valor? —pregunté tembloroso.

—Claro que sí —repuso gentilmente—, pero el te- léfono funciona con éstas. —Y me mostro una de cuño completamente nuevo para mí.

Me alejé de aquel lugar sin dar las gracias a la sor- prendida muchacha y entré en el metro. Afortuna- damente el billete que presenté ante la taquillera era de curso legal, pero me pareció que me devolvía me- nos dinero de vuelta que el que correspondía. No me detuve a considerarlo.

Al descender del tren me pareció ver a Marta. Du- rante unos segundos dudé de que fuera ella. Parecía

algo más envejecida, sus cabellos eran ligeramente rubios, como si se hubiera teñido para ocultar unas inexistentes canas. Aparecía elegantemente vestida y charlaba animadamente con un caballero que la acompañaba.

Subí de dos en dos las escaleras mecánicas y corrí por el pasillo que conducía hasta el andén donde se encontraban. El tren había llegado ya y apenas si tuve tiempo de entrar en el vagón de cola antes de que las puertas se cerraran. Me aproximé al extremo del coche y desde allí los espié. Hablaban y se comportaban con una familiaridad que me desconcertó. ¿Quién era aquel hombre al que mi esposa trataba de un modo tan cariñoso?

Preferí no cambiar de vagón en las estaciones siguientes y continué espiándoles. En la estación de Opera descendieron, y yo hice lo propio, pero me mantuve a unos metros de la pareja. Una vez en la superficie, comprendí que se dirigían al teatro. Un gran cartel anunciaba la representación de Tosca. De manera que, con pocos días de diferencia, volvía a la ópera, y en compañía de un desconocido.

La sorpresa, y un naciente sentimiento que al instante identifiqué con los celos, me impidieron seguirlos, lo que hubiera resultado perfectamente inútil, puesto que yo no tenía entrada y en la taquilla un cartel anunciaba que se hallaban agotadas.

Vagué confuso durante algunos minutos por los alrededores del teatro, tratando de imaginar algún medio para introducirme en él. En la parte trasera vi una pequeña puerta abierta, y, sin consideraciones de otro tipo, entré en el edificio. Un largo pasillo conducía hasta otra puerta, ante la cual, encerrado en una pequeña cabina, un portero hacía vigilancia. Dos hombres, a los que tomé por tramoyistas, me adelantaron, y, tras saludar al portero, franquearon la segunda puerta. Procurando mostrar naturalidad, crucé ante el vigilante y, haciendo un gesto con la mano a modo de saludo, continué mi camino. El hombre no puso ningun reparo a mi paso.

Momentos más tarde me encontraba en las inmediaciones del escenario. Entre bastidores, confundido con numerosas personas, contemplé el curso de la representación. En aquellos instantes, Cavaradossi se dirigía a Angelotti:

«Se urgesse il periglo, correte
al pozzo del giardin. L'acqua `e nel fondo,
ma...»

Mis ojos se inundaron de lágrimas. Hacía tanto tiempo que no escuchaba la música de Puccini... Tanto tiempo...

Incapaz, desde aquel punto, de localizar a Marta y a su acompañante, abandoné el teatro del mismo modo que había entrado. Al cruzar ante la fachada principal, mis ojos se detuvieron frente al cartel que anunciaba las representaciones. Recorrí con la vista el nombre de los intérpretes y, finalmente, leí las fechas de las cuatro representaciones de Tosca. Creo que se me erizaron los cabellos, y a punto estuve de desplomarme al leer: Tosca, cuarta representación, quince de mayo... de 1986. ¡1986!

Automáticamente miré mi reloj digital. La pantalla de cristal líquido mostraba una fecha en completa concordancia con la del cartel. Tembloroso, me aproximé a la puerta del teatro, y con un hilo de voz pregunté la fecha al portero.

—Quince de mayo —repuso mirándome de arriba a abajo.

—De 19... —inicié.

—1986, naturalmente —concluyó el empleado.

Me alejé corriendo de la Opera y entré en el parque cercano. Llorando amargamente, me interné en la espesura hasta que las copas de los árboles me ocultaron la vista del teatro. En un pequeño claro, junto a una fuente, había varios bancos. Unos metros más allá, un rústico pozo y una casita que debía de servir de albergue a las palomas completaban el decorado de aquel apartado rincón.

Una ojeada al reloj digital bastó para confirmarme

que, en el espacio de unos minutos, habían transcurrido para mí varios años. Desesperado, traté de deshacerme del cronómetro, pero, al intentar desabrochar la hebilla, advertí que no había tal. La correa metálica partía y terminaba en el reloj, rodeando mi muñeca de tal forma que constituían un todo. Ignoraba de qué forma aquel vendedor ambulante había colocado el cronómetro en torno a mi brazo. Forcejeé hasta que no pude más. Deseaba arrojar el maldito reloj al fondo de aquel pozo y perderlo de vista para siempre, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Parecía que, de no cortarme la mano, estaba condenado a llevar aquella diabólica pulsera toda la eternidad. A riesgo de herirme, me golpeé contra las piedras tratando de hacer añicos el cronómetro. Todo resultó inútil. A pesar de la dureza con que descargaba mi muñeca contra la dura superficie del banco, el reloj continuaba en perfecto estado y sin sufrir el más mínimo rasguño. Finalmente, agotado por el esfuerzo y fatigado a causa de las emociones del día, o de los años, debería decir mejor, me tendí sobre aquel banco y me quedé profundamente dormido.

La luz del sol hirió mis ojos; me incorporé y miré a mi alrededor desconcertado. Ignoraba dónde me hallaba. Hasta mi oído llegaban unos acordes musicales que no me eran desconocidos, pero no pude ver ni rastro del banco sobre el que me había tendido. La fuente había desaparecido, y tampoco vi la casita de las palomas. Tan sólo comprendi que me hallaba en el mismo sitio cuando mis ojos contemplaron el brocal de un pozo, aunque de factura tan diferente, que una terrible sospecha fue abriéndose paso en el fondo de mi alma.

Avancé unos pasos vacilante entre la espesura. La música se hizo más distinta. Al otro lado de los árboles pude ver una especie de extraño auditorio de extravagante arquitectura. Cientos de personas, sentadas al aire libre, asistían a una representación teatral. Desde donde me encontraba advertí lo inusitado de sus vestimentas y de sus tocados. Tan sólo me resul-

taban familiares los atuendos y maneras de los actores. Aquella multitud contemplaba ensimismada una representación de *Tosca.*

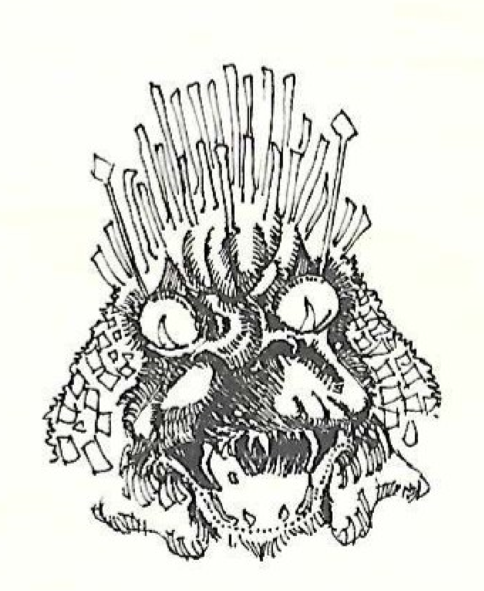
Comprendí al instante que algo irreparable había ocurrido, y, bajando la vista, contemplé mi cronómetro digital. Despreciando la hora, mis ojos se posaron sobre la pantalla que indicaba la fecha y, ante mi asombro, pude leer una cifra que ya me resultaba familiar. La misma cifra que aparecía grabada bajo mi nombre en la correa metálica: 1383621. Antes de sumirme en la más profunda desesperación, acerté a descifrar correctamente aquel número, y antes de que las lágrimas nublaran mi vista, leí: 13-8-3621.

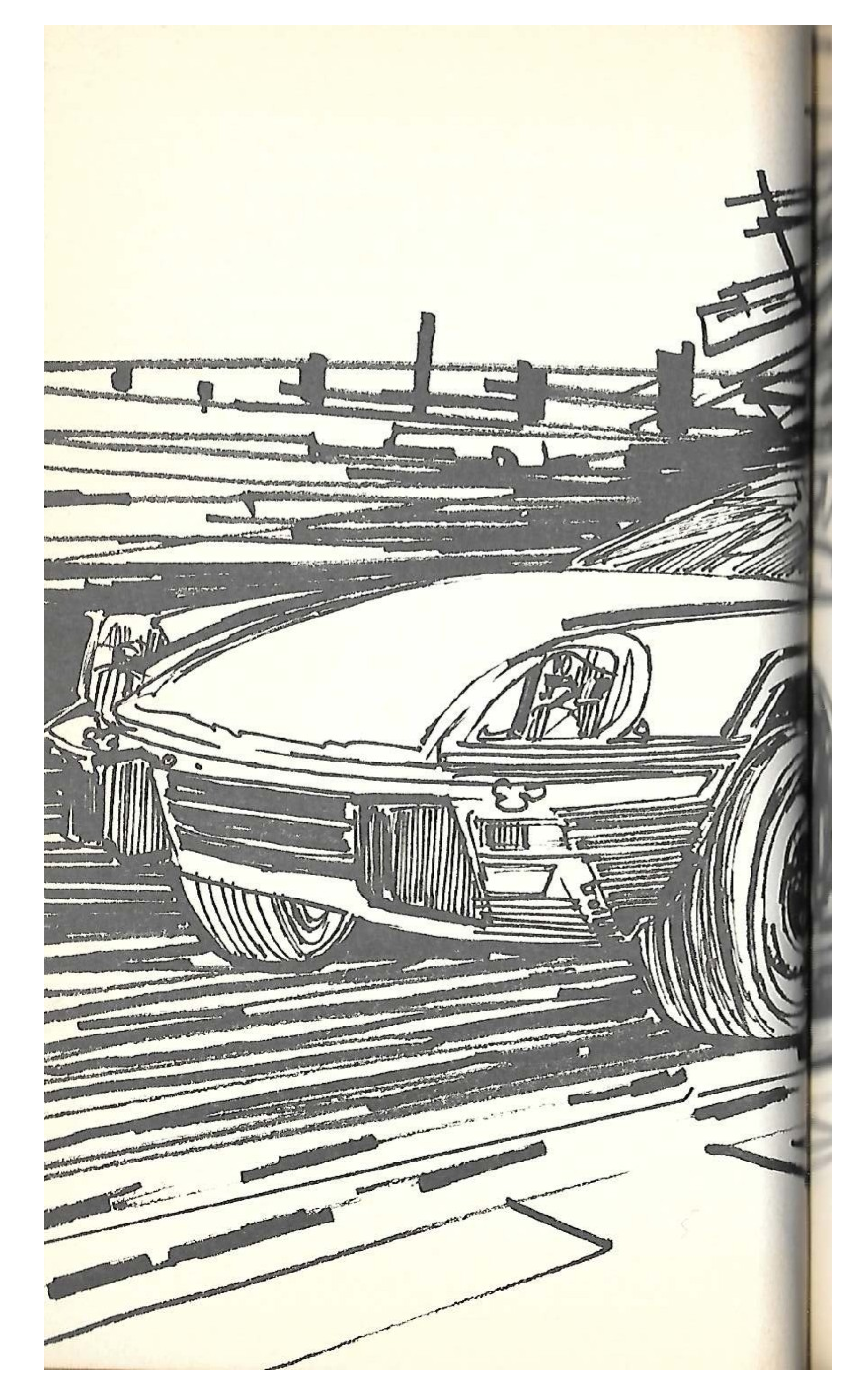
La voz del tenor llegó claramente hasta mí cabalgando sobre la suave brisa del atardecer:

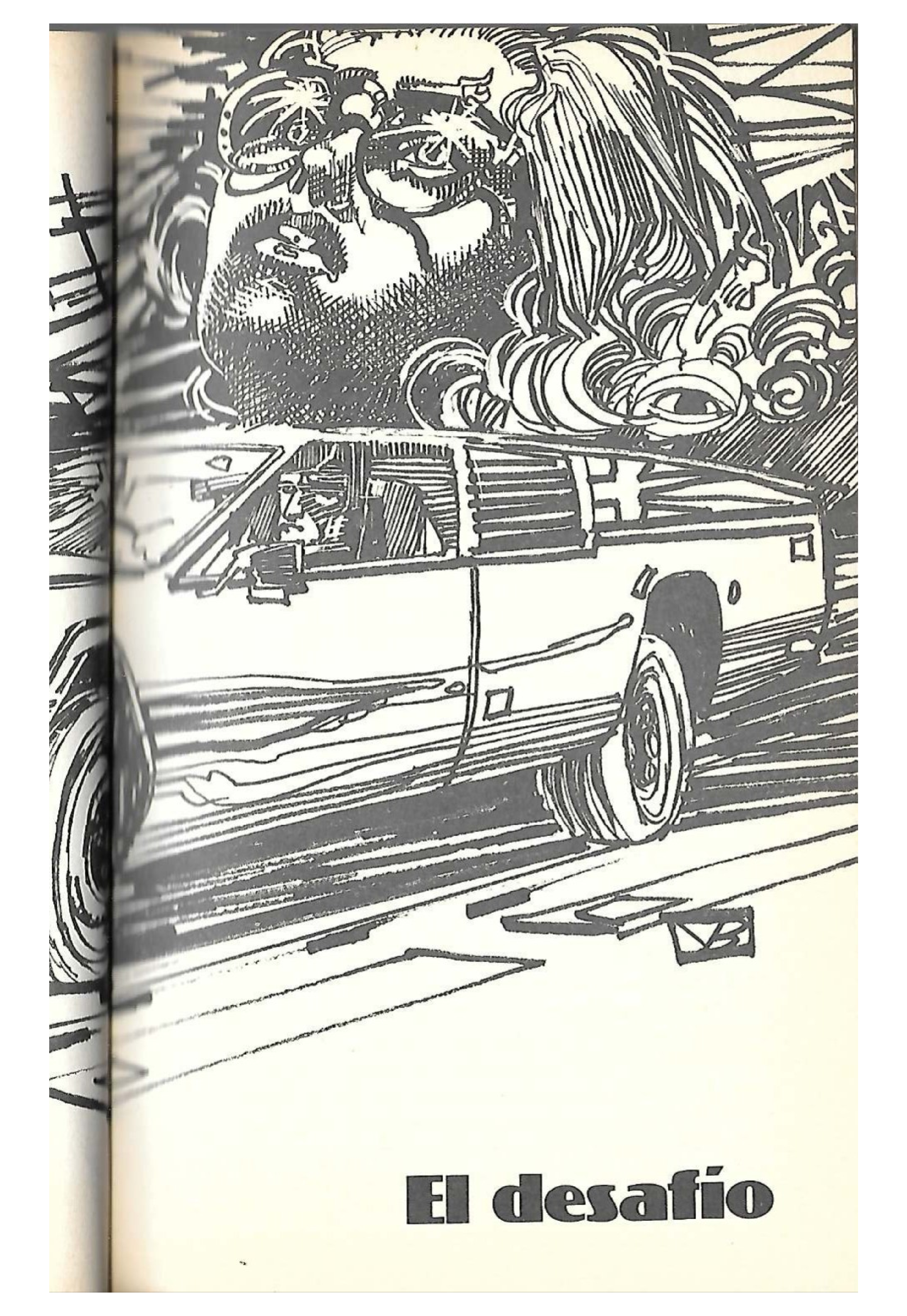
«L'ora `e fuggita
e mucio disperato...!
E non ho amato mai tanto la vita!»

En aquel momento me invadió una gran calma y comprendí que sólo me restaba una cosa por hacer. Aproximándome al pozo, subí sobre el brocal y me arrojé al vacío con la intención de quitarme la vida. Algo, no obstante, cuando ya me precipitaba vertiginosamente, me hizo dudar de que pudiera conseguir mis propósitos.

Había agua en el fondo, *«ma»*...







El desafío

El desafío

Fernando Martín Iniesta

Sus ojos, enmarcados en el espejo retrovisor del potente Masseratti, volvieron a traerle la presencia de ella. Estaba allí, pegada al espejo, acompañándole en su camino sin fin y sin destino.



COGIO ávidamente la palanca de cambios y la sintió blanda, fría, escurridiza: el cuerpo de una serpiente. La sangre le golpeó las sienes y no fue capaz de mirar. Tampoco, de soltar la palanca. Una cuchilla de frío le inmovilizaba. El motor rugía potente y vivo. Los párpados se le caían, pesados y dolidos, nublándole la vista. Sabía que si cerraba los ojos sería el final. Entreveía el velocímetro... ¡ciento cuarenta!... ¡ciento cincuenta!... ¡ciento sesenta!... ¡ciento setenta!... La cinta de la autopista ondeaba delante como un sudario dispuesto a cubrirlo... Cerrar los ojos sería el fin. Quiso gritar y el grito se le clavó en la garganta y se quedó tiritando entre los dientes, seco y punzante. La autopista se puso de pie y creció hasta tapar el cielo, mientras amenazaba desplomarse sobre el corazón metalizado y rodante que le cubría...

Fueron unos segundos o toda una eternidad. Nunca lo sabría. Su frente estaba empapada de sudor cuando recordó la serpiente que debía tener cogida con la mano. Con un inmenso esfuerzo inclinó la vista... Respiró aliviado: sobre la palanca de cambios sólo había el plástico de una cajetilla de cigarrillos,

que, acaso, por el aire de la calefacción, se había posado sobre el pomo. La apartó con repugnancia y atrajo la mano derecha hacia el volante. El tacto suave de la badana le relajó. Un largo suspiro y el suave golpeteo de los pistones al perder revoluciones el motor le devolvieron a la realidad. Con torpeza escogió un cigarrillo del paquete que había en la guantera. Empujó el encendedor eléctrico, y, al saltar y retirarlo, se quemó la punta de los dedos. El dolor le hizo bien, porque le trajo la certeza de que estaba vivo. Aspiró nerviosamente el humo y al expulsarlo empañó el cristal del parabrisas. La autopista había vuelto a aquietarse y su interminable cinta de asfalto permanecía pegada al suelo. Pulsó suavemente el acelerador y descubrió que el motor y su corazón palpitaban al mismo ritmo. Volvió a sentirse seguro.

Una señal en el arcén, obligándole a reducir la marcha por obras, le forzó a cambiar de velocidad y a pulsar suavemente el freno. Sintió una inconfensable satisfacción al comprobar cómo la máquina le obedecía. Al mirar distraídamente hacia la izquierda, volvió a descubrirla. Estaba... como siempre, como el primer día que la había visto: sentada sobre el capó del Masseratti, del mismo Masseratti que él, ahora, conducía, con las piernas cruzadas, la falda entreabierta mostrando sus torneados y redondos muslos, apoyada sobre el brazo derecho y al viento su rubia cabellera. La boca cínica que tanto conocía, de carnosos labios y dientes blanquísimos, le desafiaba y le repetía las palabras de siempre, aquellas que le abocaban al desprecio y al terror al mismo tiempo, las que le habían asomado a la muerte, una y otra vez, desde que se sentaba al volante de aquel monstruo de chapa, las que había conseguido que, sin dormir, sin descansar un solo minuto, llevase cuarenta y cinco horas, sin saber dónde estaba, de dónde venía ni hacia dónde rodaba, en una carrera frenética y desesperada:

—Nunca, nunca podrás dominar un animal tan bello como este Masseratti. Es más fuerte que tú.

Al recordarlas, volvió a sentirse sentado sobre el

miedo, preso al cinturón de seguridad del horror, inmerso en una amplia escafandra de pánico. Balbuceó:

—Ya... somos amigos. Más todavía: una sola cosa.

Y la voz, de tan extraña, verdadera:

—Está vivo. Vivo y es más fuerte que tú.

Rabiosamente pisó el acelerador. El coche se encabritó y fue a dar contra una piedra que, desprendida de algún camión de materiales, estaba en el centro de la calzada. Las ruedas, al ser apartadas bruscamente de su ruta, chirriaron... Y volvió a oír de nuevo, inhumana y poderosa, la carcajada y la risa del coche. Apretó los dientes sabiendo que el esfuerzo no podía darle seguridad ni convicción y masculló:

—¡Te domaré, te domaré!... ¡O moriremos juntos!

Creyó que Ella había desaparecido ya, que había quedado, en su eterna quietud de valla, atrás, muy atrás. Buscando un no creído consuelo en el campo que cercaba la autopista, miró. Sus ojos, al cruzarse con el espejo retrovisor, volvieron a llenarse de Ella. Estaba allí, pegada, pegada al espejo, acompañándole en su camino sin fin y sin destino. ¡Acompañándole para siempre!

Pensó en su mujer. Aquella cara del anuncio era idéntica a la de ella, con el mismo gesto, la misma mirada entre despreciativa y sensual, la misma fría distancia, el mismo propósito de humillación, despertando los mismos deseos y la misma ira. Ella que, ahora, achicada en el espejo retrovisor, no le dejaba nunca, nunca del todo, porque nunca la había tenido realmente. Por eso, tampoco la perdía del todo, pese a que, un día, se marchara con Alfredo en un coche como aquél, como el bólido que trataba de domar para siempre...

Otra señal indicadora vino a recordarle que la limitación de velocidad terminaba. Otra vez libre, a solas aquel poderoso motor y él, codo a codo, duelo a duelo, muerte a muerte. Pensó que había llegado el momento del desafío, de comprobar quién se rompía antes: aquel gigante de válvulas y pistones o sus nervios. Duelo sin cuartel, sin descanso. Porque aquel

flamante vehículo, color rojo fuego, era un ser vivo, una persona con nombre propio...

Su pie derecho, agarrotado, insensible, pisaba más y más el pedal del acelerador... Ciento ochenta... Ocho mil revoluciones por minuto... Ciento noventa... ocho mil quinientas revoluciones... Doscientos kilómetros... Nueve mil revoluciones... El paisaje era una banda zigzagueante y borrosa. Otra vez —¡siempre lo mismo!— el asfalto arrugándose como una pieza de tela, levantándose, poniéndose de pie y colocando una frágil muralla de aire y locura...

El perro caminaba despacio por la calzada, ajeno al peligro que corría, a la amenaza que se cernía sobre su vida animal y doméstica. El vio cómo se acercaba, vertiginosamente, imparablemente hacia su destrucción. Apretó las manos contra el volante hasta que le dolieron los brazos. De su cerebro partió la orden de pisar el freno hacia su pie derecho. Una náusea, una angustia incontrolada le envolvió al comprobar que su pie no obedecía, que no podía obedecer, que otra fuerza misteriosa le obligaba, le ordenaba que pisase el acelerador. ¡Estaba impotente ante el nunca pensado suceso de convertirse, si no en asesino, sí en cómplice de un asesinato! Su voluntad cobraba la forma de una masa viscosa, blanda y repugnante a la que alguien, un ser sin rostro, que únicamente existía en el sonido, que sólo era el informe cuerpo de unos gases huyendo por el tubo de escape, le ordenaba, le ordenaba, le ordenaba matar...

El golpe seco sonó a hueco entre el silbido del aire. El cuerpo del animal se alzó unos metros y quedó suspendido en el vacío, para caer, deforme y desconocido, masa de piel y pelos, sobre el cristal del parabrisas. En el instante que quedó suspendido en el aire vio como un ojo sanguinolento, más que humano, cruzaba la calzada. Una chata, aplastada cabeza, con las fauces desencajadas, dolorosamente abiertas, arrastraba por el vacío un cuerpo de pelele del que pendía una pata rota que se balanceaba grotescamente. Del parabrisas, rebotando, el cuerpo cayó

en el arcén, dejando una mancha negruzca y repugnante. Por el cristal reptaba un hilillo de sangre que el viento de la velocidad detenía en un minúsculo charco. No oyó los ladridos, pero supo que se habían quedado colgados para siempre en un tiempo impreciso.

El motor rugió como una fiera ahíta, una bestia salvaje que acababa de satisfacer su apetito.

El coche, aquel ser vivo, sabía ya lo que era la muerte. Nadie, nunca, jamás podría hacérselo olvidar. La próxima víctima estaba ya marcada y sólo, solamente si él no le domaba, no le vencía, se la cobraría a cualquier precio.

Ella, volvió a aparecer nuevamente en la distancia, sobre un montículo. Le bastaba percibir los colores del anuncio, sin precisar las figuras, para saber que era Ella. Con sorpresa observó que no le irritaba su presencia como otras veces. La cercana muerte del perro le había hecho comprender que Ella, Alfredo y él, formaban un todo, estaban unidos por el amor, el odio y el desprecio, que eran inseparables, y que aquel bólido era un cercado, una cárcel, un círculo infranqueable, irrompible, que los atenazaba.

Ella, la mujer desconocida para él después de cinco años de casados, la que encontró desnuda, lánguidamente tumbada sobre la piel de tigre del salón, jugueteando golosa, acariciando con los labios el borde de un vaso al que le tintineaban los cubitos de hielo del whisky consumido, con los ojos brillantes y el inconfundible gesto que deja, como una huella, el placer al saciarse, y sus prendas íntimas tiradas, abandonadas por la alfombra, testigos sonoros de su propia humillación, porque él, él, se había cruzado, al tomar el ascensor, con Alfredo... Ella, la que con un imperceptible sobresalto al descubrirla desnuda, sólo había sido capaz de musitar:

—¿Tan pronto, querido? Te esperaba mucho más tarde.

Ella, a la que él, pacientemente, dominándose, acallando su dolor y su rabia, había esperado a que, con su felino andar, moviendo incitadoramente las cade-

ras, se dirigiera al cuarto de baño, con la piel húmeda, brillante de gotas de sudor que, todavía, quedaban perceptibles en sus muslos. Sus pasos que, aunque apagados por la alfombra, le perseguían terribles al acercarse al cuarto de baño. Y la voz de Ella, por encima del chapoteo del agua:

—¿Qué quieres, querido?

—Voy a afeitarme. Tengo que salir.

—¿No puedes esperar a que acabe?

—No... No puedo.

Y ella envuelta en gel, incitante, apetitosa... Y el espejo empañado, al que tuvo que pasar la palma de su mano, y su rostro, sí, su rostro al verse en el espejo, sus ojos que le asustaron al no reconocerlos, y su mano que temblaba buscando la navaja de afeitar, la abría, pasaba el dedo índice por el filo para cerciorarse que todo sería fácil y rápido... Y la premonición, como si aquel acto fuese sabido, ensayado mil veces, repetido en un centenar de ocasiones, como algo normal, cotidiano, de apretar con el puño la navaja de afeitar, dar un paso, un solo paso y clavarla, hundirla y luego rasgar en aquellas entrañas, en aquel sexo... y el borbotón de sangre y el grito de sorpresa, y el espanto en los ojos de Ella, y la bañera tiñéndose de rojo, de rojo, de sangre...

Y el timbre que suena en aquel preciso instante, y la navaja que se le cae, inocente, inservible, de la mano... Y la certeza de que nunca, nunca, nunca podría hacerlo...

—Ve a abrir, querido. Debe ser la asistenta que, hoy, también llega antes...

Y sus pasos, saliendo del cuarto de baño con los zapatos mojados por el agua derramada, que dejan húmedas huellas en la moqueta verde. Pasos que ya no oye, porque no le llevan a su venganza.

Y Alfredo. ¿Quién era Alfredo? Un ser estúpido, vestido con una cazadora de cuero rojo, gafas ahumadas, melena abundante, pantalón vaquero y boba sonrisa de cinismo permanente. Alfredo, el dueño de un Masseratti como el que ahora conducía, un hom-

bre potente que tenía por ojos, faros; por manos, palancas; por pies, embragues, frenos, aceleradores. Un hombre seguro de sí mismo cuando galopaba en su máquina, un hombre-máquina, un ser-coche. Pero frágil cuando cerraba la portezuela y caminaba, porque toda su fuerza, su energía, su poder y su seducción se la transmitía aquel coche...

Al ver el anuncio, con aquella mujer que tanto se parecía a Ella, izada sobre el bólido de Alfredo, supo que tendría que comprarlo, subirse en él, apretar hasta que saltase el acelerador, hasta que se fundiesen los pistones, porque Ella, Alfredo y él, tenían un duelo pendiente y vences al Masseratti era vencer a Alfredo, arrebatarle su fuerza, su poderío y su seducción...

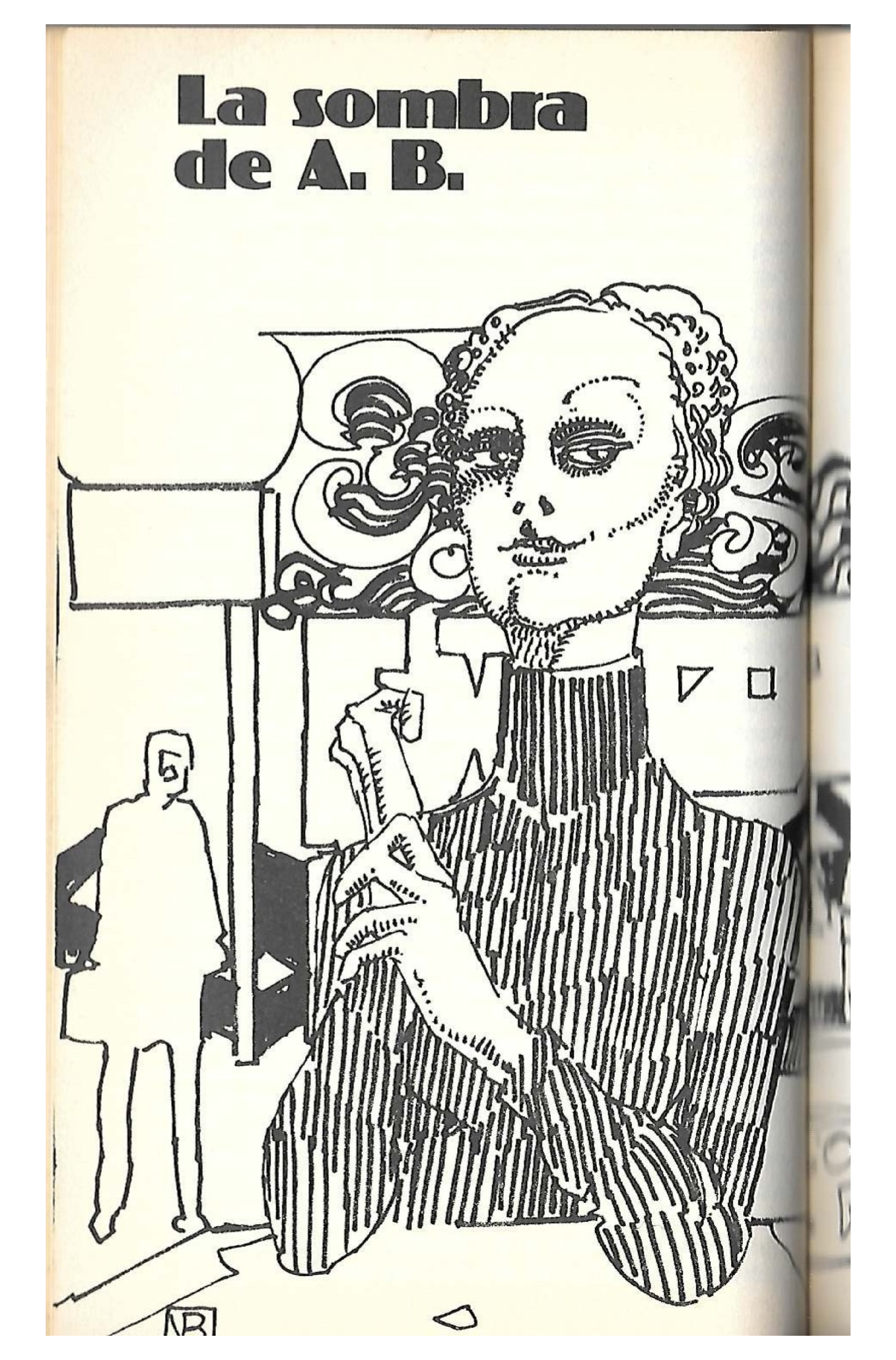
Oscurecía. A lo lejos, los montes se difuminaban imprecisos. Una señal anunciaba el término de la autopista. Era el último badén antes de entrar en la carretera de doble dirección. ¡Aquel era el lugar pensado para el último esfuerzo! Pisó hasta el fondo el acelerador... Doscientos diez kilómetros... doscientos veinte... El motor rugía sin síntomas de cansancio... doscientos treinta... Todas las fuerzas que le quedaban puestas en el pie que aceleraba, un pie que le dolía del esfuerzo... Se repetía: ¡Más!... ¡Más!... ¡Hasta el tope!... ¡¡¡Hasta el fin!!!...

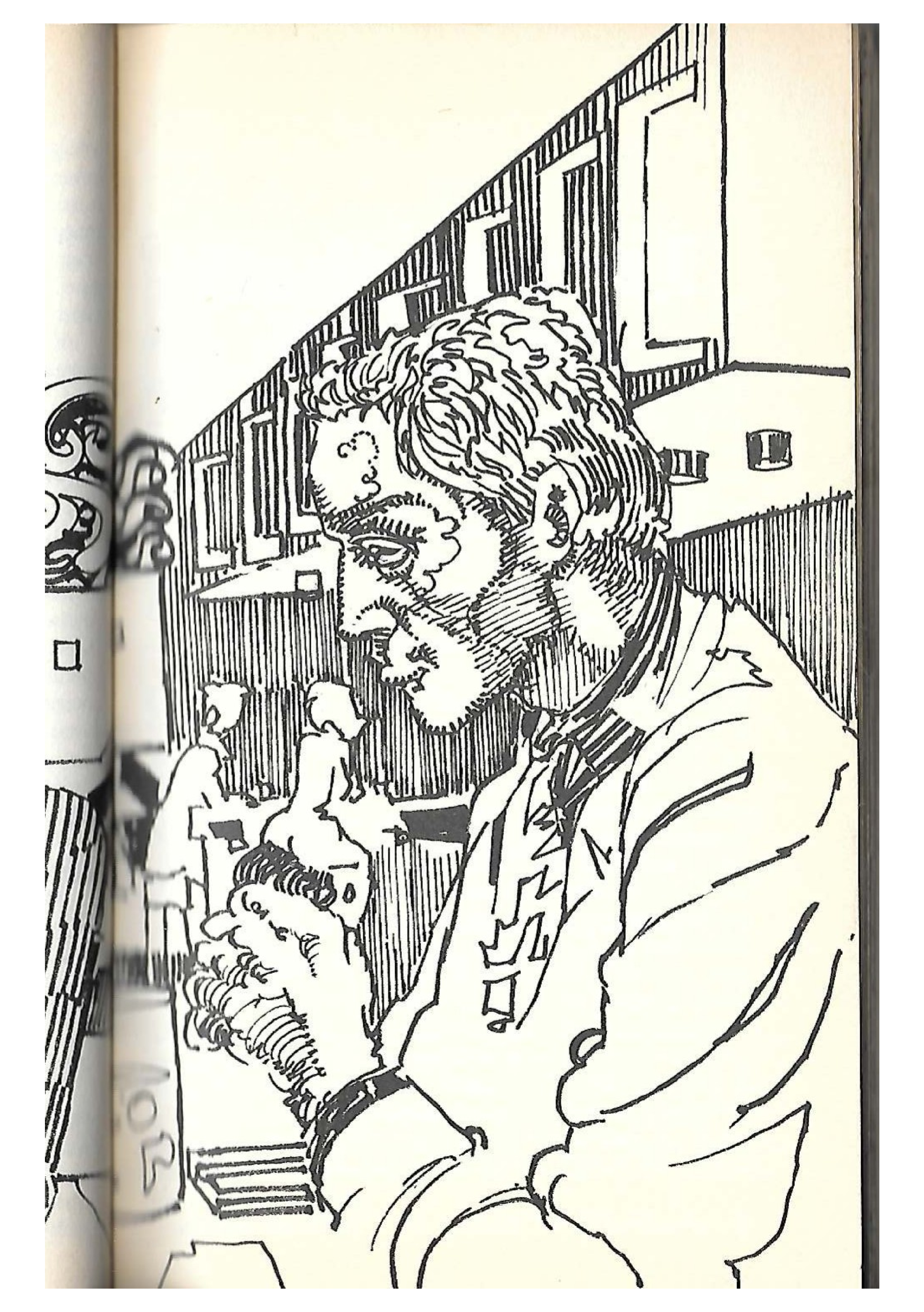
No vio la curva ni al camión que venía de frente... Frenó en el aire cuando se precipitaba en el vacío.

Estaba preso en un informe montón de chatarra. Preso y vivo. Todavía vivo. Quiso humedecerse con la lengua los labios y probó el sabor caliente de su propia sangre... El dolor de la nuca hacía más lúcidos sus pensamientos. Sabía que tardaría en morir y que, aquel tiempo, que le restaba de vida, encerraba todo el horror del absurdo, el inhumano horror de la desesperación.

Y mientras, Alfredo y Ella, seguramente, reirían, reirían, claro que reirían... Porque ya, entre signos de muerte, escuchaba una sarcástica risa, femenina y también histérica. Ni siquiera supieron nunca por qué lo había hecho: por cobardía, porque —antes— debía haber utilizado aquella navaja.

La sombra de A. B.





La sombra de A. B.

Antonio González del Valle

Todo en aquella mujer era exquisito y sorprendente. En su compañía o entre sus brazos se tenía la profunda impresión de perderse placenteramente en los raros encantos del misterio, en las placenteras simas del pasado.



DESDE lo alto del puente del Golden Gate pudimos ver los grandes árboles del parque, ya en esta época teñidos de tonos calientes. Enfrente, la isla de Alcatraz aparecía recortada tras la niebla. A lo lejos, en la bahía, se podía adivinar la silueta del vaporcito de Oaklan, seguido de gaviotas.

El día anterior había llegado a San Francisco. Era la primera vez que visitaba la ciudad y traía la intención de establecerme en ella.

Palo Alto no es un lugar ideal para que un joven músico pueda perfeccionar sus estudios y encontrar un trabajo.

La primera impresión que me produjo la ciudad fue espléndida; pensé que, ocurriera lo que ocurriera, el viaje merecía la pena. Dirigí mis pasos hacia la Avenida de Fray Junípero cerca del China Town; en el número catorce estaba la casa donde, durante dos años, iba a vivir. Era de dos plantas, la fachada pintada de azul turquesa y tenía un pequeño jardín. Un compañero de la escuela media me había recomendado a la señora Carley, la propietaria de la pensión.

Al día siguiente a mi llegada fui al conservatorio

para hacer las pruebas de acceso y, en caso de aprobarlas, matricularme en el tercer curso de violín. Satisfecho, pues había conseguido mi propósito, con el instrumento bajo el brazo, me dispuse a dar una vuelta para conocer algo de la ciudad de las colinas. Monté en el tranvía que sube hasta el puerto y después, andando, estuve dando un paseo por los muelles. Los grandes barcos, el continuo ir y venir de los coches de carga, las enormes murallas de contenedores apilados componían para mí un espectáculo poco común.

Al llegar al muelle veintitrés entré en una taberna para tomar una cerveza y una hamburguesa. Allí, por primera vez, vi a Ana.

Sentada en una mesa del fondo, donde apenas llegaba la luz, había una mujer ojeando un ejemplar del *National Geography Magazine.* Su figura en la penumbra, su forma de vestir insólita me fascinaron desde el primer momento. Un jersey negro con cuello de cisne le daba un extraño atractivo; todo hacía pensar que aquella mujer, además de ser bella, debía guardar el encanto de las personas que poseen una vida interior rica e intensa.

No me decidí a acercarme hasta su mesa y me senté en un lugar próximo. Mientras comía mi hamburguesa con mostaza, la observaba atentamente; ella no parecía darse cuenta de mi presencia; pero de pronto cerró su revista, se levantó y dirigiéndose a mi mesa se sentó a mi lado. No podía creerlo, las manos me temblaban y era incapaz de soltar la jarra de cerveza. De cerca su belleza era aún más sugestiva. Se presentó, hablaba un inglés poco inteligible para mí; sin embargo, no parecía extranjera; en todo caso, inglesa. Su acento era extraño y sus construcciones gramaticales arcaicas; utilizaba términos inusuales, que yo solamente conocía de la lectura de alguna obra de Shakespeare.

La conversación era tan incongruente y pasajera como todas las que se mantienen con un desconocido. Continuamos hablando y salimos a pasear por los mue-

les. De ella misma sólo dijo que se llamaba Ana, y nuestra charla giraba en torno a mis proyectos, mis ilusiones y mi vida en Palo Alto. Durante todo el tiempo ella llevaba la iniciativa; yo me dejaba conducir por una personalidad que me arrastraba, pues nunca había conocido a alguien semejante.

No era consciente del tiempo; estuvimos paseando durante un largo rato hasta que llegamos a la parada del tranvía.

Ana se quedó mirándome fijamente; fue en ese preciso momento cuando fui consciente de todo el atractivo que esa mujer tenía. Paró un taxi de la compañía Yellow y me invitó a ir con ella.

Jamás había tenido una experiencia de este tipo; mis contactos con personas del otro sexo se habían limitado a la típica relación que se mantiene con las chicas del pueblo: una escapada al jardín durante las fiestas de graduación y algunos besos robados en el baile del día de Acción de Gracias. Sentí miedo, el miedo del inexperto, del que tiene la sensación de estar ante algo maravilloso y piensa que en cualquier momento su propia incapacidad puede echarlo todo por tierra. Pese a todo, no pude resistir a la tentación de su invitación, pensando que cualquier cosa que aconteciera a partir del momento que yo entrara en el taxi debería ser por lo menos agradable.

El paisaje de la bahía y la vista nocturna de San Francisco fueron el tema de nuestra conversación durante el trayecto a Sasaulito. Cruzamos el Golden Gate y al cabo de aproximadamente una hora estábamos frente a la entrada de su casa, una de las últimas de la colina. Era una edificación estilo colonial, construida en madera, con la fachada pintada de blanco; dos columnas dóricas y un pequeño frontón franqueaban la puerta. Para llegar a ella había que traspasar una verja de madera que daba al jardín.

Entramos en la casa y mientras me servía un sherry me dijo que podía esperarla en la sala y ella subió por la escalera que llevaba a la planta superior.

Quedé solo, intranquilo, sumido en un inquietante

estado de ansiedad. Para relajarme me entretuve analizando la decoración del salón. En una rápida pasada de vista nada parecía anormal; el mobiliario era el típico en una mansión de estas características. Luego pude ir observando pequeños detalles que en un primer momento podían pasar desapercibidos, pero que atrajeron mi atención de una manera especial.

Sobre un secreter de madera de roble había unas hojas escritas en caligrafía gótica inglesa con una exquisita perfección. Parecían estar escritas recientemente, pues el tipo del papel era actual, y corroboró mi impresión el hecho de que sobre la misma mesa hubiera una vieja pluma de avestruz y un tintero de cobre. Me resultó insólito, más bien chocante que alguien en 1960 escribiera de tal modo; concordaba además con la forma peculiar que Ana tenía de hablar.

En la mecedora, junto a la chimenea, había un bastidor; en él una tela roja en la que aparecía, inacabado, el dibujo de un león bordado en hilo de seda negro y blanco. No entiendo mucho de bordados, pero me parecieron de una calidad excepcional.

Y colocada en una de las estanterías de la chimenea Buffet vi una miniatura en la que aparecía el retrato de una dama renacentista, cuyo rostro me parecía haberlo visto anteriormente en algún manual de arte e incluso me resultaba familiar. En la parte inferior del marco estaban grabadas las iniciales A.B.

Mientras observaba detenidamente la miniatura entró Ana en el salón, vestida con una bata de satén negro. Bajo la tela se podía adivinar la figura de un cuerpo casi perfecto. No acerté a pronunciar palabra alguna, me embelesaba. Ella clavó sus ojos en los míos, con una sonrisa insinuante, y un sugerente movimiento de cabeza me indicó que la siguiera. Rodeándole el cuello llevaba una gargantilla de terciopelo negro, particularmente ancha.

Una vez dentro de la habitación me mostró toda la esplendidez de su cuerpo, que era simplemente fascinante. Me es extremadamente difícil describir la es-

cena; pero las imágenes se conservan todavía vivas en mi mente. Con una parsimonia que me hacía perder el sentido se desabrochó el cinturón de la bata y recorriéndose el cuerpo con las manos dejaba caer lentamente la suave tela que le cubría hasta el suelo. Yo estaba a punto de estallar, me cogió de la mano y llevándome hasta la cama, mientras me acariciaba con una ternura que hacía subir el ritmo de mi corazón, me desnudaba pausadamente, como siguiendo un delicioso rito. Hicimos el amor, más bien ella hizo el amor conmigo; pues en todo momento llevaba de una manera maravillosa la iniciativa. Yo, preso de excitación me revolvía entre su cuerpo, besándola con una pasión anárquica. Y mis labios chocaban una y otra vez en su gargantilla; intenté desabrochársela y con una violencia inaudita apartó mi mano de su cuello. Extrañado le pregunté por qué; de una forma suave, pero al mismo tiempo autoritaria me dijo que intentara gozar del momento, me olvidara de su gargantilla y que no le pidiera ninguna explicación.

Con algunos recelos por mi parte seguimos sumidos en un fantástico juego erótico hasta que ella quedó dormida, cuando ya los primeros rayos de luz asomaban por la ventana.

La noche había sido tan apasionante que me era imposible conciliar el sueño, además el misterio de la gargantilla, esa obcecación de Ana por no desprenderse de un objeto de adorno insignificante, llegó a obsesionarme de tal manera que no pude resistir la tentación de quitársela, aprovechando que dormía profundamente.

Fue espantoso. Rodeándole todo el cuello tenía una cicatriz tan profunda que parecía imposible que éste pudiera sostenerle la cabeza.Me horrorizó hasta el punto de que instintivamente me vestí y abandoné la casa sin una dirección determinada. Estuve dando vueltas por la ciudad. Mi cabeza era un mar de confusión, todo lo ocurrido era verdaderamente asombroso y extraño. ¿Quién era ella? ¿De dónde había

venido? ¿Qué significaba aquella horrible cicatriz? Nada estaba claro y eso me atormentaba.

Una vez en mi habitación, con los ánimos calmados, intenté racionalmente reconstruir los hechos. Las características de su lenguaje, su forma de escribir, no eran normales en una persona de esta época. Un raro presentimiento apareció en mi cabeza.

Esa misma tarde fui a la biblioteca Washington Irving dispuesto a encontrar una respuesta, y comencé a consultar manuales de historia con la esperanza de encontrar en alguno de ellos la imagen que aparecía en la miniatura que Ana tenía en su casa.

Cuando estaba a punto de desistir en mi búsqueda, en el tomo trece de la *Art Encyclopaedian Royal British* encontré un cuadro renacentista en el que estaba retratado el rostro de la misma dama que aparecía en la miniatura. Al pie explicaba: Ana Bolena, segunda esposa de Enrique VIII, acusada de traición a la corona y adulterio con un músico de la corte. Condenada a muerte y decapitada en la Torre de Londres en 1536.

Las iniciales A.B. coincidían; observé detenidamente el retrato de Ana Bolena y a medida que lo analizaba le iba encontrando rasgos físicos parecidos a los de la mujer con la cual yo había pasado la noche. No podía ser cierto cuanto estaba pensando; debía tratarse de una mera coincidencia, un simple azar; pero no podía abstraerme de la idea, no podía dejar de pensar en ello y decidí disipar mis dudas preguntándole directamente a ella. Ignoraba cómo hacerlo, quizá se reiría de mí, pero yo necesitaba convencerme de que todo era tan sólo producto de mi condenada imaginación.

Serían las once de la noche cuando desde mi habitación pedí un taxi que me llevara a Sasaulito.

Estuve paseando por los alrededores de la casa, intentando encontrar una manera lógica de plantearlo, que no resultara violenta, y pasó un largo rato hasta que me decidí a cruzar la puerta del jardín.

Antes de pulsar el timbre atrajo mi atención una

luz muy tenue que partía de una de las habitaciones de la planta baja. Me acerqué sigilosamente hasta la ventana y pude contemplar una escena alucinante, una escena que parecía estar arrancada y traída de otra época.

Frente a un tocador, en el que había dos candelabros encendidos, una mujer se peinaba lentamente, deleitándose. Vestida con un traje antiguo, color verde esmeralda, con encajes blanco marfil, seguía absorta y leve su tarea.

Yo observaba anonadado, atónito; no sabía cómo encajar lo que estaba viendo. Un calor húmedo, que más tarde se convirtió en un intenso escalofrío, recorrió todo mi cuerpo.

De pronto, de una manera inesperada ella volvió la vista hacia la ventana y nuestras miradas se cruzaron. Quedé inmóvil me miraba fijamente sentí que las piernas me flaqueaban y que iba a desplomarme en el suelo. Aquello no cabía en mi mente, me resistía a creerlo; aunque estaba delante de mis ojos. Era ella, era Ana, era la misma mujer de la miniatura, la misma Ana Bolena que había encontrado en la Enciclopedia.

Estaba allí, sin apartar sus ojos de mí. En su cuello se podía ver la terrible marca del hacha ejecutora; la parte delantera del vestido estaba teñida de rojo, del rojo pardo de su sangre coagulada.

¡Había hecho el amor con una mujer que llevaba cuatro siglos muerta! Era espantoso, no sabía cómo salir de allí, cómo huir, las piernas no me respondían. De un salto súbito inicié una desesperada carrera; corrí preso del pánico, totalmente despavorido, sin atreverme a volver la vista atrás.

Permanecí en San Francisco dos años, continuando mis estudios de música. Y durante ese tiempo no vi más a Ana.

Cada vez que bajaba a pasear al puerto temía encontrarme con ella; pero al mismo tiempo lo deseaba. Creo que necesitaba volver a verla para asegurarme de que los hechos ocurridos los dos primeros días de

mi estancia en la ciudad fueron ciertos, que aquello había sido real y no un producto de mi imaginación.

Un contrato en la orquesta de cámara de Los Angeles fue el motivo que me hizo abandonar la ciudad.

El día anterior a mi marcha decidí ir a ver el lugar donde estuve con Ana y tal vez a reencontrarme con ella.

Durante el trayecto todas las imágenes del primer viaje que hice a Sasaulito pasaban por mi mente. Volví a ver la isla de Alcatraz entre la niebla y las gaviotas, siguiendo el vaporcito de Oaklan.

Subí andando desde el puerto hasta la colina y allí estaba la casa tal y como yo la recordaba. Nervioso, con el estómago encogido y el pulso acelerado, llamé a la puerta. No sabía quién iba a salir a recibirme. Estuve a punto de huir corriendo otra vez, por ese miedo irracional de enfrentarme con ella.

Una señora de unos sesenta años fue quien abrió al fin la puerta. Yo debía aparecer completamente pálido, y haciendo un gran esfuerzo pregunté por Ana; la mujer, muy amablemente, me contestó que allí no vivía nadie con ese nombre. Dije que si la antigua propietaria de la casa había dejado alguna dirección antes de marcharse. Ante mi asombro, la mujer respondió que llevaba viviendo allí más de veinte años y que la casa había pertenecido a sus padres. Le pedí disculpas y confuso me dispuse a marcharme.

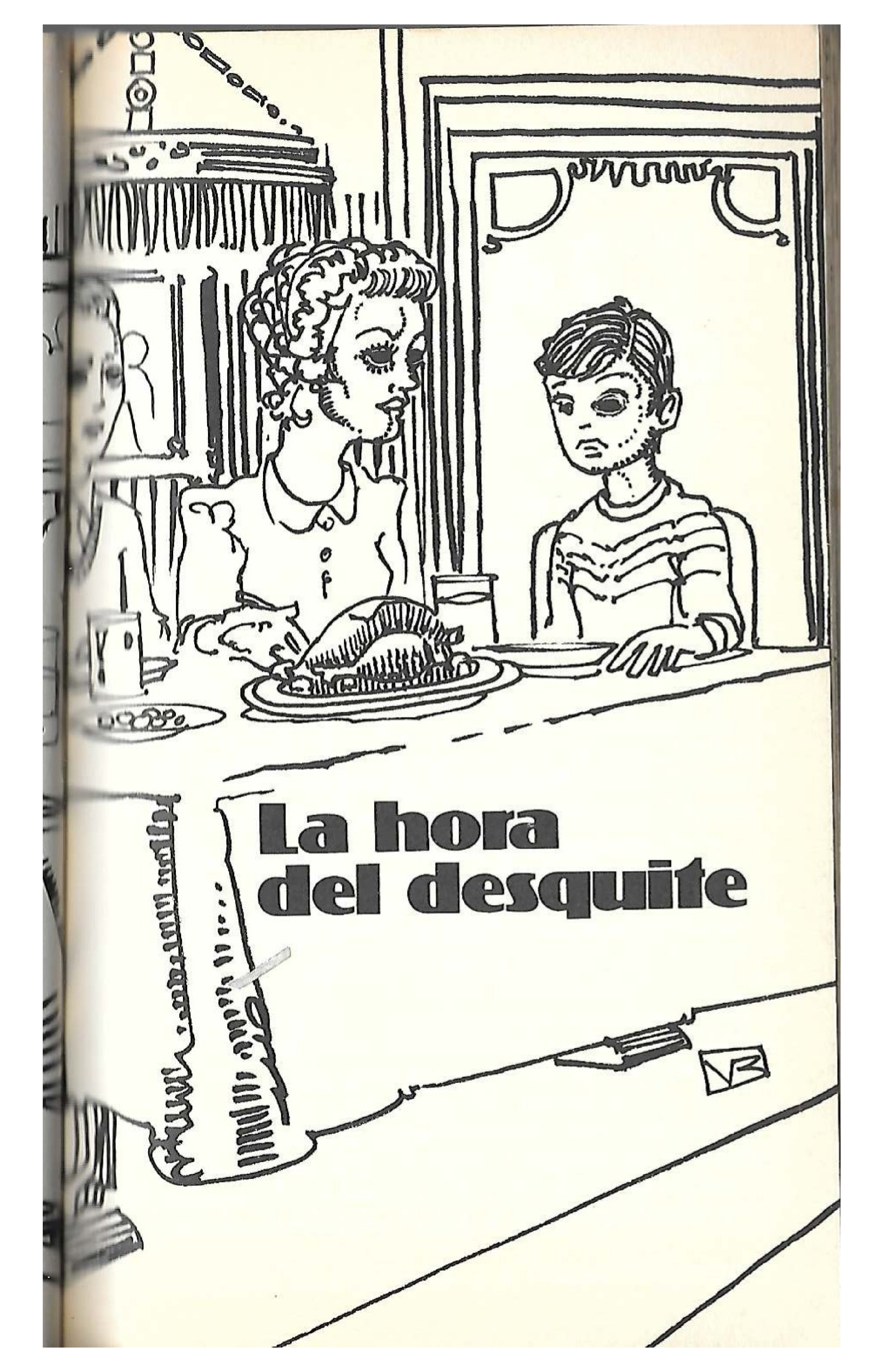
Antes de cruzar la puerta de la verja volví la cabeza para dedicar la última mirada a la casa. En uno de los matorrales del jardín advertí una mancha blanca que me atrajo hasta descubrir de qué se trataba.

Prendido de una de las ramas colgaba un pañuelo. En él, admirablemente, aparecían bordadas las iniciales A.B. Lo cogí y, tras acariciarlo con mis manos, lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Hoy, todavía, después de veinte años, es el pañuelo que me pongo entre la mejilla y el violín.





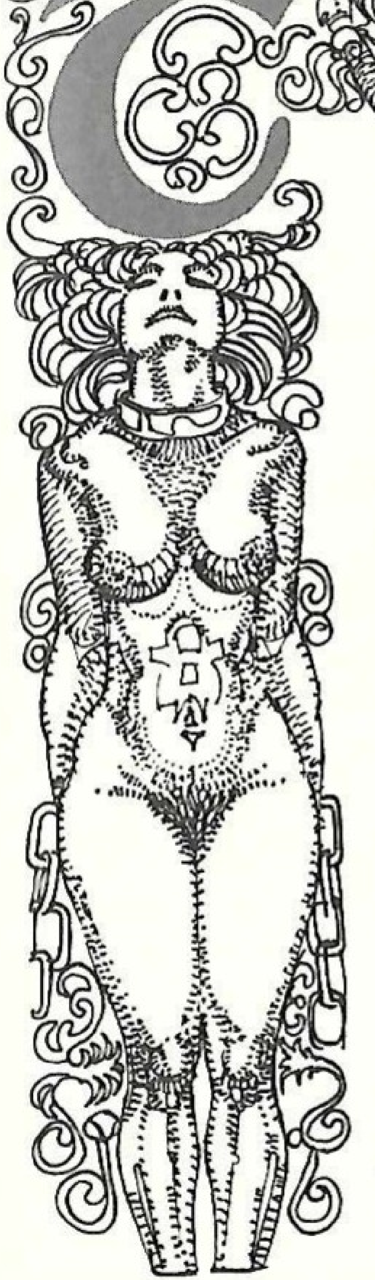

La hora
del desquite

La hora del desquite

Alberto S. Insúa

Una mañana de junio de 1872, asesiné a mi padre, acto que me impresionó vivamente en esa época.

(Ambroise Bierce, de «El club de los parricidas».)



ODO empezó por un pollito. Un pollito amarillo comprado en las estribaciones del mercado a las pocas horas de su nacimiento. Un pollito criado con amor por manos infantiles —las mías— con miga de pan mojado en leche. Es posible que estos cuidados, combinados con la temperatura anormalmente alta de la cocina —cuyo fogón constituía en aquella época el único elemento de calefacción de la casa—, le permitieran desarrollarse y seguir viviendo una larga temporada; pero su porvenir se tornó incierto cuando, cumplida ya la primera fase de su desarrollo, logró escapar de la estrecha cárcel de cartón de una caja de zapatos y regó generosamente con sus excrementos nuestra vieja y única alfombra instalada en el salón. Y aunque esta escapada no volvió a repetirse, pues la cárcel de cartón fue sustituida por la vieja bañera de hierro esmaltado, era claro que el citado incidente, sumado al bajón obligado de la higiene corporal de la familia amén de múltiples sobresaltos durante la micción de los adultos masculinos, presagiaban un trágico final.

Aquella mañana había sido aciaga. Nuestro sabio

educador, un religioso bajo de estatura pero grande de espíritu, ante el escaso rendimiento de sus discípulos en la comprensión del sistema métrico decimal y su aplicación al estudio de longitudes, superficies y volúmenes, inflamado en santa ira, castigó nuestra ignorancia con la ardua tarea de copiar mil veces: «Un metro cuadrado equivale a cien decímetros cuadrados. Un decímetro cuadrado... etc.»; mientras que, de paso, rompía varias reglas de cuadradillo en las espaldas de los más zotes. Esta sabia medida tan pedagógica —obsérvese el carácter métrico del elemento de tortura empleado— lejos de ser aplaudida como contribución a nuestro acervo cultural, ¡oh, inconsciencia de la infancia!, levantó oleadas de reconcomida indignación en mis condiscípulos y en mí mismo.

Por eso, cuando en grupo nos dirigíamos a nuestros hogares, con las orejas calientes y el corazón oprimido, sólo pensábamos en el terrible fin de semana que nos esperaba, en los diez o veinte folios de letra apretada en los que deberíamos desgranar un estúpido sistema de medir, que para colmo no admiten algunas de las naciones teóricamente más civilizadas; y obsequiábamos a nuestro santo educador con los más soeces epítetos recién aprendidos, con evidente falta de lógica en su aplicación; pues la honorabilidad de la autora de sus días nos era desconocida, la posibilidad de consentir el adulterio de su esposa estaba fuera de lugar, tratándose de un varón ligado por juramento solemne al celibato; y no nos constaba que existieran en sus impulsos sexuales —caso de tenerlos— desviaciones anómalas, ligado como estaba por santos y solemnes votos, sin que las caricias que nos dispensaba en nuestras salidas a la pizarra pudieran ser interpretadas como algo distinto de los sentimientos paternales que los tiernos infantes provocan en los varones adultos. Pero, réprobos y contumaces continuamos poniéndole de hoja de perejil, hasta que llegó el momento de separarnos y emprender cada cual en solitario el camino de su casa. Eso sí, conti-

nuamos masturbando nuestra mente haciendo en ella a nuestro maestro víctima de los más atroces suplicios.

Al llegar a mi casa, mi primera visita fue al cuarto de baño. No porque deseara echar un vistazo a mi pollito, sino debido a una fuerte opresión en la región pubiana, producida por unos terribles deseos de orinar. Esto último tenía su explicación. En aquel emporio de la Didáctica en el que tuve el placer de educarme, la disciplina del centro impedía el uso del mingitorio fuera de las horas de recreo. Sabia medida ésta, que contribuía sin duda a forjarnos en el sacrificio y la autodisciplina, pero que perfumaba la clase con un intenso olor, similar al del cajón de serrín que resulta imprescindible en aquellas casas en las que existe un gato, por obra y gracia de uno de mis condiscípulos que padecía inconteniencia de orina.

Una incontinencia de este tipo, pero esta vez provocada por cuatro horas de vigilia urinaria, me lanzó como una flecha hacia el inodoro (todavía no comprendo como puede llamarse así), en el que descargué entre convulsiones de placer —¿será pecado Dios mío?— no menos del ochenta por ciento del ambarino y espumoso líquido.

Un momento después,y mientras apuraba las mieles del placer, reparé con sorpresa que mi pollito había desaparecido de la bañera.

En un principio no di importancia a este hecho. Posiblemente —pensé— se trataba de un cambio temporal de lugar, para atender a la limpieza de la bañera, ahora reluciente y habitualmente manchada de excrementos avícolas, o al aseo personal de algún miembro de la familia. Así que una vez satisfecha la necesidad imperiosa que me me había llevado al cuartode baño, complacido y hambriento me dirigí al comedor.

Mi familia, que estaba ya sentada en torno de la mesa, sonriente y parlanchina, guardó un repentino silencio en el momento de mi aparición. Esta actitud,

evidentemente culpable, sólo provocó en mí una ligera sospecha, mientras me sentaba al lado de mi madre, que me sonrió con ternura. Y comenzó la comida, una de esas comidas tradicionales de postguerra, con el sopicaldo de pan duro previamente frito, en el que el pan sobrenadaba junto a pequeñas gotas de aceite, que la refracción transformaba en un mosaico de reverberaciones multicolores, entre el fondo rojodorado del pimentón y el humillo aliáceo del diente de ajo del sofrito. Y luego, pasado este primer plato, obigada preparación estomacal de los días invernales, la rica tortilla española, en la que el batido de las claras multiplicaba las yemas, permitiendo el perfecto ensamblaje de un kilogramo de tubérculo sabiamente troceado con el escaso cemento de sólo tres unidades ovoideas.

Cual no sería mi sorpresa, cuando mi madre, cuyas habilidades de geómetra intuitivo aplicadas al reparto de la argamasa alimentaria eran asombro de propios y extraños, en lugar de seccionar la tortilla en seis perfectos sectores circulares, habida cuenta el número de comensales, sustituyó el corte tridiametral por el mucho más complejo pentarradial, pasando luego a distribuir los cinco trozos de mi padre, mis tres hermanos, y ella misma.

Yo estaba francamente sorprendido. Me costaba trabajo creer que el cero en conducta de la semana anterior, producto de un grave acto de indisciplina escolar en el que tomé parte, provocara aquella reacción punitivo-alimenticia, evidentemente tardía. Estaba a punto de protestar, cuando mi madre me sonrió. Yo tendría hoy un segundo plato diferente. Y levantándose, regresó al punto de la cocina y puso el plato delante de mí.

No podía creerlo. Allí, en el plato, asado, dorado por el fuego, desplumado, decapitado, con las piernas amputadas, con el abdomen vacío, definitivamente muerto y profanado, mi pollito esperaba el momento en que mis dientes se clavaran en su pechuga, devo-

raran sus mulos y royeran con gula sus pequeños huesecillos.

No pude comerlo. Es más, pasado el primer momento de estupor, sentí una tremenda opresión en el pecho, como si el aire me faltara. Una tos convulsiva y un sudor frío hicieron que todo mi cuerpo se estremeciera, y con los ojos en blanco rodé por el suelo.

Cuando volví del desmayo el pollo ya no estaba en la mesa, y mi madre trató de consolarme. Con un —¡ya pasó!— dejó zanjado el problema y se retiró a la cocina para lavar la vajilla.

Años más tarde, cada vez que ante la vista de sangre se renovaba el proceso de pérdida de conocimiento, he reflexionado muchas veces sobre el origen de esa tendencia insuperable a desmayarme, y he creído encontrar su razón última en el episodio del pollito. Afortunadamente, esta debilidad tan molesta queda, en mi opinión, compensada por la supresión de dos impulsos importantes: el complejo de Edipo, y el interés gastronómico por la carne de volátil (actualmente muy devaluada y pobre en proteínas).

Pienso que no debo juzgal mal a mi madre. El pollo era, sin duda, un animal domésticamente indeseable. Asimismo, representaba en aquellos años de penuria una oportunidad proteínicamente irremplazable. Podían haberlo sacrificado y luego comérselo en secreto mientras me contaban el cuento chino de que se había muerto de muerte natural. Pero se ve que el sentido de la propiedad triunfó frente a la cordura. El pollo era mío y a mí me correspondía meterle el diente. Lo malo es que yo hubiera sustituido con gusto tan sustancioso elemento dietético por la argamásica tortilla de patatas, a sabiendas de que dicha dieta contribuyó y contribuye a la canijez de la raza, y a que se nos siga considerando como los amantes mentalmente más ardorosos y físicamente más ineptos de Europa.

Ha habido más pollitos en mi vida. Pollitos que, una vez sacrificados, me han sido presentados, debidamente condimentados por la autora de mis días. Mi

primera corbata, mi primeros pantalones largos, mi primera novia y las que la siguieron, mi primer empleo, mi primer sueldo.

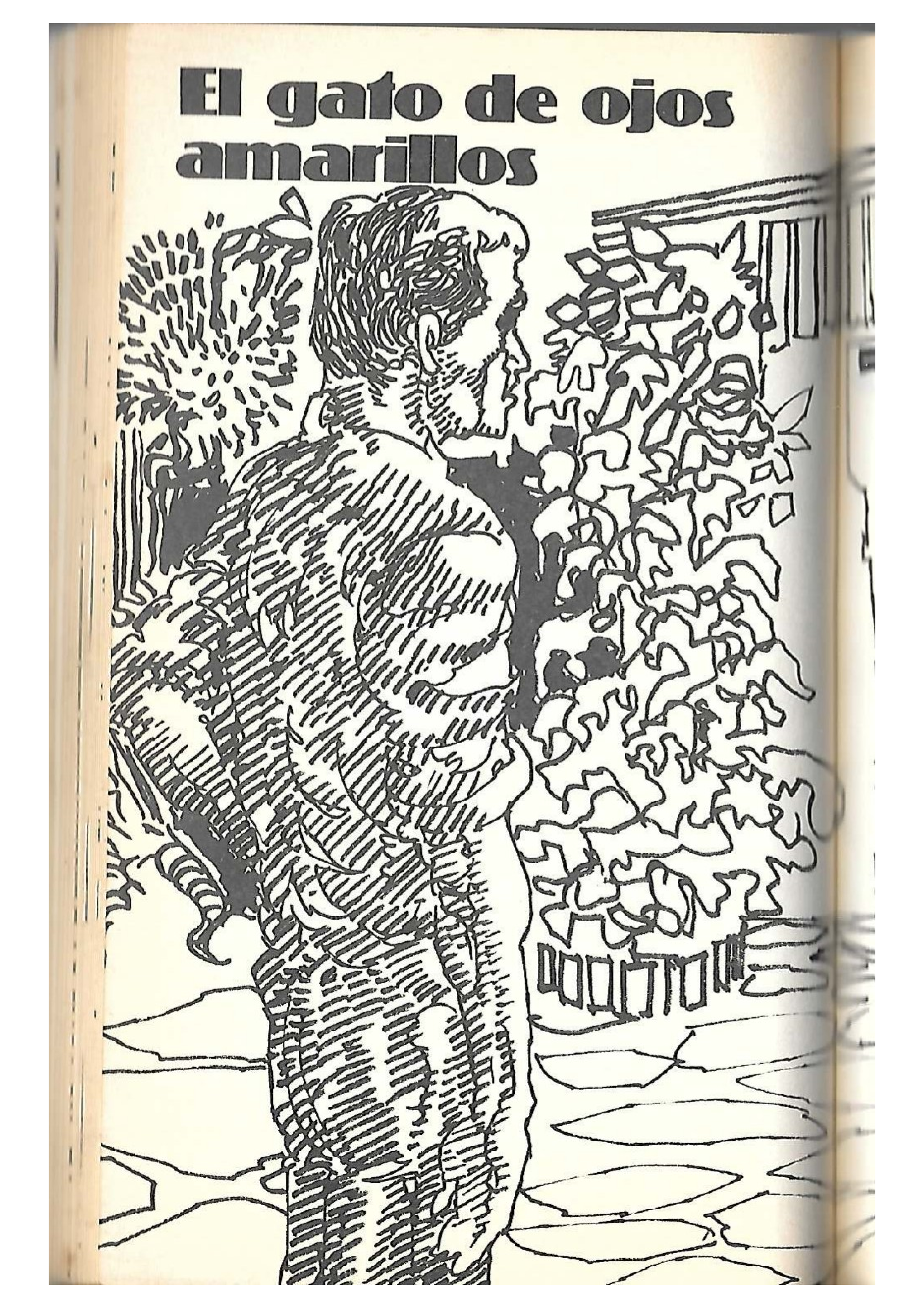
Mi padre murió —¡Dios le tenga en su gloria!—, mis hermanos se casaron y se fueron. Yo he vivido a solas con mi madre varios años. Y he ido acumulando pollito tras pollito. Por eso, al enterarme ahora que las croquetas son de gallina, no he podido contenerme: tenía que desquitarme de aquello. Una tras otra las he introducido en la garganta de mi madre empujando con la cuchara, mientras sus brazos se agitaban como aspas de molino y sus ojos se salían de las órbitas en el estertor de la asfixia. ¡Docena y media de croquetas! —me gustan mucho— una tras otra hasta completar las dieciocho.

He reaccionado luego demasiado tarde. Con un cuchillo de cocina he intentado salvar a mi madre practicando la traqueotomía. Pero la vista de la sangre ha alterado mi pulso y el resultado ha sido aún peor, y sólo he conseguido seccionar el cuello de mi madre, ya muerta por la asfixia.

Ahora, junta al cadáver, espero la llegada de la policía. No va a ser nada fácil explicar lo sucedido. No creerán que todo ha sido un accidente, que yo no quería matar a mi madre, aunque puedo alegar, y a lo mejor cuela, lo de trastorno mental transitorio. Pero es difícil que comprendan que no se puede matar impunemente el pollito de un niño, y encima obligarle a comérselo. Seguro que ninguno de los jueces de este país de locos va a ser capaz de comprender que todo este lío ha sido debido a un pollito, un pollito amarillo que yo tenía de pequeño y al que quería con locura. Y para terminar, un consejo: no le compre nunca un pollito, un patito, o similar al nene, o aténgase a las consecuencias...



El gato de ojos amarillos




VB

El gato de ojos amarillos

Eugenia Montero

Los ojos de aquel felino eran grandes, amarillos... Al mirarlos el espíritu enfrentaba el vértigo de a quien le es dado conocer las fronteras del más allá de la razón y de la sinrazón.



NFILO la carretera sin rumbo fijo. El día había transcurrido monótono, el trabajo habitual, las caras de siempre. Se sentía aburrido y cansado. El verano parecía haberse adelantado en aquella primavera ardiente de rosas prematuramente ajadas bajo el calor y un asfalto reseco y polvoriento.

Eran poco más de las ocho de la tarde. Tenía las ventanillas del coche abiertas, pero el aire que entraba era cálido aún. A ambos lados del camino, los plateados álamos y los sangrantes arces surgían inmóviles, verticales monjes sobre un verde claustro de hierba. Madrid se perdía en la lejanía. Atrás iban quedando los cuidados chalets, el campo apacible. La fisonomía del paisaje comenzaba a ser diferente. La tierra se hacía más árida, se oscurecía, volviéndose parda y cenicienta. Los olivos nacían del suelo, retorcidos, con el tronco gris surcado de grietas que parecían viejas cicatrices. Surgían, dispersos, los cardos de flor morada y azul, alguna florecilla blanca, casi transparente, como una lágrima, y la amapola brillante, cual gota de sangre de la piel de la tierra.

La naturaleza se volvía dramática en esa parte del camino. Era tremendamente humana en su lucha por

subsistir, por elevar sus árboles al cielo, por tener alguna flor, por ser algo más que árido polvo.

Durante algunos minutos continuó el paisaje seco, casi desnudo. Luego, poco a poco, fue cambiando. Surgieron los rubios campos de trigo, los chopos, antiguos centinelas con gris armadura de madera y verde penacho de hojas, y un sauce ligero y romántico, con sus ramas aladas, con sus hojas de pluma. Y, entre los árboles, las espontáneas flores campestres: la caléndula, el pensamiento, la margarita, la gallardía.

Miró el paisaje con asombro. El campo se perdía en la distancia, hundiéndose, horizontal, en los lejanos montes azules. Una paleta sobrenatural había derramado sus colores sobre aquel lugar. Paró el coche. Una serpentina de agua se deslizaba a la derecha, entre plantas y arbustos, siguiendo un pequeño sendero que se dirigía hacia un chalet de línea moderna que se elevaba solitario. En ese instante se dio cuenta de que había salido de Madrid sin poner gasolina en el coche. Con lo que debía quedarle, no podría regresar. Se quedó unos segundos pensativo. No tenía más que dos soluciones: esperar a que alguien le quisiera llevar a la gasolinera más próxima o acercarse a la casa por si en ella había alguien. Optó por la segunda solución y se encaminó por el sendero.

El chalet, cercado por una pequella valla, estaba rodeado de un bonito jardín que casi se confundía con el campo. La puerta se hallaba aparentemente cerrada, pero sin encajar. Llamó al timbre y luego la empujó y penetró en el jardín. Una muchacha, tranquilamente tumbada en una hamaca, se levantó al verle y se acercó mirándole sorprendida. En sus brazos llevaba un gato rubio, como una pequeña bola de largo pelaje, que parecía dormitar, con los ojos cerrados, en el tibio cobijo del ama.

Era una mujer joven y bonita, vestida con un short y una blusa transparente, quien le observaba esperando una explicación. Cuando supo la causa de su inesperada aparición se ofreció a dejarle gasolina, ella

tenía suficiente, y le invitó a una bebida antes de que volviera a Madrid.

—Vamos a hacer una cosa —sugirió Jaime. Ya que eres tan amable, lo menos que puedo hacer es invitarte yo. ¿Quieres venirte conmigo, tomamos una copa juntos y luego te traigo de nuevo aquí?

Le miró sonriente, indecisa. Luego aceptó.

—Espera un momento que me cambie y deje todo cerrado.

Se alejó con su gato aún en los brazos. Jaime pensó que vivir allí debía ser maravilloso, en pleno campo, rodeada de paz, de tranquilidad, a pocos kilómetros de Madrid, pero a la suficiente distancia de las modernas urbanizaciones y los barrios residenciales de las afueras. Cerca de él había una paleta, unos pinceles abandonados en un banco y un lienzo, fresco aún, apoyado en un caballete. Era un paisaje al atardecer. Un paisaje muy bello, melancólico, de grises y oros difuminados, en cuyo fondo, en una especie de buscada y misteriosa lejanía, surgían, como suspendidos en el aire, unos ojos enigmáticos que podían ser muy bien confundidos con dos pequeños soles o dos nubes doradas. Aquel cuadro poseía una extraña fascinación, atraía y, al mismo tiempo, inquietaba. Jaime apartó la vista molesto, turbado, sin acertar a comprender la causa.

Ella volvió sonriente y ligera, con un vaporoso traje blanco y su aire despreocupado, tan juvenil, y en ese mismo instante todo sentimiento inexplicable de malestar desapareció.

Cuando Jaime volvió aquella noche a su piso madrileño, después de haberla llevado de nuevo a su casa, en el centro del campo, siguió pensando en ella. No sabía por qué, pero se había comportado como un chiquillo. La había llevado a una terraza de Rosales, después de cenar en un pequeño restaurante, y luego la había acompañado hasta el chalet sin intentar siquiera darle un beso. Tal vez esto era lo correcto, pero sabía que él no acostumbraba a comportarse así.

Sin duda, el candor que parecía emanar de la joven había tenido el poder de cohibirle.

Una irresistible atracción le llevaba hacia ella. Desde aquel primer encuentro continuó viéndola con frecuencia. No se citaban formalmente, pero en cuanto tenía un momento libre montaba en su coche, seguía carretera adelante y se encaminaba hacia la casa de su amiga. Y siempre la encontraba, siempre estaba allí, pintando o cuidando el jardín, o sentada, como soñando, con su gato adormecido en el regazo.

—¿Nunca sales? —le preguntaba.

—¿Dónde podría estar mejor que aquí? —contestaba ella—. Vivo independiente, pinto cuanto quiero, en un lugar que me gusta y me inspira...

—Pero, siempre sola, ¿No echas de menos la compañía de una amiga o de un amor?

Una ráfaga de tristeza pasó por sus ojos.

—No soy muy sociable. A veces ha surgido un hombre en mi vida y he creído que mi existencia iba a cambiar; luego...

Calló con la mirada perdida en la lejanía. El gato ronroneó y abrió lentamente los ojos clavándolos en su ama. Jaime se sobresaltó. Era la primera vez que veía los ojos de aquel gato perezoso y dormilón. Eran grandes, amarillos; en ellos había una intensidad, una fuerza que iba más allá de lo irracional y lo humano. Eran los ojos que surgían en la lejanía de aquel cuadro que contempló aquel primer día en que la conoció a ella.

Sintió miedo, un miedo irrazonado que le impulsaba a huir. Logró dominarse. Mas no pudo evitar despedirse y alejarse. Alejarse con una extraña sensación de que se estaba apartando de un peligro que no alcanzaba a entender, ni razonar.

Aquella noche se fue a cenar con unos amigos. Su miedo empezó a resultar ridículo. Sus nervios debían estar un poco desquiciados. No había descansado en todo el año y, ahora, en esos primeros días de agosto, bajo el calor agobiante, empezaba a resentirse del trabajo sin pausa. Debía irse unos días a descansar,

aprovechar las vacaciones y marcharse a alguna playa tranquila.

Pensó en ella. Desde que la conoció, su recuerdo le seguía a todas partes. Nunca le había pasado algo semejante, ni había experimentado aquellos sentimientos de timidez y adoración que le inspiraba.

Al día siguiente, al terminar el trabajo, se dirigió a la casa de ella con una nueva decisión. La muchacha le recibió con una alegría especial.

—No sé por qué, temía no volver a verte. Ayer te fuiste de una forma tan precipitada, tan rara...

—Estoy cansado, creo que agotado. He pensado irme de vacaciones. ¿Te gustaría venir conmigo?

Hubiera asegurado que el gato entornaba los ojos y le miraba con rencor, pero la voz de ella surgió cantarina, desviando su atención.

—¡Sería tan bonito...! Sólo hay un problema; no puedo dejar al gatito, si no te importa que lo lleve conmigo...

Jaime alargó la mano con cierta aprensión para acariciar al animal. Le pareció que su pelaje se erizaba y su lomo se enarcaba ligeramente.

—Por supuesto que no —comentó—. De lo que no estoy tan seguro es de si a él le gustará mi compañía...

—Claro. ¿Por qué no? —preguntó ella.

—No sé. Me parece que no le caigo muy bien.

—Imaginaciones tuyas —dijo riendo.

Que ella aceptara su invitación le hacía sentirse más seguro. Le pasó suavemente la mano por los cabellos que caían sueltos sobre su espalda. Ella le miró por primera vez de una forma distinta, sin esa expresión ingenua que la aniñaba, insinuante, casi provocativa. Acercó su cara a la de ella mientras su mano seguía acariciándola. El gato saltó de los brazos del ama y se alejó despacio, silencioso, como la sombra de una melena rubia.

Jaime pudo estrecharla fuertemente y sentir cómo, poco a poco, ella se abandonaba en sus brazos. Nunca había entrado en la casa, aunque la puerta estaba siempre abierta, pero ese día, después de besarla,

ella le cogió de la mano y le introdujo en la vivienda.

Fue la tarde de amor más hermosa de su vida. Amarla era descubrir un universo nuevo en el que todas las caricias y todos los besos tantas veces repetidos, tantas veces iguales, surgían con el temblor de una pasión inédita. Era, tal vez, la influencia de aquel entorno mágico, con los pájaros cantando locos sobre el murmullo del campo, sobre el rumor premonitorio de la tormenta que llegó de pronto con relámpagos y truenos que hicieron temblar la casa.

En aquel instante, mientras la tormenta se deshacía en una lluvia cada vez más suave, con la mano de ella entre las suyas, contemplándola, tan frágil, tan delicada, tan solitaria, a pesar de hallarse junto a él, pensó que apenas sabían uno del otro.

—¿Ha habido muchos hombres en tu vida? —preguntó, casi sin darse cuenta.

Le miró con sus grandes ojos tristes, más tristes, quizá, que ningún otro día.

—Algunos —contestó—. He amado a tres hombres que pasaron por mi vida en distintos momentos. Fueron desapareciendo, uno tras otro, sin una explicación, sin una razón lógica. Nunca he sabido por qué. Prefiero no hablar de esto. No me gusta recordar...

Se levantó y se vistió en unos segundos. Le miró sonriente, echándose con las dos manos los cabellos hacia atrás. Volvía a ser la muchacha alegre, despreocupada e infantil que siempre había parecido.

—¿Quieres que nos vayamos a cenar a Madrid? —le preguntó.

—No. Es ya tarde. No tengo hambre —contestó ella.

—Entonces... Me voy ya —decidió él.

Le acompañó hasta la puerta. Juntos, cogidos de la mano, atravesaron el jardín. El gato no se cruzó en ningún momento en su camino. Cuando llegaron ante la verja del jardín, ella le preguntó:

—¿Cuándo será ese viaje?

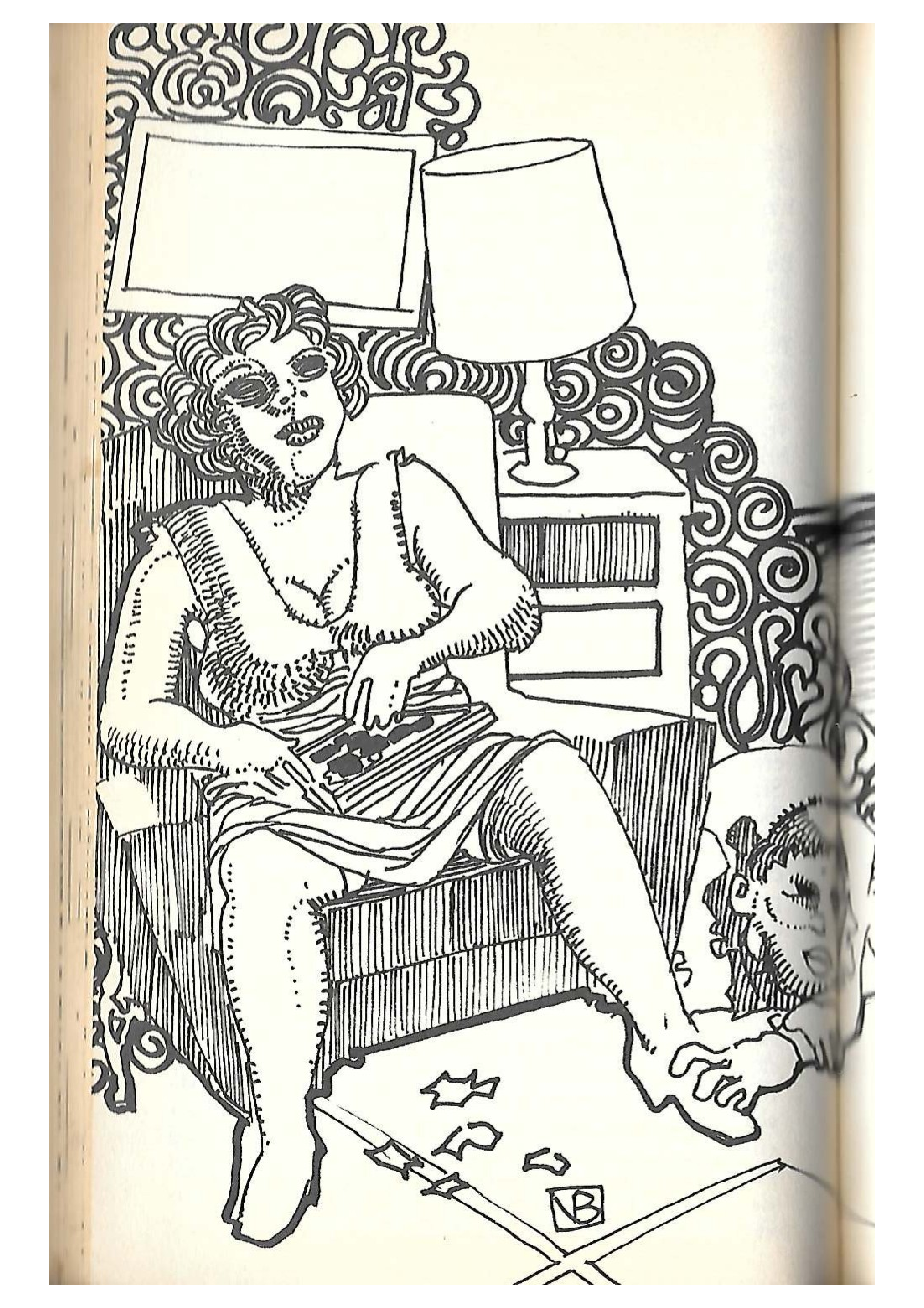
—El 15 de agosto. ¿Te parece bien?

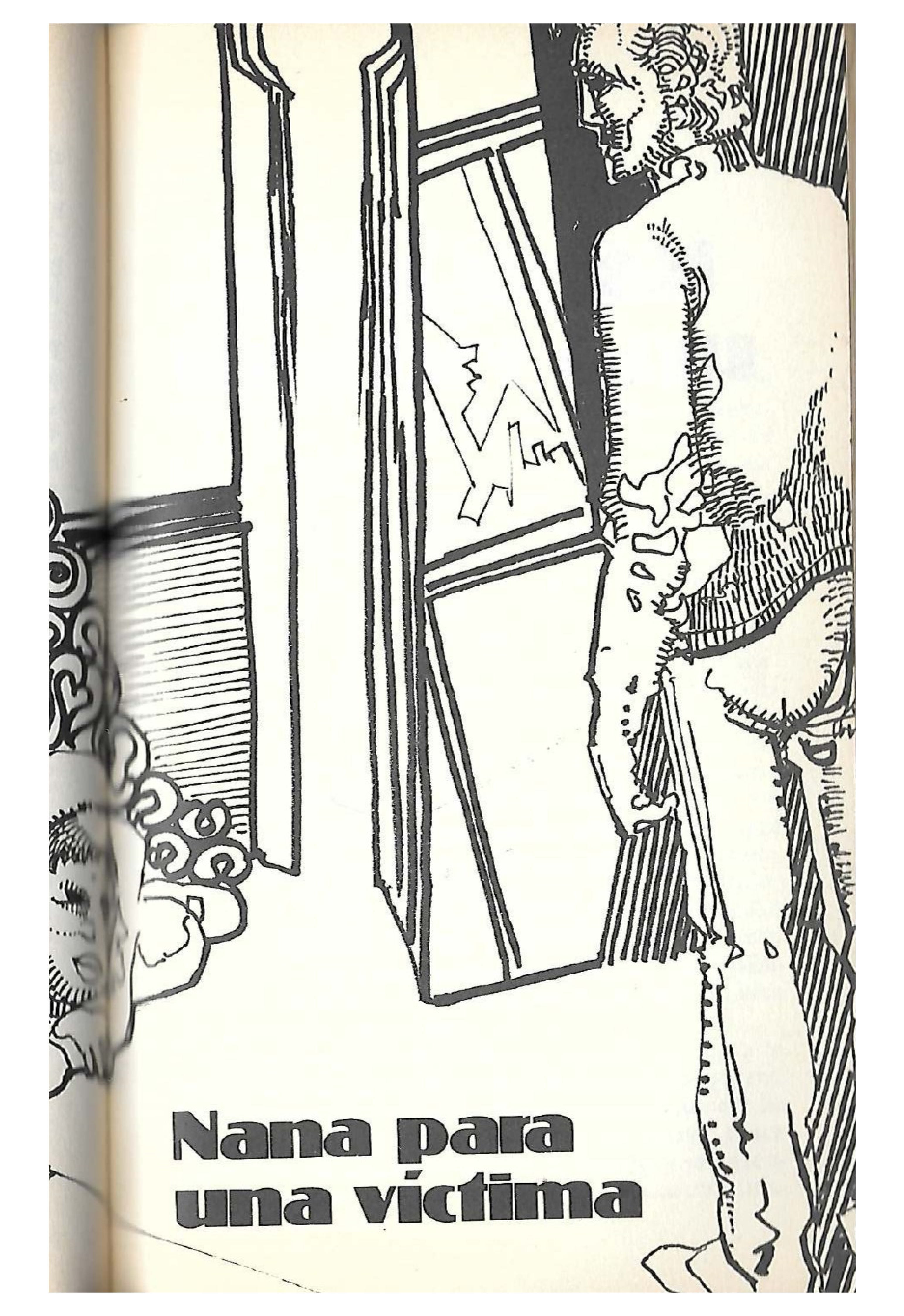
Sonrió sin contestar. Jaime montó en el coche y se

alejó mientras ella quedaba ante la puerta diciéndole adiós con la mano. Su figura se fue empequeñeciendo hasta desaparecer en la lejanía.

Era ya de noche. La carretera estaba aún húmeda de lluvia y Jaime guiaba despacio. De pronto sintió como un aliento cálido en su nuca, y escuchó un extraño y largo maullido. Miró hacia atrás, pero no vio nada. Poco después, el maullido volvió a sonar,. más largo y sobrecogedor, como el de un gato que se dispone a saltar sobre su presa. Amainó la marcha del coche y volvió a mirar en torno suyo, sin que pudiera descubrir nada anormal. Pasados unos instantes sintió un raro malestar. Alguien o algo le contemplaba fijamente. A su lado, en el asiento contiguo, estaba el gato con sus ojos amarillos atravesándole como si quisiera hipnotizarle. Sintió un inexplicable miedo, un deseo de huir igual al de aquella tarde en que salió precipitadamente de la casa de ella.

Puso el pie en el acelerador con el ansia de llegar de nuevo cuanto antes al chalet y dejar al animal con su dueña. Mas en ese preciso instante el gato saltó sobre él, clavándole sus uñas en los ojos. El ataque era tan inesperado que no fue capaz de defenderse. Sintió un dolor desgarrador. Intentó zafarse de aquella terrible fiera, pero ésta saltaba sobre él, rápida y furiosamente. Abrió como pudo el coche y salió de él, intentando correr. Estaba cegado. La sangre corría por su rostro. El sufrimiento era más fuerte que su ansia de escapar. Sentía que la vida se le iba por momentos, pero los bufidos del gato que le perseguía le producían tal terror que seguía adelante sin saber dónde pisaba, tropezando, levantándose en una horrible pesadilla de sangre y oscuridad. Hasta que, incapaz de adivinarlo, llegó ante un precipicio. Su pie tocó el vacío, cuando quiso volver atrás era ya demasiado tarde. El gato, en el borde, contempló cómo su cuerpo se desplomaba y caía inerte entre pedruscos y ramas. Un grito horrible se mezcló con un maullido de satisfacción. Luego, el gato de ojos amarillos volvió sobre sus pasos, en dirección a la casa.


VB



Nana para una víctima

Nana para una víctima

Luis Acevedo

Las trampas, los celos, las palabras equívocas y las verdades a medias llevaron sus vidas por los caminos de la abyección, por las tortuosas rutas de la degradación y por los últimos límites del espanto...



CUANDO supe que el estado de Celia era desesperado me invadió una profunda tristeza. El mismo día en que el doctor me comunicó que mi mujer se hallaba en estado agónico experimenté una inaudita sensación de frustración. Celia se moría sin remedio a causa de una repentina enfermedad que se había declarado apenas hacía una semana. Mi esposa iba a dejarme definitivamente, impidiéndome la realización de mi sueño dorado; un sueño que venía acariciando desde pocos meses después de nuestra boda; una ilusión que poco a poco había ido tomando forma en mi imaginación. Porque, aunque la intención venía desde antiguo, durante las últimas semanas se había ido afianzando en mí la idea de asesinar a mi esposa.

Supongo que la mía no es una experiencia única ni exclusiva. Imagino que puede haberle ocurrido a miles de hombre y mujeres, pero lo cierto es que me ha sucedido a mí, y ante esto lo demás no cuenta. Hace siete años fui engañado vilmente, estafado, sangrientamente burlado. Hace siete años que contraje matrimonio con Celia.

Apenas abandonamos la iglesia advertí en sus ojos un aire de triunfo que no me pasó desapercibido. Descendimos la escalinata del templo mientras ella lanzaba miradas de satisfacción a sus amigas y descaradas ojeadas a todos los hombres presentes. No me dio tiempo a abrir la portezuela, sino que, adelantándose con aire de seguridad, se encargó ella de hacerlo y entró en el coche, derrumbándose aparatosamente sobre el asiento. El ramo de novia cayó a sus pies y, en lugar de recogerlo y lanzarlo al aire como es costumbre, lo pisó con displicencia. De alguna parte de su vestido extrajo un paquete de tabaco e, inclinándose sobre el asiento del conductor, le pidió fuego con un desparpajo que me molestó.

Yo la reconvine cariñosamente y le rogué que no fumara demasiado en vista de lo avanzado de su estado de gestación, pero ella se limitó a despojarse del velo nupcial alegando que el roce del tul la ponía nerviosa.

Una vez en la habitación del hotel se quitó el vestido de novia y se paseó en combinación, haciendo ostentación un tanto groseramente de su abultado viente. Creo que fue en aquel momento cuando comencé a intuir que el hijo que llevaba en sus entrañas no era mío.

* * *

Durante los dos meses siguientes, y alegando molestias inherentes al embarazo, me rechazó sistemáticamente. Tan sólo dos veces conseguí hacerla mía, y durante nuestra unión se comportó de un modo tal que en cierto momento pensé que iba a aprovechar la ocasión para pintarse las uñas. ¿Cómo explicar los arrebatos de pasión que la embargaban cuando hacíamos el amor a sólo cuarenta y ocho horas de la boda? ¿Fingía acaso lamentos y suspiros que estaba muy lejos de sentir?

Como quiera que fuese, preferí aplazar las respuestas a las interrogantes que se me ocurrían, y achaqué su frialdad a lo avanzado de su estado.

Pronto descubrí que no solamente el grosor de su vientre iba en aumento: su glotonería se reveló de tal calibre que, en pocas semanas, puso varios kilos. Se atiborraba de bombones y de chocolatinas, siendo así que, durante nuestro noviazgo, había tenido buen cuidado de rechazar cualquier tipo de golosinas y sugerirme que lo que en realidad le agradaba eran las flores.

Una mezcla de alivio y desesperación me invadió el día en que nació Ricardo.

El parto se presentó sin dificultades, pero, cuando antes de entrar en la habitación, el doctor me llamó aparte, comprendí que algo no había ido del todo bien. Con gesto grave, me dijo que la madre se encontraba perfectamente, no obstante lo cual, tenía que comunicarme algo desconsolador: el niño que Celia había dado a luz era mongólico, y, en consecuencia, subnormal en grado más o menos profundo.

En principio me desesperé ante la idea de tener un hijo subnormal, pero después mi pesimismo se fue aliviando al considerar que, con toda probabilidad, el niño no era mío.

Entré en la alcoba y me aproximé a la cama donde yacía Celia. Al verme, volvió el rostro hacia la ventana y sus facciones se contrajeron como si fuera a prorrumpir en llanto, pero, en lugar de deshacerse en lágrimas, sin dejar de mirar hacia la ventana, dijo: «Es por tu culpa.»

Aproximándome a la cuna, aparté el tul que la protegía y contemplé a la criatura con una mezcla de curiosidad y repulsión. Aquel niño, a pesar de ser completamente inocente, representaba para mí el engaño del cual había sido víctima. Era la prueba palpable de la culpabilidad de Celia.

Durante los años que siguieron al nacimiento del niño, Celia se desinteresó casi completamente de su cuidado, y, por más empeño que puse, jamás conseguí arrancarle una confesión en el sentido de que el niño no fuese mío. Tampoco afirmaba categóricamente mi paternidad, sino que, jugando atrozmente

con mis sentimientos, tan pronto daba indicios de que yo era el padre de la criatura, como al momento siguiente se desdecía alegando que había sido víctima de los ataques de un sádico que la violó y la dejó embarazada.

Aquellos súbitos cambios de opinión desquiciaban mis nervios, y mientras tanto el niño iba creciendo y desarrollándose, si así pudiera llamarse a un aumento desproporcionado de su peso y estatura.

Era lastimoso verle arrastrarse por la casa sin rumbo fijo, llevándose un pedazo de pan a la boca, en la que perpetuamente florecía una sonrisa sin sentido. Se me partía el corazón al verle revolcándose en sus propias deyecciones, y, simultáneamente, la sangre me golpeaba con fuerza en las sienes al considerar la idea de que aquella desgraciada criatura era la prueba, continuamente en evidencia, del engaño de que yo había sido víctima.

Cuando el niño iba a cumplir seis años, Celia, perpetuamente tumbada en un sofá y con una caja de bombones siempre a mano, comenzó a dar muestras de querer insinuarme algo. La primera vez que lo hizo, aunque de forma muy velada, estuve a punto de abofetearla. Pero aquella noche no logré conciliar el sueño hasta muy tarde dando vueltas en mi cabeza a la idea que, sin comprometerse en nada definitivo, había sugerido mi esposa.

Los días que siguieron a aquella insinuación, Celia se guardó muy bien de volver a manifestarse en tal sentido. Cambió de táctica y comenzó a introducir frases en la conversación por medio de las cuales pretendía darme a entender, con todas las precauciones propias del caso, que el niño no era hijo mío.

Tanto y tan certeramente consiguió interesarme, que cierto día decidí plantearle directamente la cuestión. Ella, haciendo gala de un descaro y una memoria considerables, me explicó punto por punto sus relaciones previas a nuestro matrimonio, y me aseguró formalmente, corroborándolo con gran cúmulo de detalles, que aquella criatura tenía por padre a un

empleado de un hotel de baja categoría y dudosa reputación.

Ciego de ira, la golpeé salvajemente, pero, en lugar de dolerse ante la agresión de que era objeto, sonrió plácidamente una vez que me hube calmado. Esbozando un mohín con sus labios doloridos, introdujo sus amorcillados dedos en la caja y se llevó a la boca un bombón de licor.

Considerando que su plan daría resultado si lograba llevarlo adelante sin precipitaciones, dejó pasar unos días sin referirse para nada al asunto del niño. Mientras tanto, el odio y el rencor que ella había sembrado en mi alma se abrían paso e iban creciendo al modo de una hierba venenosa.

Cuando, por el trato y la falta de atenciones que yo otorgaba al pequeño, se apercibió de que me encontraba maduro, volvió a dejar caer en mi oído la insinuación que tiempo atrás me había hecho. Mi mano se levantó para golpearla, pero, y aquel gesto no pasó desapercibido para ella, la dejé caer poco a poco hasta que reposó inerte sobre uno de mis muslos.

Dos días más tarde volvió a insistir, y esta vez mi resistencia se manifestó de una forma mucho menos violenta: me limité a fingir que continuaba leyendo el periódico y que no había escuchado sus palabras. Pero cuando abandoné la habitación, la última frase salida de los labios de Celia continuaba resonando en mis oídos: «Te garantizo que no sufrirá. Me da tanta lástima el pobrecillo...»

Poco a poco se fue dando maña para que yo me fuera haciendo a la idea de que la desaparición del niño no traería sino ventajas para todos, él mismo incluido. A estas consideraciones, más o menos veladas, unía frecuentes alusiones al verdadero padre de la criatura y ponía de manifiesto lo ridículo de mi situación, aun a riesgo de provocar mis iras.

De esta forma, venciendo arteramente mi resistencia, sin que yo pusiera verdadero empeño en impedirlo, fue inoculando en mi espíritu la idea de deshacernos del niño. Cualquier preocupación posterior

quedaba anulada puesto que vivíamos casi aislados, y ninguno de nuestros vecinos conocía la existencia de la criatura. Tanto empeño habíamos puesto en mantenerla apartada del mundo exterior.

Con gran sangre fría por su parte sacó a colación el sistema que habríamos de emplear para llevar a cabo tan criminal acción. Fue descartando los procedimientos violentos, no tanto por delicadeza como por pura comodidad y disminución de riesgo, y, tras un vergonzoso intercambio de opiniones, quedó decidido que el medio ideal era el envenenamiento.

El día en que habíamos de llevar a cabo lo que no puede ser calificado sino de crimen nefando, Celia se despertó de un excelente humor. Se tomó más tiempo del habitual para arreglarse, y hasta se molestó en prepararme un suculento desayuno, cosa que no hacía desde los tiempos inmediatamente posteriores a la boda.

Viéndola trajinar de acá para allá con una indiferencia que en nada denotaba la criminal acción de la que había sido directamente instigadora, me maravillaba al no advertir en ella ningún signo de vacilación ni debilidad. Yo, por mi parte, apenas si podía mantenerme en pie, y hubiera dado cualquier cosa por encontrar una excusa que me permitiera aplazar por un día más la consumación de nuestros alevosos planes.

Finalmente llegó el momento elegido para llevar a cabo lo que habíamos ideado. Celia despertó al niño, le hizo alguas caricias, cosa que en absoluto tenía por costumbre, le vistió y le dejó en el suelo de su cuarto entregado a los juguetes propios de una criatura casi recién nacida. Desde el salón la oí canturrear en la cocina, mientras preparaba el desayuno para el niño. Al rato me llamó, y, dirigiéndome una frase hiriente acerca de mi falsa paternidad, sin duda para estimular mi vacilante disposición, me invitó a que mezclara el veneno con una especie de papilla que había cocinado.

Entramos en el cuarto de Ricardo, que interrumpió

momentáneamente sus juegos y nos miró con aquellos ojos rasgados y vidriosos. En el fondo de sus pupilas se vislumbraba un agradecimiento animal hacia los seres que le proporcionaban alimento y cuidado. Yo aparté mi vista de la suya. Celia le acomodó sobre una silla próxima a la mesa y, depositando cerca de él el plato con las gachas, me cogió el brazo y me arrastró suavemente hasta las proximidades de Ricardo. Acto seguido, introduciendo la cuchara en el plato, comenzó a dar de comer al niño. «Una cucharadita por mamá», decía con tono solícito. «Y otra por papá», añadió, y me pasó la cuchara para que yo también tomara parte en aquel monstruoso crimen.

Una vez que hubimos terminado la macabra tarea, observamos los efectos que la ingestión del veneno producía en la criatura.

Al cabo de unos minutos, el niño pareció sufrir una contracción abdominal y se agazapó sobre sí mismo emitiendo un hondo suspiro. Yo inicié la retirada hacia la puerta, pero Celia me detuvo, deseosa sin duda de hacerme partícipe hasta el final en aquella desalmada acción.

Segundos más tarde, una contracción aún más violenta que la primera obligó a Ricardo a retorcerse de forma lastimera. Repentinamente volvió la cabeza hacia nosotros y clavó en los nuestros sus ojos de criatura mongólica. Tuve la impresión de que, de alguna forma, había comprendido que era víctima de un horroroso asesinato. Se derrumbó de la silla, y yo, incapaz de continuar presenciando por más tiempo aquel espectáculo, abandoné la habitación.

Sentado en un sillón del comedor, me esforcé por contener los temblores de que era presa. Sudaba copiosamente, y durante un instante llegué a creer que Celia me había administrado a mí también una dosis de veneno con el desayuno. No obstante, al cabo de un cuarto de hora fui cayendo en un pesado sopor, consecuencia de la mitigación de la tensión anterior.

Cuando me despejé habían transcurrido cerca de cuarenta minutos desde que salí de la habitación.

Llamé a Celia, pero no obtuve respuesta. Me encaminé hacia el dormitorio, y, al traspasar la puerta, creí morir ante el cuadro que se desarrolló delante de mis ojos. Celia permanecía sentada en una silla en actitud vigilante. A sus pies, retorciéndose en estertores agónicos, yacía su hijo, consciente todavía.

El infeliz muchacho se revolcaba en una masa de excrementos y de su boca surgía una espuma que iba dejando un rastro sobre las baldosas que rozaban los labios del desgraciado agonizante.

Ajena a cuanto no fuera una distante y fría observación del proceso, mi esposa no pareció percibirse de mi entrada en la habitación hasta que, a una exclamación mía, volvió el rostro hacia donde yo me encontraba.

«¡Dios mío, pobre infeliz!», musité horrorizado. Ella entonces, levantándose de la silla, se encaminó hacia uno de los cajones de la cómoda, de donde extrajo un pesado almirez. Se aproximó a mí, y buscando con sus manos las mías, depositó en ellas el oneroso instrumento.

Movido por una mezcla de compasión, insoportable remordimiento, y deseos de terminar de una vez lo que nunca debí comenzar, me acerqué a la criatura y descargué sobre su cabeza un fuerte golpe. El infeliz sufrió un último estertor, agitó sus piernas espasmódicamente y quedó definitivamente inmóvil.

Me refugié en el rincón más apartado de la casa, asqueado de mí mismo y recriminándome por haber cedido a los deseos de Celia. Al cabo de un tiempo vino en mi busca para llevar a cabo la última parte del execrable crimen.

Con gran sangre fría, había envuelto el cuerpo de la criatura en una sábana, afianzándola por medio de un cordel. Tembloroso y a punto de vomitar, cargué con el macabro fardo y descendí, seguido de Celia, al sótano de la casa. Allí habíamos dispuesto todo lo necesario para practicar un enterramiento clandestino.

El plan consistía en levantar una nueva pared, paralela a la del fondo, de manera tal que, efectuando una

a modo de retranqueo, quedara entre los muros espacio suficiente para ocultar en él el cuerpo de la criatura. De aquel modo, emparedado en el sótano, permanecería para siempre impune nuestro crimen.

En cierto momento, mientras disponía los ladrillos del nuevo tabique, me pareció notar un movimiento espasmódico bajo la sábana. Miré a Celia de forma interrogante, pero ella negó con la cabeza y me animó a proseguir la tarea. Continué, pues, con la construcción del nicho, y, cuando hube concluido, deposité en el hueco el cuerpo del hijo de Celia. No bien lo hube efectuado, al término de la colocación del último ladrillo, me pareció oír un vagido, un balbuciente lamento, pero, sacudiendo mi cabeza para apartar semejantes imaginaciones, procedí al enlucido del muro.

Aquella misma noche me desperté sobresaltado creyendo oír ciertos quejidos procedentes del sótano. Me incorporé en el lecho y permanecí un momento a la escucha.Un tristísimo lamento surgía de la pared próxima a la cabecera de la cama, justamente debajo de la cual debía de ubicarse el infamante escondite que yo había construido.

Abandonando el dormitorio, me encaminé hacia el sótano. En la parte superior de las escaleras oprimí el pulsador, y, a la mortecina luz de la bombilla sucia de polvo, contemplé la reciente capa de yeso, tras la cual se hallaba el cadáver. Los escalones de madera rechinaban siniestramente conforme iba descendiendo. De súbito, la luz de la bombilla se extinguió y una horrenda carcajada heló la sangre de mis venas.

«¡Imbécil!», exclamó Celia desde lo alto de la escalera, «¿ya empiezas a arrepentirte?».

De buena gana la hubiera estrangulado. Riéndose estrepitosamente, sus abundantes carnes temblaban como gelatina bajo el ridículo camisón. Ni siquiera aquella noche había prescindido de colocarse los rizadores, que enmarcaban su rostro dándole una apariencia grotesca.

Ya se volvía con ánimo de regresar al dormitorio,

cuando un leve quejido emergió de la pared. Yo permanecí petrificado y una terrible sospecha comenzó a hacer presa en mi ánimo. Ella dio media vuelta y me contempló burlonamente.

«¡Está vivo!», exclamé horrorizado. Celia apenas se inmutó, limitándose a colocarse uno de los rizadores, que se había desprendido de su cabellera. «¡Tú lo sabías!», sollocé a punto de desvanecerme. Ella no intentó exculparse de ningún modo, antes al contrario me espetó: «¡Qué culpa tengo yo de que seas un inútil!».

Presa de un frenesí incontenible, tomé uno de los utensilios que había utilizado para construir la pared, y comencé a golpear fuertemente hasta que derribe una parte considerable. Salté al interior y tomando el cuerpo del niño envuelto en la sábana, lo deposité sobre el suelo del sótano.

Con mano torpe, a causa del temblor de que era víctima, fui desatando el cordel y apartando la sábana. Finalmente, quedó al descubierto el rostro de la criatura. Sus ojos se abrieron de súbito y clavando sobre los míos una mirada atroz, dejó escapar de sus labios un último suspiro. Un agónico estertor recorrió su cuerpecillo y dejó de existir.

* * *

Desde aquel día comencé a odiar a Celia de una forma especial. Si hasta entonces la había hecho objeto de un desprecio sin límites, aquel sentimiento fue cediendo el paso a un odio furibundo. La hubiera matado si mis fuerzas y arrestos, mermados ya por un crimen, me lo hubieran permitido.

Paulatinamente fui perdiendo el apetito, y me pasaba la mayor parte de las noches en blanco. Fue precisamente durante aquellas largas horas de insomnio cuando comencé a oír los susurros infantiles, que procedentes del sótano, no tardaron en extenderse por toda la casa.

La primera noche llegó hasta mi cama una voz apagada y doliente que musitaba unas palabras que no

logré comprender. Parecía nacer de la tumba del niño y extenderse a través de las paredes, por todo el ámbito del dormitorio. Permanecí inmóvil mientras Celia dormía a pierna suelta. No me atrevía a despertarla por temor a que se burlara de lo que, sin duda, calificaría de fantasías propias de un pusilánime.

Algunas noches más tarde volví a oír de nuevo la voz. Esta vez percibí claramente una palabra que se repitió a intervalos de tiempo. Alguien musitaba dolorosamente: «Papá, papá». Simultáneamente, me parecía como si los escalones del sótano crujieran levemente bajo el peso de un ser vivo. Después, la puerta se abría y el sonido de unos pasos por el piso bajo se dejaba oír en el dormitorio.

Acostarme cada noche comenzaba a presentar un tormento para mí. Sabía de memoria que, en un momento determinado me despertaría, incapaz de volver a conciliar el sueño. Después escucharía aquella lacerante vocecilla, y, seguidamente, alguien abandonaría la oscuridad del sótano iniciando el recorrido hasta las proximidades de la alcoba. Afortunadamente para mí, todo terminaba en las inmediaciones de donde yo intentaba inútilmente sumergirme de nuevo en la inconsciencia del sueño.

Al cabo de algunas semanas temí perder el juicio de resultas de aquellas alucinaciones, pues no otra cosa podían ser. Y aunque trataba de convencerme a mí mismo de que tan sólo mi imaginación era la causante de las impresiones que me atormentaban, no por ello pude librarme de escuchar los lamentos y suspiros de la fantasmal criatura. Una y otra noche, junto a la puerta de mi habitación una vocecilla infantil musitaba: «Papá, papá».

Pero lo más terrible estaba todavía por llegar.

Cierto día, no pudiendo resistir por más tiempo aquel tormento, hice partícipe a Celia de lo que cada noche me acontecía. Ella se rió en mis barbas y me llamó cobarde y asustadizo. Al achacarle yo la mayor parte de la culpa en el crimen, mi esposa, haciendo uso de un tonillo especial, que utilizaba cuando de-

seaba zaherirme, declaró: «Tanta culpa tienes tú como yo». Ante lo cual, le solicité que me aclarara el sentido de aquella frase.

Ella, haciendo gala de su insoportable espíritu burlón, y llevando hasta el límite lo que debía de parecerle un juego como otro cualquiera, continuó pintándose las uñas y tarareando una canción, cosa que, según ella sabía, lograba sacarme de mis casillas.

Finalmente, después de haberme obligado con su actitud a que la golpeara, cosa que en el fondo parecía desear, me miró descaradamente y manifestó: «Al fin y al cabo, Ricardo también era hijo tuyo».

Aquella declaración me sumió en la más profunda de las desesperaciones. Nunca había logrado rechazar completamente la idea de que la criatura fuera mía. La actitud de Celia, a la que le complacía jugar sembrando la vacilación y la duda, me había mantenido siempre en un estado de incertidumbre.

Como aquella vez, y de forma definitiva, le pidiera una confesión tajante acerca de la paternidad del niño, ella, apenas comprendió que le solicitaba una respuesta clara, inició nuevamente el irritante juego de las medias palabras y las verdades a medias.

Finalmente, comprendiendo que nunca obtendría seguridades en ningún sentido, pues la naturaleza de Celia era desde siempre proclive a la siembra de la duda, y parecía nutrirse de la desesperación que me causaba su actitud, decidí obrar por cuenta propia.

Incapaz de soportar por más tiempo la idea de que bajo mi cama yacía el cuerpo de un inocente, a cuya muerte yo había contribuido, decidí desenterrar el cuerpo y darle sepultura en algún rincón apartado del jardín.

En efecto, provisto de los utensilios necesarios, descendí una noche al sótano y comencé a derribar una sección de la pared con la intención de extraer a través del orificio el cadáver del niño.

Apenas cayeron los primeros ladrillos, un espantoso hedor se extendió por todo el sótano. Gruesas gotas de sudor cubrían mi frente. El pico que utili-

zaba comenzó a temblar en mis manos, y los golpes, lejos de resultar certeros, erraban el blanco hacia el que intentaba dirigirlos, lo que hizo más duradera mi tarea. De vez en cuando, además, me detenía creyendo oír una voz que gemía al otro lado del muro.

Por último, cuando hubo espacio suficiente, haciendo esfuerzos para no vomitar, me introduje en el estrecho espacio existente entre las dos paredes y alumbrándome por medio de una linterna, localicé el cadáver.

Como era del todo lógico, el cuerpo se hallaba en la misma posición en que yo lo había dejado y envuelto con la sábana. Lo tomé en brazos temblando de angustia y temiendo a cada instante que unas manitas surgieran de dentro de aquel sudario y se aferraran a mi cuello. Crucé el sótano con mi carga macabra, y, una vez que llegué al rincón del jardín en que prevamente impidiéndome lo que ya constituía mi sueño tos de Ricardo en tierra, cubriéndolos acto seguido.

Desde aquel mismo día nació en mí la idea de asesinar a Celia, por eso me invadió una profunda tristeza cuando supe que estaba sentenciada a muerte por la enfermedad. Mi esposa iba a dejarme definitivamente impidiéndome lo que ya constituía elsueño dorado: darle muerte de la manera más cruel.

De acuerdo con el médico, decidí el traslado de Celia a un centro hospitalario de la capital, único lugar donde, caso de haber alguna posibilidad, serían capaces de atenderla con las técnicas más adecuadas.

Aprovechando una pasajera mejoría, le comuniqué lo que había decidido, y ella, desconfiada como siempre, no pareció creerme. No obstante lo cual, preparé su maleta y arreglé su persona con vistas al traslado.

A la mañana siguiente, situándome a su cabecera, traté de sacarla del estado de inconsciencia en que la había sumido para evitarle molestias durante la mudanza. Cerca de su oído, musité palabras dulces y cariñosas. Ella, poco a poco, recuperó el sentido, y, a pesar de su estado, tuvo fuerzas para preguntarme

dónde se encontraba. Sonriendo beatíficamente, yo le respondí que en una clínica privada, pero Celia, incorporándose con gran trabajo musitó alarmada: «P... pero esto es el sótano».

Jugando con las palabras, al modo en que ella solía, traté de sacarla de su error. Le dije que sus sentidos estaban perturbados, que llevaban impresiones falsas a su cerebro, que dentro de poco tiempo comprendería realmente. Pero ella no cejó en su afirmación, ante lo cual, manifesté festivamente que acaso tenía razón y eran mis sentidos los que erraban.

Ante esta última confesión, prorrumpió en alaridos, y comprendiendo que estaba a mi merced, se desesperó hasta agotar sus fuerzas, yo, que deseaba que las mantuviera intactas hasta el fin, le inyecté en seguida un reconstituyente y me puse a trabajar.

Ya estaba mediada la obra, cuando Celia recuperó el sentido.

Ante su cama iba levantándose un sólido muro que yo me encargaba de construir con todo cuidado. Haciendo gala de una precisión y un arte que para sí hubieran querido más de un maestro de obras, colocaba los ladrillos y los unía sólidamente con argamasa.

Ella contemplaba mi tarea con los ojos desorbitados por el terror e intentando emitir alaridos, que no emergían de su garganta a causa de la debilidad de su estado.

Cuando mis planes llegaron a término, Celia, y la cama sobre la que yacía, quedaron aisladas del resto del sótano por un tabique, a media altura del cual, había procurado dejar una ventanilla a fin de contemplar el rostro de mi esposa.

En contra de su perifrástico modo de hablar, mi mujer inquirió alarmada y de forma directa: «¿Qué pretendes hacer conmigo?». Mi respuesta no se hizo esperar. «Adivínalo», repuse remedando su antigua forma de expresarse. «¿Vas a enterrarme viva?», insistió, ante lo cual afirmé sinuoso: «Recuerda que has sido tú quien lo ha dicho».

Deseoso de que aquella situación se prolongara lo más posible, dejaba a su alcance, a través de la ventanilla, alimentos adecuados, y, también mediante aquel portillo, le inyectaba los medicamentos precisos para que su vida no se extinguiera hasta pasados algunos días.

Por un azar del todo imprevisto (me niego a creer que mis constantes cuidados tuvieran nada que ver con ello), Celia comenzó a mejorar a ojos vista. Y cuanto más se afianzaba su mejoría, tanto más aumentaban sus sufrimientos viéndose condenada sin remedio.

Poco a poco, una vez que tuve su vida en mis manos, decidí hacerme también dueño de su muerte, para lo cual comencé a restringir los alimentos y el agua. Desesperada, se lanzaba contra la pared intentando derribarla, pero era de construcción tan sólida que ni siquiera en el completo uso de sus fuerzas hubiera podido dar con ella en tierra. Sacaba entonces las mano por la ventanilla, o a veces el rostro, cosa que aprovechaba yo para aproximar a unos milímetros de su boca suculentos manjares y apetitosos refrescos.

Llegó finalmente la noche en que decidí poner término a su vida.

Me encerré en la cocina, tomé un libro de recetas culinarias y preparé el más exquisito pastel que jamás se hubiera visto. Hasta yo mismo me quedé asombrado de una habilidad que nunca había sospechado en mí.

Debo confesar, no obstante, que el hermoso aspecto de la tarta se vio favorecido por el color del veneno que mezclé con los demás ingredientes.

Una vez en el sótano, paseé repetidas veces la tarta por delante de la ventanilla, hasta que, atraída por los efluvios que de ella emanaban, Celia se asomó todo lo que la estrechez del portillo le permitía. Yo, tomando una cucharilla que me había procurado al efecto, fui aproximando fragmentos de pastel a su

boca, al tiempo que canturreaba: «Esta por papá. Esta por Ricardo».

La infeliz, sin sospechar nada, o quizás a sabiendas de ello, pero forzada por un hambre feroz, fue devorando las porciones que le tendía. A los pocos minutos cayó al suelo víctima de fortísimos estertores. Sus ojos se volvían y de su boca escapaba un reguero de espuma. Sus brazos y piernas se contraían furiosamente a la vez que profería alaridos desgarradores. Por último, un estertor más violento recorrió todo su cuerpo, y segundos después yacía inmóvil y horrendamente desfigurada.

En aquel mismo instante fui presa de una alegría feroz y una carcajada de triunfo escapó de mi garganta. La risa que me invadió fue tan estentórea que me impidió escuchar los pasos que, sin duda, tuvieron que oírse a mi espalda, porque, de súbito, la puerta del sótano se cerró de forma tan violenta que al instante supe que me encontraba prisionero. Por si aquello no bastara, antes de que pudiera abalanzarme sobre el metálico bastión que clausuraba la salida del sótano pude escuchar clara y distintamene la llave girando en la cerradura.

No sé si mi imaginación me jugó una mala pasada, pero me pareció que una voz infantil musitaba: «Mamá, mamá... papá...»

Ahora, cuando han transcurrido varios días, supongo, comienza a invadir este recinto un hedor insoportable. Ante mí aparece tentadora la mitad de una suculenta tarta, y creo que, dentro de poco, no voy a poder resistir la tentación de probarla.

«Una cucharadita por mamá, otra por papá...»




VB

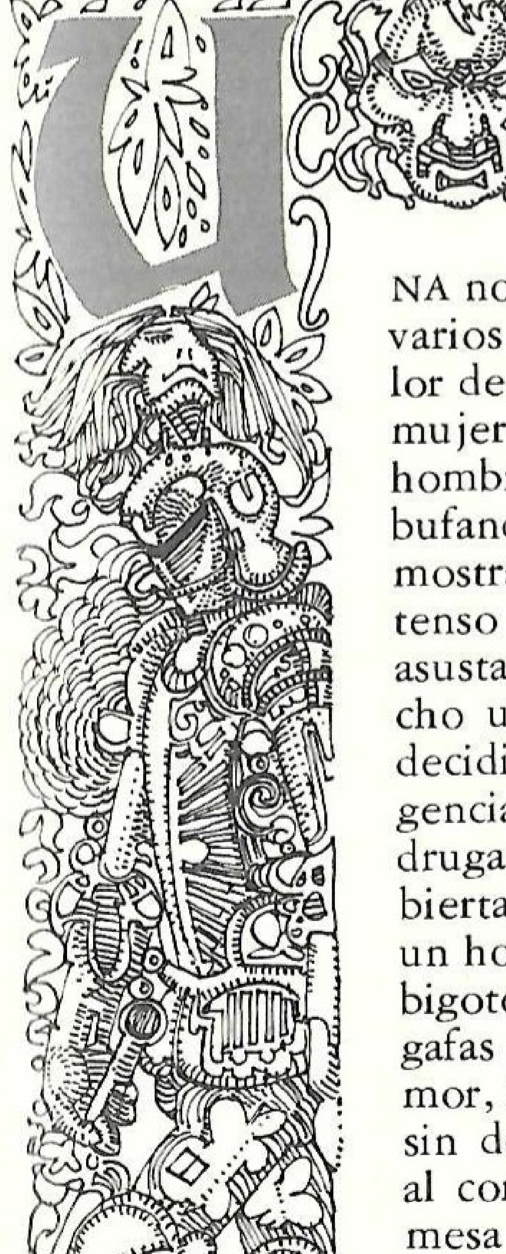


El invierno de Ana Coloma

El invierno de Ana Coloma

José Luis Velasco

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué pretendía de ella? No lo sabía, pero aquel hombre, persistente, hierático, surgido de la niebla y del frío, decidió fatalmente su destino...



NA noche de diciembre, hace ya varios años, le dio un intenso dolor de estómago al marido de una mujer llamada Ana Coloma. El hombre se retorcía en la cama bufando a causa de los espasmos, mostrando un sufrimiento tan intenso y tan alarmante, que ella, asustada, después de haberle hecho una inútil infusión de anís, decidió llamar al médico de urgencia. Eran las cuatro de la madrugada de una noche fría cubierta por la niebla. El médico, un hombre alto y grueso, con un bigote parecido al de Charlot y gafas redondas, llegó de mal humor, le tocó el viente al paciente sin decir nada y luego, yéndose al comedor, se sentó frente a la mesa y redactó algo en un bloc de recetas. «Que se lo tome en seguida», dijo tan sólo, y se marchó. La mujer no tenía más remedio que aventurarse a salir a la calle para buscar una farmacia de guardia donde comprar lo que el médico había prescrito. Consultó a su marido sobre la necesidad de dejarle solo para ir a buscar la medicina. Nadie más que ella había en la casa que pudiese hacer el recado. El hombre estaba tan acobardado por el dolor que, aún detestando la idea de que su mujer saliese sola a la calle

a unas horas tan intempestivas, le pidió por favor que lo hiciese.

La noche era gélida y la niebla sumía las calles en una atmósfera vaporosa que difuminaba la masa sombría de los altos edificios y borraba cualquier cosa situada más allá de doscientos metros. La luz de las farolas estaba rodeada por ese halo blanquecino que siempre resulta misterioso, y las calles, con el asfalto y las aceras húmedos, yacían solitarias. Algunos perros de mirada asustada merodeaban por los cubos de basura, mientras los pasos de Ana resonaban de forma inquietante en las oscuras fachadas.

La farmacia de guardia estaba lejos, por Lavapiés, y ella emprendió la marcha a paso vivo, sobrecogida por la soledad de los barrios y por su propio miedo, que le hacía saltar el corazón en el pecho como un animalito inquieto y azorado. No encontró un taxi en todo el trayecto.

A la altura del hotel Ajumar le vio por primera vez. Primero oyó a su espalda una tos breve y cavernosa que le hizo volver la cabeza sobresaltada. A unos cincuenta metros descubrió la silueta de un hombre alto y extraño, con la espalda ligeramente encorvada, que se cubría con un abrigo oscuro. Le vio envuelto por la niebla, bajo la luz de una farola, con las solapas subidas y las manos metidas en los bolsillos. Estaba parado y no era posible distinguirle la cara; pero aún así, por su actitud general, ella supo que la miraba.

Ana Coloma avivó el paso sintiendo la mirada de aquel tipo en su cuello, sin osar volver la cabeza, aguzando el oído para comprobar si la seguía. No escuchó ruido de pasos a su espalda, pese a que en la noche, cualquier sonido se amplía en la caja de resonancia de las calles. Hubiera corrido si esto no le pareciese ridículo. A la altura del Ministerio de Agricultura, giró la cabeza otra vez para enterarse de lo que ocurría detrás. Y a la misma distancia, unos cincuenta metros atrás, volvió a ver la silueta del hombre siniestro. Daba la impresión de que no se movía, que tan

sólo la observaba desde lejos, parado, como una estatua velada por la niebla bajo la luz de las farolas. Pero era evidente que caminaba a la misma velocidad que ella.

Ana buscó con la mirada a alguien que le permitiese no sentirse tan angustiada, algún vigilante nocturno o un coche patrulla de la policía. Pero la cuesta de Moyano y la amplia glorieta de Atocha estaban absolutamente desiertas. Cruzó bajo el paso elevado de Atocha casi corriendo, y, penetrando por las arterias próximas al hospital de San Pablo, llegó a la calle del Doctor Fourquet, donde estaba la farmacia. Tuvo que llamar durante mucho tiempo hasta que le abrieron, completamente acongojada, y mientras machacaba el botón blanco del timbre, que resonaba lejano en el interior del establecimiento, el hombre silencioso apareció de nuevo: permanecía inmóvil cincuenta metros más abajo, justamente en la esquina más próxima de la calle, como un testigo abominable, casi borrado por la niebla.

Ana Coloma le pidió al farmacéutico, por favor, que le permitise llamar a un taxi desde allí y que la acompañase después hasta que llegase el coche. Tenía la certeza de que un hombre de mal aspecto la seguía. El farmacéutico, un anciano con unos cuantos pelos grasientos caídos en desorden sobre la frente y los ojos deslumbrados por la luz del local, como si acabase de despertar, también era un caballero a la antigua, que, pese al fastidio que le produjo aquella espera, agunató sin un mal gesto hasta que llegó el taxi. Dentro del coche, caliente y blando, Ana se sintió cómoda y protegida. El taxista tenía puesta la radio y se oía esa clase de música con sabor a polvo de estrellas que colocan las emisoras en la madrugada.

Pero al pasar de regreso a la glorieta de Atocha, el sobresalto encogió de nuevo el estómago de Ana: junto al pretil de la fuente central, inmóvil como siempre, pero mucho más cercano, vio al hombre, que seguía con la mirada el paso del taxi, como si estuviese aguardando su llegada. La cabeza de aquel

sujeto quedaba en penumbra, pero aún así, sus ojos brillaban al fondo de su rostro. Ana, en una visión fugaz, creyó descubrir una cara angulosa, de gesto hermético e impenetrable. Cuando quedó atrás, ella le observó desde la ventanilla trasera hasta que la niebla se lo tragó al fondo de la avenida de María Cristina.

Por otro médico más comunicativo supieron que el marido de Ana Coloma había sufrido un pasajero cólico nefrítico.A los dos días pudo volver al trabajo y ella inició otra vez su rutinaria existencia cotidiana. No exactamente lo mismo, porque mientras realizaba las tareas domésticas en la soledad de su piso organizado con esmero, a veces le saltaba el recuerdo del hombre que viera hacía pocas noches; tan sólo evocaba, de pronto, su imagen inmóvil entre la niebla, como una figura aborrecible que albergase un oscuro peligro latente; la encarnación de los terrores infantiles referidos a hombres forasteros y errantes que acechaban a las niñas en las esquinas, la soledad de los campos o los recodos de los pasillos. Durante varios días, al ir a penetrar en los dormitorios, le pasaba por el pecho una ráfaga de espanto ante la idea de que aquel hombre estuviese dentro, sentado en una cama, quieto, mirándola... No le mencionó este suceso a su marido, un hombre callado, casado en segundas nupcias con ella, al que tan sólo deseaba hacerle la vida agradable para que no recordase nada a su primera mujer.

Cinco días después, Ana Coloma fue al supermercado de Pacífico donde solía hacer la compra. Salió de su casa a las diez. Todas aquellas noches la niebla bajaba sobre la ciudad y a esa hora aún quedaban restos de bruma en las calles húmedas. Penetró en el ordenado establecimiento contenta quizá por motivos inconcretos. Algunos días la gente se levanta bien sin saber por qué, y otros peor, y ella se había levantado bien. Compró la carne y el postre, y cuando estaba cogiendo un bote de guisantes en el mueble de las conservas vegetales, un odioso sobresalto le hizo

sentir un escalofrío a lo largo de la espalda, a la vez que el corazón iniciaba un acelerado batir incluso audible. Estuvo a punto de gritar. Unos veinte metros a su derecha, quieto como un poste, junto al sector de los productos de limpieza, estaba el hombre del abrigo oscuro, tranquilo y sombrío, observándola fijamente con una expresión indescifrable. Ahora la luz de los tubos fluorescentes le iluminaban sin obstáculos, y aunque ella le miró tan sólo durante unas fracciones de segundo, pudo retener los detalles de su figura amedrentadora: llevaba un abrigo negro ligeramente más largo de lo normal, con las solapas subidas, unos pantalones grises algo cortos, una camisa con el cuello abotonado, pero sin corbata. Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente amarillenta. Su rostro, picado de viruela, era pálido, de mirada intensa e inquietante; propio de uno de esos tipos de aspecto turbio, de los que no se puede deducir qué hacen en la vida, salvo callejear y cavilar sórdidos proyectos.

Terminó la compra alterada del todo en un atolondrado recorrido por los pasillos del local. El tipo se fue desplazando despacio, siguiendo el trayecto de Ana, de forma que ella le veía siempre a unos veinte metros de distancia, semioculto tras algún stand. Cuando salió del mercado él también lo hizo. Pero no la siguió. Se detuvo en los escalones de la puerta y permaneció mirándola desde lejos hasta que ella se perdió entre la gente.

Durante la semana siguiente Ana se debatió en la soledad de su piso, mientras su marido trabajaba en el Ministerio, asaltada continuamente por el recuerdo del hombre del supermercado. Ahora estaba segura de que la seguía o la espiaba, que ella constituía alguna clase de objetivo para aquel sujeto indeseable. Frente a los fregaderos de la cocina, mientras lavaba la vajilla maquinalmente, su imaginación elaboraba historias complicadas que trataban de explicar el por qué de la presencia del hombre del abrigo oscuro en su mundo. Cada llamada al timbre de la casa consti-

tuía un sobresalto, y antes de abrir comprobaba con desconfianza a través de la mirilla quién había al otro lado de la puerta. Sonidos familiares del piso, como los crujidos del entarimado del pasillo, o la ruidosa iniciación de la fase de centrifugado en la lavadora, le producían súbitas alarmas que le helaban el corazón. Aún así, nada le contó a su marido que, días después anunció:

—Esta tarde iré con el niño al cine. Vendré más tarde, ya sabes.

Se trataba del hijo de cinco años que él tenía de su primera mujer. El niño vivía con su abuela y nunca iba a aquel piso.

La perspectiva de quedarse sola en la casa hasta las diez o las once de la noche, no era bonita, de modo que Ana Coloma decidió aprovechar la ocasión para visitar a una amiga muy querida que vivía en Chamberí. Hacía mucho frío aquella tarde. Contó a su amiga los sucesos relacionados con el hombre extraño, y ésta, mientras se tomaba otro pastel y otra copita de anís, la tranquilizó con los argumentos habituales: que no le diese importancia al asunto, tal vez era tan sólo un vagabundo que merodeaba por el barrio y la miraba a ella, a Ana Coloma, como miraría a otras mujeres; uno de esos individuos cuya miseria y soledad les convierten en reprimidos enigmáticos, y su relación con las mujeres únicamente se limita a largas miradas inexpresivas en los parques, las calles nocturnas o los mercados.

Pero cuando regresó a casa a las 9,30, Ana Coloma supo que quizá no era así. Al bajar por la cuesta de la avenida del Mediterráneo, le vio por tercera vez. Ahora se había situado junto a la barandilla del paso subterráneo, justamente frente al edificio donde vivía Ana, tan quieto como siempre, con las manos dentro de los bolsillos y las solapas subidas, expulsando vaho condensado por la nariz, en la penumbra marrón de la calzada. La calle, a pesar de ser temprano, estaba desierta debido a una temperatura polar, y él la estuvo

mirando conforme se acercaba a su casa. Después mantuvo los ojos clavados en ella, mientras, incontrolablemente azorada, trataba de abrir la puerta del inmueble con aquel espía horrible situado a su espalda, tan sólo a siete metros de distancia. A cada segundo esperaba sentir cómo la atrapa por detrás, a la vez que no acertaba a meter la llave en la cerradura y las piernas le temblaban escandalosamente sin poder evitarlo. El alivio más intenso la invadió cuando se vio dentro del edificio y cerró la puerta encristalada. Corrió hasta el ascensor, situado al fondo del portal, tras un recodo. Entonces fue peor. Su pavor se hizo casi insoportable cuando, a oscuras (no había pulsado el interruptor que daba luz general a la escalera, situado junto a la entrada), escuchó repetidos golpes suaves dados con los nudillos en los cristales de la puerta mientras el ascensor descendía con una lentitud angustiosa. Ella no veía la entrada desde el rincón de los ascensores, pero contempló la silueta oscura del hombre proyectada en la pared de enfrente: empujaba la puerta y llamaba. Lo hizo varias veces, discretamente, pero con insistencia, como quien suplica y exige a la vez.

Esperó desquiciada la llegada de su marido dando paseos por el pasillo. Se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo, lo tiró casi entero; puso un disco antiguo de Aznavour, lo quitó... Sin saber por qué, rompió a llorar. Cuando entró su marido se abrazó a él de una forma extraña y desesperada. «¿Qué te ocurre?», le dijo. «Nada, estaba nerviosa y asustada, no sé por qué».

Quince días después él volvió a ir al cine con el niño y ella se decidió de nuevo a visitar a su amiga. Necesitaba contarle a alguien el último episodio relacionado con el hombre misterioso. Comieron pasteles, se tomaron dos copitas de anís y fumaron mucho. Y cuando eran las nueve y Ana se iba a marchar, le pidió a su amiga que la acompañase hasta la puerta de casa. La amiga la llevó en su pequeño Renault amarillo, que detuvo frente al portal oscuro del inmueble.

Antes de bajar, Ana Coloma observó los alrededores semidesiertos de la avenida desde el interior del coche. El hombre siniestro, que durante las dos últimas semanas la había dejado tranquila, no se veía por ninguna parte.

Con la mayor rapidez posible Ana abrió la puerta de la calle, atravesó el portal de una carrera y esperó inquieta al ascensor. Subió dentro de la caja metálica iluminada por un fluorescente oculto en el techo y llegó a su piso con la llave ya preparada en la mano. Los rellanos eran amplios y les proporcionaba una luz mortecina un solo aplique redondo de mal gusto. En cada rellano había tres pisos y el silencio era total en la escalera. Ella fue a meter la llave en la cerradura y entonces oyó un carraspeo cavernoso a su espalda. Sintió que el pavor le erizaba los cabellos y volvió la cabeza. Al fondo del rellano vio la figura del hombre pavoroso, inmóvil en el ángulo de un rincón en penumbra. No pudo contener un chillido agudo, ni evitar que un estremecimiento incontrolable atenazase todo su cuerpo; en seguida el temblor se convirtió en sollozos desesperados, mientras luchaba por abrir la cerradura (acto absolutamente simple), sumida en una especie de nerviosismo delirante, y enloquecía de horror aguardando que él la atenazase por detrás. No supo cómo entró. Pero cuando estuvo en el interior del piso y corrió el cerrojo de seguridad, se recostó contra la puerta ahogada por la angustia y, lentamente, se fue escurriendo a lo largo de la madera hasta quedar sentada en el suelo. Nada se oía afuera; el silencio del piso a oscuras resultaba tranquilizador. Un agudo dolor en el centro del pecho se extendía por su brazo izquierdo. Oyó cómo se abrían algunas puertas de otros pisos y voces de vecinos que se preguntaban por el motivo del grito que habían escuchado en la escalera. Su marido llegó una hora más tarde: el dolor del pecho había cesado, pero, en esta ocasión, Ana le contó entre sollozos, limpiándose la nariz continuamente, todo lo que le había ocurrido desde que viera por primera vez al hombre del abrigo

oscuro la noche que salió de madrugada en busca de una farmacia.

—Todo esto es intolerable —dijo él—. Nunca salgas de noche a partir de ahora. Siempre que llegues a casa, pídele al portero que te acompañe hasta arriba; yo mismo se lo diré... Estoy seguro de que se trata de un perturbado que merodea por el barrio... No sé si sería adecuado avisar a la policía...

A partir de aquella noche él la trató con mucho más cariño de lo que era habitual en su personalidad algo taciturna y callada. La acariciaba cuando advertía en su expresión que la tristeza o la melancolía la dominaban, si permanecía absorta, con la mirada perdida en el plato a la hora de las comidas, o mirando fijamente al techo del dormitorio antes de dormirse.

El suceso de la noche en que viera al hombre execrable en el rellano de la escalera la había abatido tan sensiblemente, que su aspecto, generalmente animoso, había adquirido ese matiz depresivo que, en las mujeres, se detecta sobre todo en el cabello: pierde brillantez y elasticidad, permaneciendo aplastado y marchito, como si estuviese húmedo. Se encerró en el piso para salir sólo a la compra, sobresaltada continuamente por cualquier sonido imprevisto, nerviosa y excitable.

El suceso luctuoso que terminó con las apariciones del hombre misterioso en el universo de Ana Coloma se produjo el día 21 de febrero, una mañana soleada de invierno, cálida y hermosa, uno de esos días invernales en que dan ganas de quitarse el abrigo y el aire trae anticipados aromas a primavera. Ella regresó del mercado a las 10,15 de esa buena mañana, olvidada incluso de sus terrores, confiada y tranquila a causa del tibio sol que hacía resplandecer la avenida. Penetró en el portal con el carrito de la compra, saludó al portero, subió en el ascensor, entró en su casa. Colocó unas margaritas que había comprado en el mercado dentro del búcaro que presidía la consola del recibidor; se despojó del abrigo y penetró con el carrito en la cocina dispuesta a sacar los

diversos artículos adquiridos en los establecimientos de Pacífico. En la cocina había una despensa, un cuartito pequeño con estanterías, de apenas un metro cuadrado, donde ella guardaba distintos alimentos, particularmente las conservas.Cogió del carrito dos botes de mermelada de ciruela y, mientras recordaba en ese momento la película que viera la noche anterior en el televisor, abrió la puerta pintada de blanco de la despensa; completamente desprevenida, es cierto.

Resulta muy difícil describir todo lo que ella sintió entonces; todo el brusco desmoronamiento del cálido sol de la mañana, toda la instantánea pérdida completa de sus fuerzas (los tarros de mermelada resbalaron entre sus dedos hasta estrellarse contra el suelo), todo el súbito deterioro de sus facultades cerebrales en unas fracciones de segundo, el horrible estertor que salió de su garganta, ronco y oscuro; la intensa punzada que atravesó su pecho y llegó hasta la espalda bifurcándose después hacia el brazo izquierdo, todo el espanto que implica comprender que se muere de terror y eso no tiene remedio, porque el hombre del abrigo oscuro estaba allí, justamente detrás de la puerta de la despensa, con las solapas subidas y las manos metidas en los bolsillos, mirándola fijamente a escasos centímetros de ella, alto y anguloso, impenetrable.

Se desplomó frente a la despensa, muerta a causa de un infarto de miocardio fulminante. Su cabello sedoso quedó esparcido sobre su rostro dejando al descubierto un cuello delicado de curva enternecedora. Yacente parecía más menuda, como si su cuerpo fuese el de una tierna adolescente.

Tan sólo dos horas más tarde, un hombre y un niño de unos cinco años permanecían hacía ya un buen rato frente al foso de los babuinos en el soleado parque zoológico de la Casa de Campo. El padre le había quitado el abriguito al niño, porque la mañana era tan buena que sobraban las prendas demasiado gruesas. El niño iba peinado con raya; llevaba un jer-

sey granate y unos pantalones de pana azul marino. Sus ojos, grandes y oscuros, y un gesto particular de sus labios finos, delataban tal vez un carácter caprichoso y un temperamento excitable. Su aspecto era extremadamente pulcro.

—¿Nos vamos ya papá?

—Aguarda un poco; estoy esperando a alguien —dijo el hombre mientras se miraba el reloj.

En ese momento, por el fondo de uno de los paseos que confluían en aquel lugar, apareció un hombre de aspecto extraño, alto y con un abrigo oscuro, quizá negro. Cruzó frente al foso de los babuinos, caminando lentamente, con las manos metidas en los bolsillos. La mirada del padre del niño y la del recién llegado se cruzaron. El tipo del abrigo oscuro hizo entonces un movimiento afirmativo con la cabeza, apenas perceptible, pero del todo significativo para el otro hombre. Después siguió su camino hasta perderse por la cuneta del paseo asfaltado que conducía hacia la zona de los leones africanos.

—¿Nos vamos ya, papá? —insistió el niño.

—Ahora sí. Ya podemos irnos, y tengo que darte una buena noticia...

—¿Qué noticia?

—Pasado mañana volverás conmigo a mi piso, con la abuela.

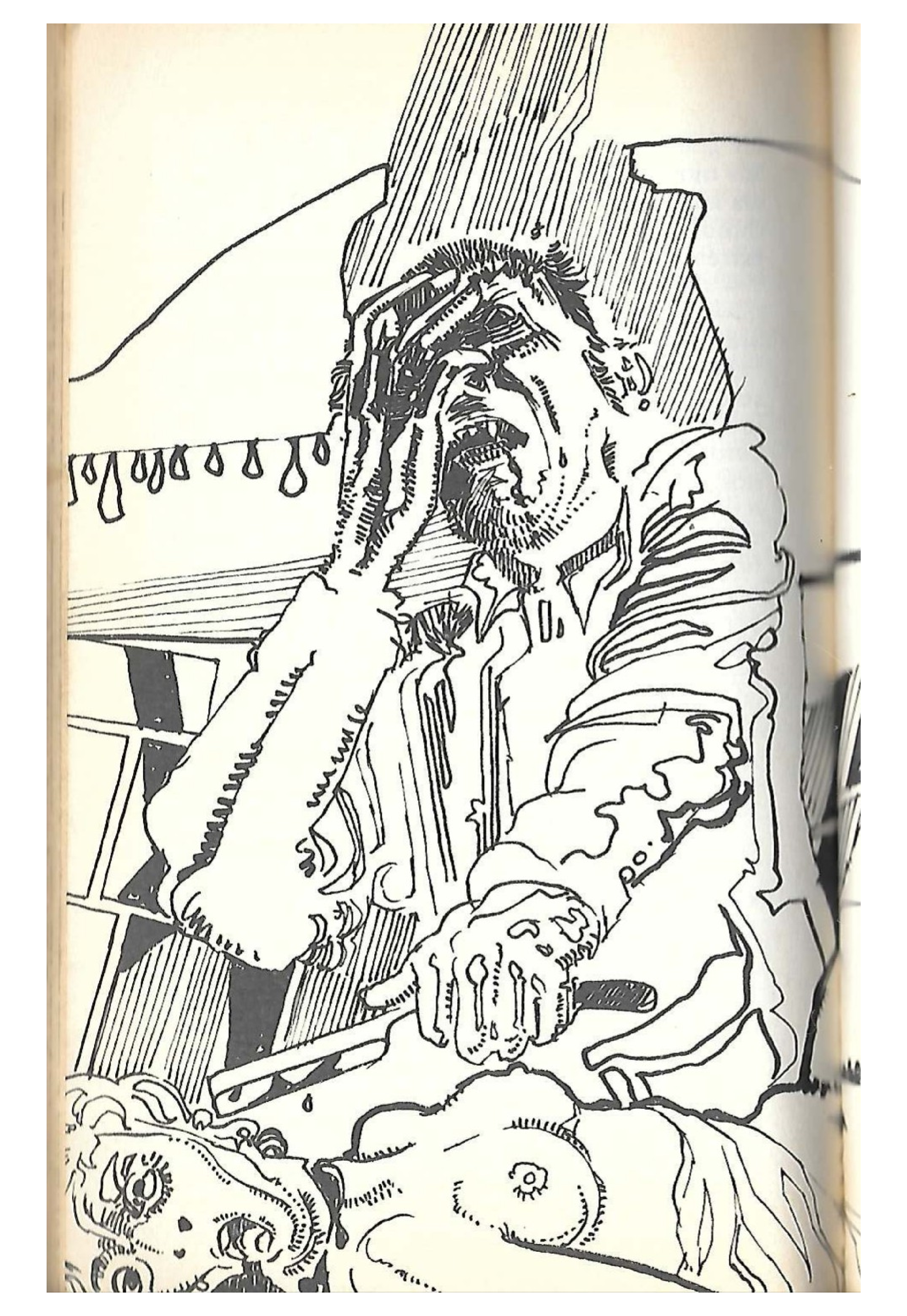
—¿Y no estará ella? ¿Se habrá ido ella como tantas veces te lo he pedido, papá? ¿Le habrás dicho ya que se vaya como tantas veces te lo he pedido?

—Sí, ella ya no estará.

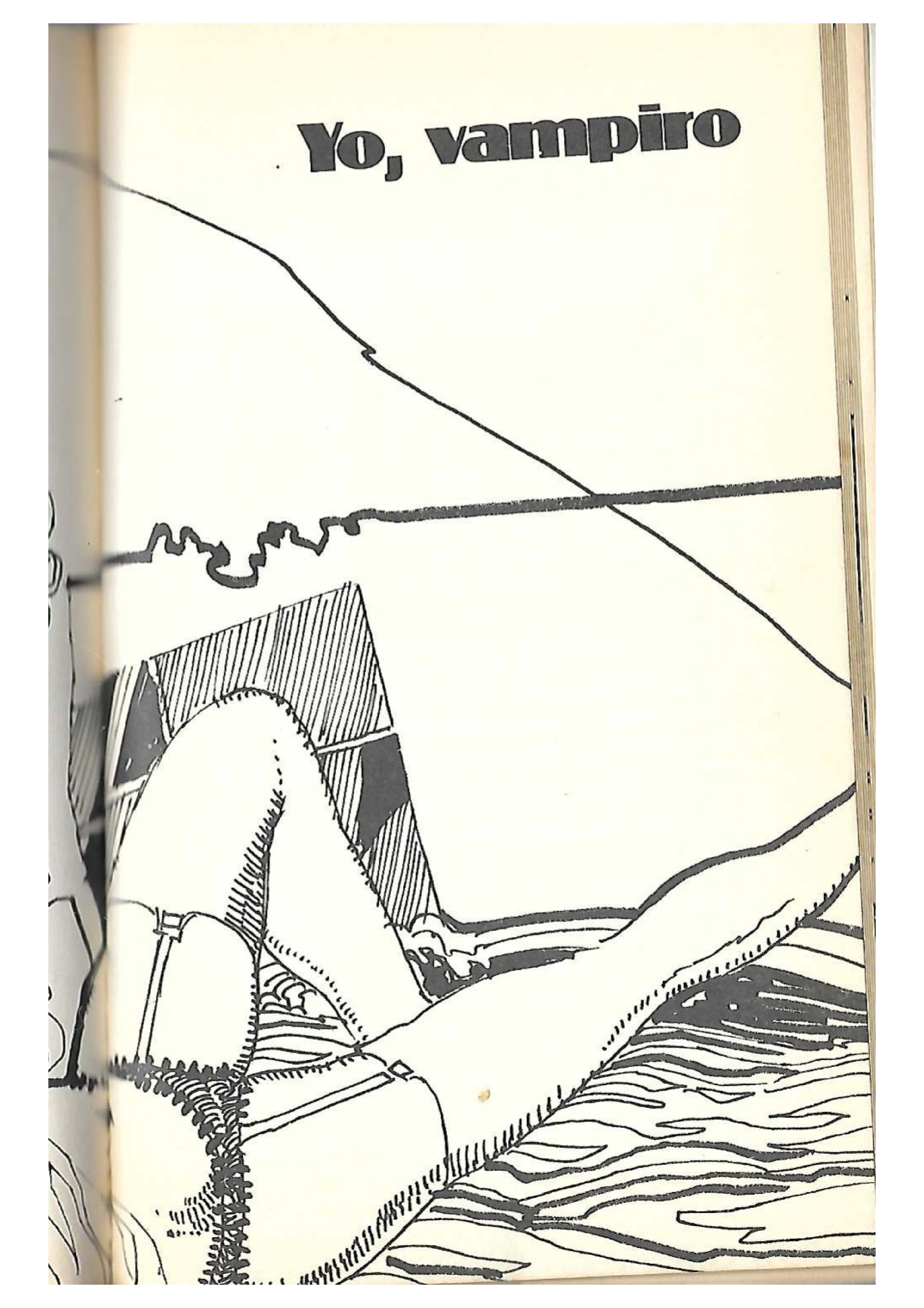
—¿No volverá nunca?

—Nunca.

—¡Oh, qué buenes eres, papaíto!



Yo, vampiro



Yo, vampiro

Ramón S. Lucena

«Justamente a mí, que amo y adoro a las más pequeñas y débiles criaturas, me ha sido ordenado cometer esos crímenes y beber sangre humana».

(John Haigh, «El vampiro de Londres».)



No sé cómo ni cuándo empezó en mí esta obsesión morbosa por la sangre. Sólo sé que desde muy pequeño he sentido un estremecimiento al verla fluir, roja y espesa, de los pequeños animales domésticos al ser sacrificados, o de mí mismo.

En un principio bastaba una sola gota, un simple pinchazo en un dedo que hacía surgir una pompa rojiza, para provocar en mí un efecto fulminante. Mi cerebro comenzaba a girar, me invadía un sudor frío, tosía convulsivamente y una sensación final de ahogo precedía a la pérdida de conocimiento. Caía al suelo, con los ojos en blanco, y la cara también blanca, como el papel. Muchas veces, ni tan siquiera la visión de sangre era necesaria. Bastaba una simple alusión al tema en el curso de una conversación o la lectura de un texto, para crear en mí la imagen mental que rápidamente iniciaba el mismo proceso. Otras veces, en la oscuridad de un cine, una imagen sanguinolenta me obligaba a buscar rápidamente la salida. He dejado, a lo largo de ese período, multitud de películas sin terminar.

Paradójicamente, la sangre me atraía. Tanto que

comencé a luchar contra sus efectos. Y, poco a poco, logré superar mi debilidad. Aunque no del todo. Curaba las heridas de mis compañeros, leía relatos en los que la sangre estaba presente, veía películas de terror. Llegué incluso a asistir, una semana tras otra, a las operaciones que, de forma pública, se realizaban en la Facultad de Medicina. Acodado en la barandilla miraba por la claraboya el momento en que las hábiles manos del cirujano sajaban la carne y cómo el corte, blanco durante unos segundos, se punteaba de rojo, antes de que el médico aplicara sobre cada vaso el cierre de las pinzas de sutura. Luego, pasado ese primer momento, para mí emocionante, me marchaba. Las vísceras al aire ya no me interesaban.

He dicho que logré superarme. No siempre. A veces, de forma inesperada, volvía a desmayarme. Pero no podía renunciar a la sangre. Es posible que hubiera algo de masoquismo y ansias de autoaniquilación en mi obsesión. Perder la consciencia suponía un placer delicioso —el de la muerte—, y la más maravillosa de las inseguridades. Como un león, que permanentemente me acechara, mi obsesión estaba allí, dispuesta a saltar sobre mí en el momento más inesperado. Unas veces me vencía, y caía fulminado. Otras, era yo el vencedor. Pero cada combate tenía un sabor nuevo, un aliciente nuevo, el de la incertidumbre, pues no estaba de antemano ganado o perdido.

A lo largo de varios años he buceado dentro de mí, tratando de encontrar las razones de mi obsesión. Tal vez sea debida al carácter mágico de la sangre, sin la cual la vida no es posible; y su carácter cósmico, casi infinito. En una gota que se escapa hay millones de seres vivos que palpitan con sus corazones huecos, millones de galaxias rojas, que escapan en el horror fluvial de las heridas abiertas.

Yo siempre he tenido miedo a la muerte y, a la vez, el deseo oculto de morir, de experimentar el placer de la aniquilación.

Esa debilidad mía era difícil de ocultar. ¡Cuántas

veces mis amigos se han reído de mí! Y, lo peor, es que trataban de explicar lo que me pasaba, de buscarle remedio. En aquel tiempo, las ideas de Freud estaban de moda. Para unos se trataba de un complejo de Edipo no superado, para otros de castración. Puestos a explicar lo inexplicable había quien decía que yo sufría la consecuencia de un trauma infantil, y que relacionaba el acto sexual con la menstruación materna. ¡Tonterías!

Poco a poco me fui alejando de ellos. Ahora soy un hombre solitario al que tampoco interesan las mujeres. Y mi obsesión continúa.

Cada noche, mis sueños se tiñen de rojo. Es siempre el mismo que, con algunas variaciones, se repite, una y otra vez.

Estoy solo y corro por una playa. No se por qué. Corro hacia el agua que se aleja, y trato de alcanzarla sin conseguirlo. El agua tiene un color rojo, el mismo que la sangre, y yo tengo sed, una terrible sed. Imposible beber. De pronto, el paisaje cambia. Hay un bosque, y sus árboles, que yo veo a lo lejos, destilan de sus ramas un líquido rojizo que parece sangre. Corro, y al acercarme, veo que los árboles se transforman en hombres, en seres sin rostro cuyos brazos cortados gotean sangre. Pero, aunque mi sed es abrasadora, soy incapaz de beber. Invariablemente, esa última imagen coincide con mi despertar.

Hasta hace poco yo desconocía el sabor de la sangre. Algo que casi todo el mundo aprende de niño, cuando chupa las propias heridas. Yo he tardado en descubrirlo casi treinta años. Fue hace meses, cuando rodé por las escaleras oscuras de mi casa y me golpeé la frente al caer. Perdí el conocimiento, y al volver en mí, sentí mi boca inundada de un líquido espeso que tragaba con ansia, de un sabor delicioso, acre y salado.

Después de curado, esa misma noche, mi sueño volvió. Pero bien diferente. Era un sueño en el que saciaba mi sed, primero en el mar de sangre, y más tarde en el bosque. Yo corría hasta los cuerpos que

sangraban y esperándome estaba una figura negra, en la que para mi sorpresa me reconocí, que me tendía una copa repleta del rojo líquido; yo la apuraba con delectación. Luego el sueño desapareció, y dormí profundamente, libre de pesadillas, hasta bien entrada la mañana.

Estoy seguro de que si estò que ahora cuento llegara a los oídos de mis amigos de antaño, inmediatamente me recomendarían que visitara a un psiquiatra. No pienso hacerlo. Siento un profundo desprecio hacia ellos y sé que son incapaces de ayudarme. Quiero soñar y ser libre, no que me integren en un sistema que odio. Además, no puedo correr el riesgo de que me ingresen en eso que ellos llaman casa de salud, y que no es otra cosa que una cárcel. Hay cosas que todavía no he contado, y que estoy seguro de que me conducirían a prisión.

Días después de aquel incidente, volví a soñar. Esa vez, mi sed renovada no encontró satisfacción. Al despertar comprendí que necesitaba beber sangre de nuevo. Pero no mi propia sangre. Pasé todo el día obsesionado con ese tema.

Bien entrada la noche salí de casa. Llevaba en el bolsillo mi navaja de afeitar. Deambulé por las calles desiertas. De pronto vi una mujer esperando en una esquina. Al acercarme, me sonrió.

Cambiamos apenas unas palabras. Yo le entregué el dinero que me pedía y ella, satisfecha, se colgó de mi brazo. Dijo que me llevaría hasta su casa. Yo sentía el contacto de su cuerpo, y aquello me repugnaba, pero me dejé conducir.

Nadie nos vio entrar en la covacha miserable donde vivía. Cerró la puerta, se volvió hacia mí y enlazó sus brazos sobre mi cuello. Supongo que trataba de besarme, pero no le di tiempo. El filo de la navaja seccionó su cuello. Me miró con los ojos desorbitados y trató de gritar, sin conseguirlo. Yo la empujé haciéndola caer sobre la cama y me lancé sobre ella buscando la herida con mis labios. Bebí su sangre a grandes sorbos mientras notaba cómo sus fuerzas se

iban debilitando. Sentía que se moría y eso hacía renacer las fuerzas en mí, como si su vida se fuera poco a poco uniendo a la mía, reforzándola. Luego sus brazos cayeron y quedó deseable. Rasgué los vestidos y, permaneciendo yo vestido, la poseí.

Fue inmediatamente después cuando me sentí aterrorizado ante el crimen que acababa de cometer. Hubo un momento en el que incluso pensé entregarme a la policía. Unos minutos después, más tranquilo, lavé mi cara y mis manos y salí de la casa procurando que nadie me viera.

La noticia tardó varios días en saltar a los periódicos. Si aquella mujer vivía sola, debieron tardar tiempo en descubrir el cadáver. Pienso que jamás descubrirán a su asesino. Al menos, hasta ahora, nadie se ha dirigido a mí.

Los días que siguieron fueron terribles. Tenía miedo de la policía, miedo a perder la libertad, y también remordimiento. Por lamentable que fuera la vida de esa mujer, ella quería vivir y yo la había matado. Jamás antes había causado daño a otras personas, como no fuera de forma accidental o involuntaria. Me juré a mí mismo no volver a cometer un crimen, por imperioso que fuera el deseo de sangre. Pero no cumplí mi promesa.

A los pocos días mis sueños volvieron, y con ellos mi sed de sangre. Traté de luchar contra ese impulso y todo fue inútil. Hubo una segunda vez.

Me volví loco. Recorría mi casa, a grandes zancadas, como una fiera enjaulada, destrozando cualquier objeto que encontraba a mi paso. Era imposible dormir, y tuve que drogarme para hacerlo. Al despertar, eso me dio una idea. Mi próxima víctima no sufriría. No vería su muerte de cerca. Lo haría allí mismo, en mi casa.

Busqué por la calle, entre las prostitutas. Esta vez se trataba de una mujer joven y atractiva. Después de aquella experiencia, que, confieso, fue la primera, las mujeres habían comenzado a atraerme. No discutí el precio, pero insistí en llevarla a mi casa, cosa a la que

ella, en principio, se resistía. Sugirió incluso que fuéramos a un hotel barato, pero eso no me convenía en absoluto. Tuve mucho cuidado en que nadie nos viera juntos, sobre todo al entrar. Dejé que me abrazara y luego sugerí que tomáramos una copa. Había preparado su bebida cargada de somnífero y ella la apuró sin mostrar extrañeza. Luego, dejé que se desnudara. La visión de su cuerpo hizo nacer en mí el deseo. Procuré dilatar al máximo los preparativos tratando de conseguir que el narcótico hiciera su efecto. Al poco tiempo no pudo reprimir los bostezos.

Ya en la cama, la acomodé sobre mí mientras la penetraba. Su cuerpo me pesaba terriblemente, pues estaba inmóvil, prácticamente dormida. Tomé entonces uno de sus brazos, fláccido como el de un pelele, y de un solo tajo, utilizando mi navaja barbera, seccioné las venas de su muñeca. Exhaló un gemido, mientras yo pegaba los labios a la herida, succionando la sangre.

Sentí que un enorme placer me invadía. Un placer doble, pues mi orgasmo llegó de forma inmediata. Seguí allí, mucho tiempo, bebiendo su sangre, sintiendo cómo su vida que se escapaba se unía a la mía. Luego, no se cuándo, me quedé dormido.

Desperté muy tarde, con la luz del sol entrando a raudales a través de los visillos, sintiendo mi cuerpo pegajoso. El cuerpo muerto de la muchacha estaba allí, a mi lado, rígido y blanco. La sangre manchaba las sábanas.

Tuve que esperar a que llegara la noche para desprenderme del cadáver, que envolví en las sábanas manchadas, y logré introducir con gran trabajo en el maletero del coche. Recorrí más de cien kilómetros antes de precipitarlo en el mar.

De nuevo tuve suerte. Hasta ahora los periódicos no han dicho nada de su desaparición, ni han registrado la aparición de su cuerpo. Supongo que, a estas alturas, los peces habrán dado buena cuenta de él.

Esa vez no sentí remordimientos. Tampoco las que siguieron. Empecé a comprender que yo no era un

hombre como los demás, que estaba predestinado para una existencia diferente, que mi vida dependería, de ahora en adelante y por toda la eternidad, de beber la vida de los otros en su sangre.

Los vampiros son tan viejos como el mundo. Hay demasiada historia en torno de ellos, para que todo sea una simple invención. Se que yo no he de morir jamás.

Pero me preocupa esta existencia mía terrenal. Si mis crímenes se descubren no podré evitar el juicio de los hombres. Una noche de cada siete, cuando mi sed de sangre es ya insuperable, salgo en la noche en busca de nuevas víctimas. No he podido evitar el descubrimiento de alguno de los cadáveres y que el pánico se extienda por la ciudad. Pienso, que de seguir así, tarde o temprano, me descubrirán.

Por eso, dedico mis días a buscar una solución. Y creo haberla encontrado.

He conocido una muchacha joven y virginal. Salimos juntos, como si fuéramos un par de enamorados. Ella confía en mí y hace todo aquello que se me antoja. Aunque me atrae de forma poderosa, nunca me he dejado llevar de mis impulsos, y su cuerpo permanece inviolado.

He descubierto también una vieja iglesia en un pueblo abandonado. Necesito de un lugar sagrado para realizar lo que me propongo. He roto la puerta de la sacristía y he encontrado allí todo lo que necesito.

Escribo ahora estas notas apresuradas cuando ya falta poco para el tránsito que me ha de abrir las puertas del más allá. Lo hago cediendo al impulso de comunicarme con una humanidad que me dispongo a abandonar. No confío mucho en que nadie me entienda. Muchos pensarán, como mis compañeros de antaño, que todo esto no es otra cosa que la expresión de mi locura. Aquellos pocos que crean pensarán que se trata de una maldición. Pero, ¿hay mayor maldición que la muerte? Cualquier infierno que el terrorismo religioso se atreva a imaginar es apenas

nada comparado con el desaparecer para siempre, con volver a la indeferenciación original. Por eso elijo ser la Muerte, la única que no puede morir.

Lo he preparado todo. Debajo de la iglesia hay una cripta en la que reposan, guardados en viejos nichos semiderruidos, los restos de algunos monjes. Yo he situado en su centro un ataúd forrado de seda, y bajo ella un puñado de tierra. Será mi morada futura. Cuatro grandes cirios de cera negra vigilan sus cuatro flancos. Al fondo, frente al féretro, un gran espejo espera mi despertar para negarme su reflejo.

Arriba, sobre el ara, he dispuesto un gran círculo de azufre ardiente, y en la escena iluminada por una decena de velas de cera negra, acabo de degollar a mi compañera y he recogido su sangre en una copa.

Ahora desnudo su cuerpo, y con el mismo cuchillo corto su carne desnuda buscando su corazón, que todavía palpita entre mis manos, mientras invoco al Señor de las Tinieblas, que será desde ahora mi único dueño.

He cortado las venas de mi brazo, y mezclo mi sangre con la de mi víctima. Ya únicamente falta agregar el veneno.

Se que mi inmolación es sólo un tránsito y que será terriblemente doloroso. Cuando beba, sentiré en la boca un ardor terrible, como de metal fundido y en seguida una sensación de ahogo. Algo similar a lo que sentía cuando la sangre me daba horror. Luego, mis labios y mi cara se tornarán azulados. Todas las células de mi cuerpo palpitarán, implorando el oxígeno que mi sangre, esa sangre que ya no es solo mía, les niegue. No será una muerte rápida. Es posible que el tormento dure casi diez minutos. Entre todos los venenos he escogido el más doloroso, el mismo que unas leyes malvadas preveen para los asesinos.

No me preocupa mi sufrimiento. Se que muy pronto, tal vez la próxima noche, estaré de nuevo entre los hombres. Se que muchos me odiarán, que verán en mí la encarnación del horror y del mal. Al hacerlo estarán equivocados. No es por odio a la hu-

manidad por lo que elijo cumplir mi destino. Cuando vuelva no será para traer la muerte, sino la vida. Y eternamente...

Se que estoy condenado a dejar de ser hombre, a sentir y amar como hombre, que me convertiré en un testigo de la historia, y mi porvenir estará ligado a toda la especie humana. Y cuando no quede nada, cuando el hombre desaparezca, seguiré viviendo, maldito y sólo, hasta que, incapaz de saciar mi sed de sangre, me convierta en un montón de materia corrompida, y en seguida en un puñado de polvo que se esparcirá con el viento.

Aunque, tal vez, no esté solo. Es posible que llegue a formar una nueva raza de seres inmortales.

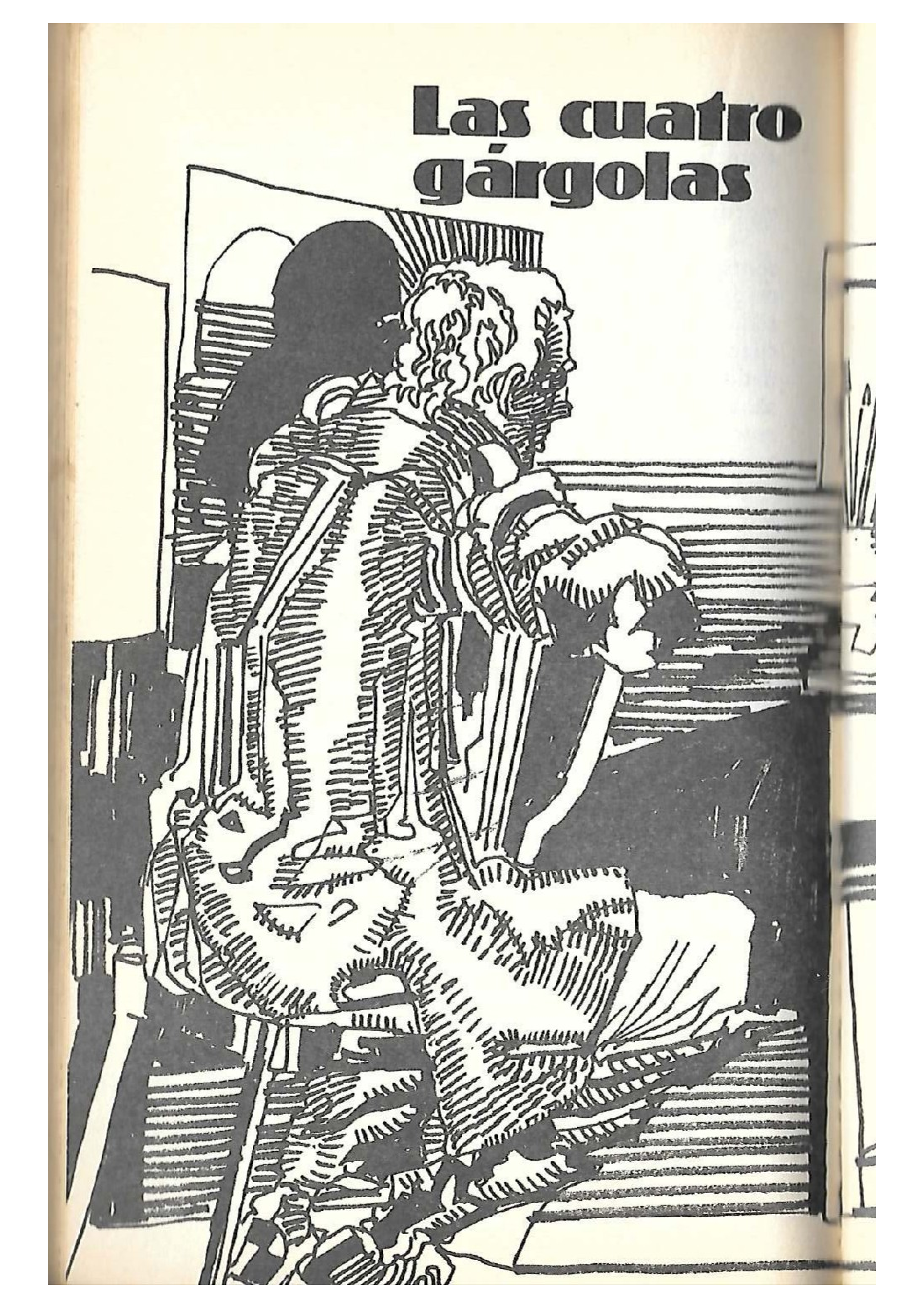
He bajado a la cripta, y ante el espejo veo por última vez mi imagen, mientras cubro mis hombros con una gran capa negra. Junto al féretro espera la copa cargada de sangre y de veneno.

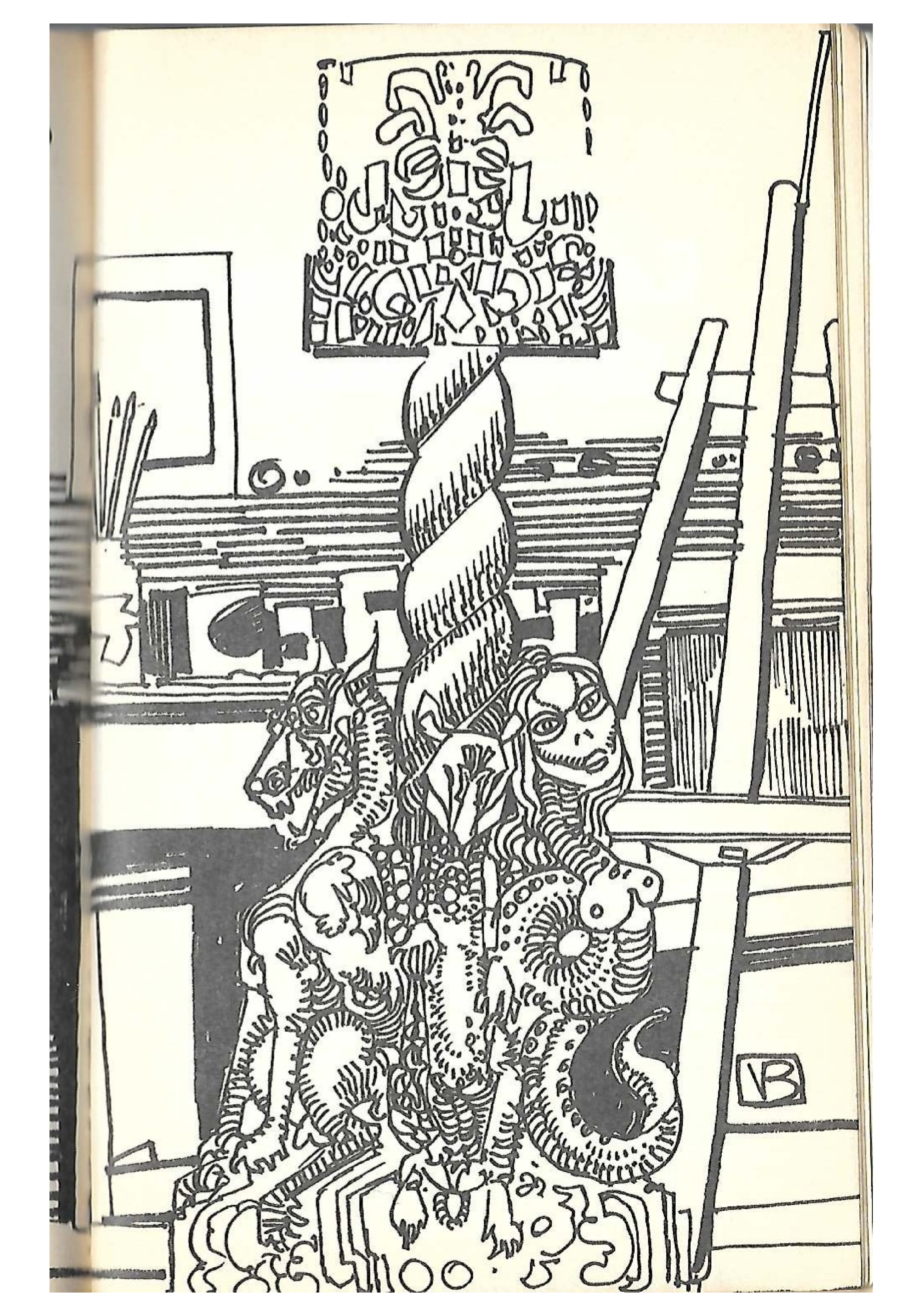
Me siento ahora dentro del ataúd, y miro la sangre que me espera. Al hacerlo, sufro el mismo estremecimiento que sentía cuando niño.

Escribo las últimas frases de esta confesión. Luego dejaré caer los papeles al suelo.

Ahora levanto la copa y brindo por mí y por toda la humanidad. Por un futuro eterno teñido de rojo...

Las cuatro gárgolas




VB

Las cuatro gárgolas

José León Cano

La fortuna, el éxito, la fama y el amor se encontraba extrañamente asociados a la vida y la obra del en otro tiempo mísero y desconocido pintor, junto con las figuras del perro, la serpiente, la rata y el gusano...

A P. Bravo, a quien debo el embrión de esta historia.



LA Gran Tuerta Negra había despertado por completo; como testimoniaba, en medio del rostro estrellado, la absoluta redondez de su Ojo de Plata. Asombrada e irónica, contemplaba por enésima vez, entre los tejados de la ciudad, el absurdo y fascinante espectáculo de la vida. Sus hábitos necesariamente noctívagos le habían hecho compañera de los gatos y los vagabundos. Pero en aquella ocasión, a las puertas de diciembre, los primeros habían desaparecido de la escena a causa del espantoso frío; y entre los segundos, apenas unos cuantos desesperados se atrevían a deambular por las calles. Uno de ellos husmeaba entre los cubos de basura del barrio residencial en busca de restos de comida, y de vez en cuando volvía la cabeza hacia el Ojo de su única compañera, agradeciéndole su deferencia luminosa y tratando de burlarse, sin conseguirlo, de su propia desesperación.

Poco quedaba de las suelas de sus zapatos. En cambio la fortuna le había deparado, graciosamente, la posesión de un raído capote militar; sin duda heroico a juzgar por los agujeros, como de obuses, que de lado a lado lo traspasaban. Aquella, sin embargo,

parecía su noche de la suerte. Puesto que envueltos con todo cuidado en papel de plata, halló valiosos restos en el fondo de uno de los cubos: arroz y huesos de pollo que, aunque delicadamente mordisqueados, evidenciaban el escaso apetito de su anterior propietario; hombre o mujer benevolente en grado sumo, ya que un incuestionable sentimiento de solidaridad le había movido a proteger de la corrupción circundante tan sabrosas reliquias con una unción cristiana digna, evidentemente, de semejante causa.

«¡Hijo de la Gran Puta!», exclamó, sin embargo, su desagradecido descubridor, mientras imaginaba las intemperancias gastronómicas de quien, de aquella infame forma, le estaba ayudando, sin embargo, a sobrevivir. El caso es que devoró el hallazgo con la presteza que exigía un obligado ayuno de tres jornadas. No puede decirse que quedara ahíto; ni siquiera medianamente satisfecho; no, al menos, lo bastante para corroborar aquel proverbio popular según el cual «de la panza nace la danza». Pero sí lo bastante como para empezar a mirar al mundo exterior de una manera más benevolente.

Gracias a ello descubrió un curioso objeto, abandonado junto a los cubos de la basura. Lo bastante curioso como para despertar adormecidos sentimientos artísticos. Se trataba de una lámpara de pie, tallada en madera. Nunca aconsejó Hipócrates cargar en exceso el estómago después de la caída del sol. Pero después de tanto tiempo sin comer cualquier ingestión, por ligera que fuese, puede provocar desacostumbrados estados de ánimo. Y ahora le embargaba el de la exaltación. Se la inspiraba a su condición de pintor (aunque sin clientes) aquel extraño objeto.

La lámpara estaba tallada en caoba y constituida por una columna salomónica cuya base la formaban cuatro figuras, opuestas de dos en dos. Aparecían como cuatro engendros de una pesadilla cósmica, mostrando impúdicamente su belleza terrible bajo el resplandor de la luna. Representaban a Cuatro Seres que sólo podían habitar, al parecer, en los dominios

de una delirante fantasía. A modo de gárgolas o esfinges, cada uno de ellos tenía cabeza de caracteres dudosamente humanos, pero humanos al fin, y cuerpo de animal. Era uno de ellos El Perro, y la cabeza que le correspondía mostraba orejas puntiagudas y colmillos afilados, amenazantes, en una boca entreabierta cuyas comisuras exageradamente alargadas habían sido reproducidas por el artista de tal manera que inspiraban de inmediato la idea de unas fauces en actitud de morder y devorar.

En oposición al Perro se encontraba La Serpiente, cuyo cuerpo enroscado sustentaba el rostro de una mujer de rasgos fascinantes y casi angélicos, a no ser por sus ojos, demasiado grandes y fríos para pertenecer a la especie humana. El alucinado ebanista había tenido la ocurrencia de colocar dos enormes cuentas de vidrio en las cuencas de esos ojos, de tal manera que al incidir en ellas los rayos lunares, le conferían una escalofriante apariencia de vida, al tiempo que unas fulguraciones de insidiosa maldad.

A la derecha de La Serpiente se encontraba La Rata. A diferencia de aquélla, los ojos de ésta apenas eran dos incisiones sobre el ébano. Pero tan asombrosamente talladas, a pesar de su simplicidad, que ofrecían al rostro una expresión de absoluta abyección. El primer impulso de cualquiera que observase esa figura era el de levantar el pie para aplastarla. Pues sus finas y sarmentosas patas, su cuerpo escuálido y retorcido, el aroma de bajeza y cinismo que emanaba de aquellos labios puntiagudos, la evidente crueldad expresada en sus diminutos dientes, no podían sugerir otra cosa.

A espaldas de La Rata se encontraba El Gusano. Y en esta ominosa figura el artista (hubo de reconocer nuestro andrajoso pintor) habia estado muy próximo a la genialidad. Ya que a la vista de su rostro carcomido, de sus cuencas vacías, de su cráneo mitad poblado de raído cabello, mitad con el hueso descarnado, se intuía de inmediato en qué fuente terrible había buscado la inspiración. El cuerpo vermicular de

esta figura parecía emerger de la columna salomónica por un podrido agujero que hubiera practicado el propio Gusano.

Contemplando aquel objeto extraordinario, de la altura de un hombre, el pintor se olvidó por un momento del hambre, del frío y de todas las miserias que en los últimos tiempos habían atormentado su vida. Porque, en contraste con aquel pedestal terrible, la lámpara estaba coronada por una pantalla de pergamino en la que figuraba una insólita composición. Los colores estaban combinados con tal viveza y originalidad que podían hacer caer las artificiosas bases en que se sustentaban las teorías cromáticas de la pintura contemporánea. A la vista de aquella deslumbrante cascada de verdes, ocres, rojos y violetas, formas nunca antes imaginadas comenzaron a surgir con fuerza desusada de su exaltado cerebro, y un torrente de iniciativas comenzó a hormiguear en la punta de sus dedos, ávidos por coger nuevamente el pincel después de varios meses de absoluta inactividad.

Se echó al hombro la lámpara y atravesó media ciudad hasta llegar a su buhardilla miserable. Allí la puso junto a sus otras propiedades: la paleta, los pinceles, el caballete, una caja de madera —que había servido para embalar frutas y ahora utilizada como mesita de noche— y un destartalado jergón en el que multitud de periódicos y revistas hacían las veces de sábanas y mantas. Indudablemente, su última adquisición era lo más valioso de cuanto poseía.

Colocó la lámpara junto al jergón, descabalgó la bombilla del techo, la encasquetó en el nuevo portalámparas y encendió la luz. El milagro de composición cromática que había intuido en la pantalla del pergamino, bajo la luz de la luna, se desplegaba ahora por todo el cuartucho con irresistible fascinación. Era, verdaderamente, como el sueño paradisíaco de un iluminado por el «kif». Probó a hacer girar aquella pantalla sobre sí misma. Obtuvo éxito, gracias a la insuficiente fijación de la pantalla sobre el

casquillo, y un fantástico torbellino de inspiración se adueñó a la vez de sus ojos y de su cerebro. Sobre el caballete había un lienzo intacto que pronto fue ocupado por una deliciosa abastracción de formas, como si el fuego, el viento y el océano de un planeta desconocido traspasaran las fronteras del nuestro gracias al empuje de una imaginación poderosa. Se olvidó por completo del frío, y por primera vez en mucho tiempo supo que estaba vivo, que era fuerte, muy fuerte, y que al final del angustioso túnel que estaba atravesando comenzaba a vislumbrarse un asomo de luz.

Aquel fue el primer cuadro de una serie que deslumbró a la crítica, le elevó a la notoriedad y atrajo sobre su figura, como mariposas en torno a una vela, a multitud de clientes. Experimentó, en consecuencia, una profunda transformación vital. Al cabo de poco tiempo dispuso de dinero más que suficiente para comprar un gran estudio, al que proveyó de toda clase de lujos y comodidades. Todas las puertas a las que había llamado en vano durante su vida se le abrieron de par en par. Tras ellas se encontraba la libertad, el amor, la amistad, el respeto, la opulencia y todos los ingredientes que hacen de la vida una aventura digna y fascinante. Se sentía como si, a consecuencia de un imprevisto desajuste en las leyes del universo, le hubiera tocado protagonizar una historia diametralmente opuesta a aquella que el destino le tenía reservada.

Durante todos esos años felices, aquella lámpara encontrada junto a los cubos de la basura no dejó de estar situada ni un solo día junto a la cabecera de su cama. Acariciaba a veces su tronco salomónico como se acaricia el lomo de un perro fiel. Pero jamás se atrevió a prolongar su caricia sobre las formas del terrible pedestal. Hasta que un día —habiendo llegado a las cimas de la madurez— su mano, por una desgraciada casualidad, alcanzó a rozar la horrible cabeza del Gusano. Los fríos latidos de un estremecimiento sacudieron su espalda. Fue como si una descarga eléc-

trica pudiera experimentarse con respulsiva blandura. Y el temor reverencial que el extraño objeto le hubiera inspirado durante tantos años dejó paso a un profundo sentimiento de asco y de odio.

De alguna manera siempre había relacionado su ascensión artística con la existencia de la lámpara. Esa noche comprendió, sin embargo, que se trataba de una relación irracional y, en consecuencia, tan estúpida como carente de sentido. La lámpara, además, acusaba el paso del tiempo. Los sucesivos traslados, y consiguientes cambios de humedad y temperatura, habían acabado por agrietar la madera en alguna de sus partes. El pergamino de la pantalla, por otra parte, estaba tan ajado y envejecido, que apenas si quedaba algún que otro lamentable rastro de su antigua viveza de colores. Se trataba, en suma, de un objeto inútil, de un trasto viejo que afeaba, además —y de qué forma—, la exquisita decoración del dormitorio. En más de una ocasión, las Figuras del pedestal habían asustado a alguna de sus ocasionales amantes... ¿Qué necesidad había de conservar aquello?

Recordó cuál había sido el origen de la lámpara, y decidió devolverla a ese mismo origen. Por una rara casualidad se trataba de una noche cercana a diciembre. Y, como en aquella noche del hallazgo, la luna ocupaba, bajo palio negro, su trono más redondo. Pero ahora disponía de botas lustrosas y podía preservarse del frío con un espléndido abrigo de piel. Contempló, por última vez, su lámpara salomónica. Y bajo sus costillas vibró algo parecido à un sentimiento de culpa. Antes de que ese sentimiento se afianzara cerró los ojos, se levantó de la butaca, cogió el repudiado objeto y salió con él al hombro hacia la puerta de su casa, invirtiendo el sentido de un gesto realizado muchos años atrás.

Salió a la calle. La noche era desacostumbradamente fría. En torno a la Gran Madre Blanca, las estrellas temblaban como luces recién paridas. El temor, y tal vez un oscuro remordimiento, le obligaron a caminar con la lámpara a cuestas. No quería dejarla

a la puerta de su casa sino más lejos, donde no pudiera deducirse su procedencia. La depositó, finalmente, en el vertedero de un descampado. De nuevo el influjo lunar repitió sus reflejos en los grandes ojos de vidrio de La Serpiente; los afilados dientes de El Perro ensayaron otra vez su gesto amenazante frente al Ojo de Plata, y otra vez el descarnado cráneo del Gusano fue plenamente iluminado por la Luz equívoca, mientras La Rata levantaba hacia ella su hocico repulsivo. Se había cumplido el Ciclo y el pintor regresaba a su casa aliviado y a paso ligero, aunque sin atreverse en ningún momento a volver la cabeza.

Atravesó el dindel con sigilo y, en contra de su costumbre, no se descalzó. Los grandes ventanales de su estudio daban paso a una luz lechosa y fría, y bajo el imperio de ese reflejo lunar los objetos cotidianos adquirían fantásticas apariencias. Una de las ventanas, por descuido, estaba entreabierta, y el frío originado por ello le recordó los dolorosos años de su juventud, cuando se veía obligado a envolverse en papeles de periódico para combatirlo. Así que, tras cerrar la ventana y como primera medida, encendió un buen fuego en la chimenea, y luego se sirvió generosamente de una botella de coñac. Le bastó el resplandor del fuego, y no recurrió a encender ninguna otra luz. Pero la luna, aquella luna maldita, le recordó también que afuera, en el descampado, se encontraban Las Cuatro Gárgolas. Trató de combatir su influjo bajando apresuradamente las persianas. Luego puso en marcha el equipo de música colocando uno de sus discos favoritos. Y así fue como una barroca y relajante melodía inventada por Jean-Phillipe Rameau, músico de la Corte del Rey Sol, trató de apaciguar, en vano, su creciente e inopinada angustia.

Se sentía irremediable, absolutamente solo, a pesar del fuego y de la música. Tumbado en el sofá, frente al fuego, apuró una y otra vez su copa de coñac sin que lograra, pese a ello, adormecerse. Descubría, en los extraños signos y arabescos del fuego, que algo terrible estaba a punto de suceder. Creyó percibir,

por entre las cacofonías del tocadiscos, el sonido de algo rasposo y reptante que se iba acercando cada vez más. Quiso levantarse para desconectar el aparato, a fin de averiguar la procedencia de aquel otro ruido inquietante. Pero antes de que eso sucediera ocurrió un acontecimiento tan inesperado que ya no pudo hacerlo, puesto que, paralizado por un horror supremo, sus miembros se negaron a obedecerle.

El giradiscos había comenzado, de pronto, a funcionar a insólitas velocidades. Lentísimas unas, vertiginosas las otras. De tal manera que, en apenas unas fracciones de segundo, las armonías barrocas fueron sustituídas por un sonido lóbrego y chirriante. Con lo que se compuso algo parecido a una Voz de escalofriantes resonancias, pues no había absolutamente nada de humano en ellas, sino los ecos de un Verbo ominoso que despertaba recuerdos delirantes en su más oculta memoria:

—...Tanto frío... ¡Frío...! Abandonados... Saldrás... ¡Saldrás...!... Tu Gracia... ¡Perdida! Ahora dentro... Dentro de tí... ¡Para siempre...!

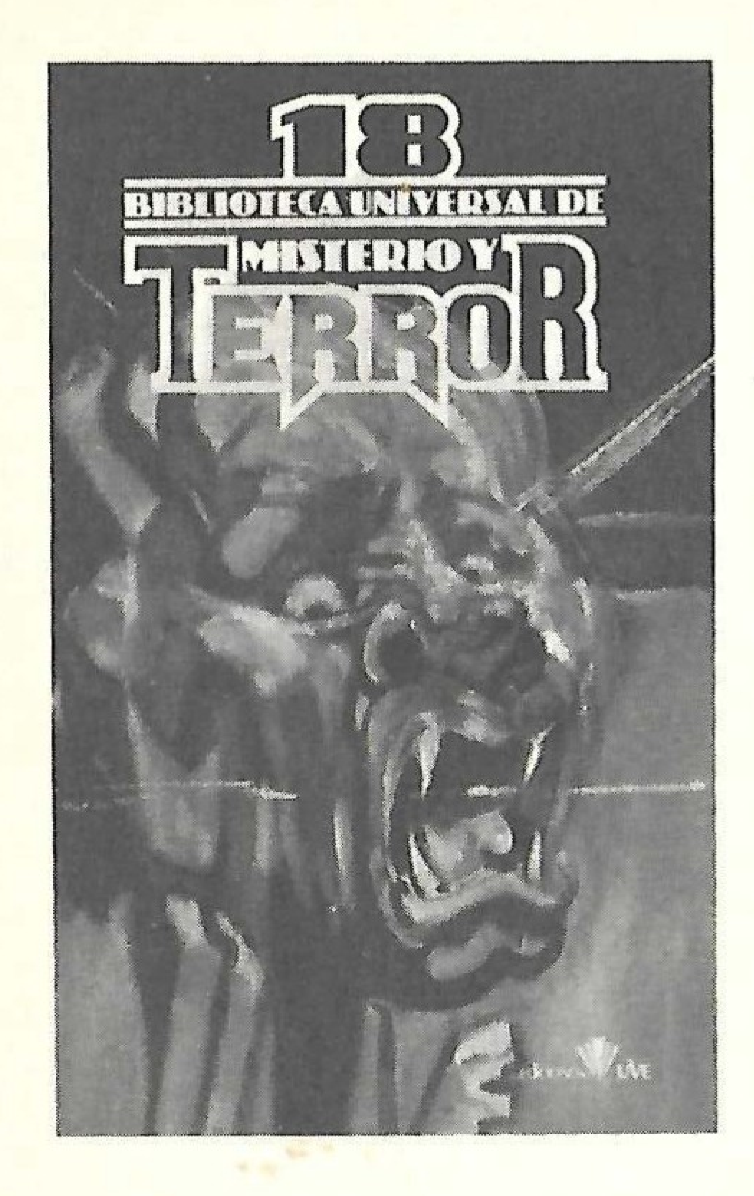
Luego siguió un chillido agudo, airado y terrible; como el de una rata que, debido a sus enormes proporciones, se atreviera a hacerle frente a un ser humano. Vino después el exultante y feroz aullido. Fue como si un perro, liberado al fin del sentimiento de la sumisión, se dispusiera a lanzarse contra su amo y devorarlo. Sintió poco después, muy cerca de los tímpanos, el sonido de unos crótalos. Tan cerca, tan espantosamente cerca, que cabría imaginar el lento y firme abrazo de los anillos de una serpiente en torno a su cuello. Pero lo más terrible fue sentir en el vientre la dolorosa sensación reptante, el lento y contráctil arrastrarse de quien parecía haberse posesionado ya de sus entrañas y tomaba de ellas, corrompiéndolas y devorándolas, la más gozosa de las posesiones. Devorándolas, devorándolas... Ese sudor viscoso y frío, deleznable, que precede a la muerte, comenzaba a deslizarse irremediablemente sobre su piel. También una diminuta frialdad vermicular, procedente de

su vientre, iba subiendo despacio, muy despacio, hasta alcanzar el corazón. Se hubiera, pese a todo, levantado. Se hubiera levantado, sí, para desconectar aquel espantoso tocadiscos. Así fue como, queriendo levantarse, sus músculos, que el horror había hecho de hierro, se contrajeron en el último e inútil esfuerzo. Y así fue como, cuando se restableció el suministro uniforme de la energía eléctrica y el tocadiscos recobró su funcionamiento normal, ya no había nadie que pudiera escuchar la deliciosa melodía de Jean-Phillipe Rameau. Y ambos, el músico y el pintor (un muerto susurrando su música en los oídos de otro muerto), descubrieron la espantosa inutilidad de sus respectivas artes.

* * *

Se dice, aunque no existe de ello evidencia alguna, que esa misma noche un vagabundo encontró cierta Lámpara abandonada en un vertedero de basuras; cuatro figuras repulsivas embellecían dudosamente su pedestal. Y una quinta figura, de brazos agarrotados, ojos deformados por el horror y belfo caído, pues parecía tratarse de un cadáver, estaba esculpida sobre la columna salomónica (que finalizaba en una vieja pantalla, apergaminada y raída) como si, queriendo ascender hacia la luz, intentara escapar de un horrendo destino. El vagabundo cogió esa Lámpara, llegó a su casa... Pero (¿También lo diría Kipling en esta ocasión?) esa es otra historia.

PROXIMA APARICION



LAS PROFUNDIDADES

LA CONJURA DEL CAOS

EL INCENDIO

CITA CON EL DIARIO

AMARGA CONFESION

EL PUENTE LEVADIZO

EL REGRESO



CRONOMETRO DIGITAL

EL DESAFIO

LA SOMBRA DE A. B.

LA HORA DEL DESQUITE

EL GATO DE OJOS AMARILLOS

NANA PARA UNA VICTIMA

EL INVIERNO DE ANA COLOMA

YO, VAMPIRO

LAS CUATRO GARGOLAS